



CD
MX

1

LA CULTURA POLÍTICA DE LOS JÓVENES

COMPILADOR

ROBERTO DE ANDA TRINIDAD

LA CULTURA POLÍTICA DE LOS
JÓVENES

LA CULTURA POLÍTICA DE LOS JÓVENES

COMPILADOR

ROBERTO DE ANDA TRINIDAD

DISEÑO

SALVADOR JUÁREZ PERALES

**DERECHOS RESERVADOS
2024**

**LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL NO AUTORIZADO
VULNERA DERECHOS RESERVADOS. CUALQUIER USO DE
LA PRESENTE OBRA DEBE SER PREVIAMENTE
CONCERTADO**

ÍNDICE



ÍNDICE.....	3
INTRODUCCIÓN.....	4
PRÓLOGO	5
1. LA CULTURA POLÍTICA DE LA JUVENTUD EN MÉXICO: CONDICIONES PARA MEJORAR LA DEMOCRACIA.....	6
2. LOS JÓVENES EN LA POLÍTICA.....	30
3. APERTURAS Y LIMITACIONES DE LA TRANSFORMACIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA JUVENIL A PARTIR DE UN PROCESO DE FORMACIÓN CIUDADANA	68
4. CULTURA POLÍTICA Y POLÍTICA DE LAS CULTURAS JUVENILES.....	111
5. LA JUVENTUD FRENTE A LA POLÍTICA: ¿DESENGANCHADA, ESCÉPTICA, ¿ALTERNATIVA?	132
6. LA POLÍTICAS GUBERNAMENTALES PARA LA JUVENTUD	171
7. ALGUNAS ACTITUDES DE LOS JÓVENES HACIA LA POLÍTICA	196
8. LA CONFIANZA Y LA PARTICIPACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA DEMOCRACIA.....	210
9. CULTURAS JUVENILES Y CULTURA POLÍTICA	232
10. CUANDO LA CULTURA VIRAL ATERRIZA EN LA POLÍTICA.....	252
11. LA JUVENTUD EN EL NUEVO ESPACIO PÚBLICO	261
12. CULTURA POLÍTICA, JÓVENES Y COMUNICACIÓN: UNA LECTURA DESDE LOS ESTUDIOS CULTURALES.....	279
13. PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS JÓVENES EN MÉXICO DE LOS MILLENIALS Y SUS IMPLICACIONES EN LA DEMOCRACIA	298
14. LA RECONFIGURACIÓN DE LO PÚBLICO EN LOS ALBORES DE LA SOCIEDAD ACTUAL	316
15. PARTICIPACIÓN Y CULTURA: LA COMPARACIÓN ENTRE JÓVENES Y ADULTOS	334

INTRODUCCIÓN



En los diferentes escenarios políticos que se vive actualmente en México y el gobierno, y que afectara a partir de lo que ocurrirá en las elecciones presidenciales, con el establecimiento de las alianzas que se disputaran los puestos políticos en las elecciones, el surgimiento de nuevos actores políticos, todo esto surge en un momento donde la violencia, la economía, la corrupción, la inseguridad, puedan alterar cualquier intento de tener un mejor futuro democrático.

También se tiene que hablar sobre la falta de una cultura política de los jóvenes, que pueda ser detectada y que no arrebathe los valores que la democracia requiere para el mejor funcionamiento en los pensamientos de acciones concretas, es un elemento importante para así poder plasmar propuestas para poder tener una mejor ruta a seguir en la cultura política y en la democracia.

En este documento titulado: “La cultura política de los jóvenes”, no es algo fácil de estudiar por que el solo hecho de definir a la juventud no es un concepto fácil de definir, pero, es necesario hablar y entender sobre la cultura política, esto es un proceso social en la juventud, de búsqueda, de libertad, y esto se tiene que dar a base de un verdadero pluralismo y diversidad.

El interés de este trabajo consiste en poder estudiar cómo se construye la cultura política en los jóvenes y como su participación en los espacios públicos es importante para México. Es necesario poder construir una mejor cultura política para así poder tener una mejor labor en la democracia para los jóvenes y para México.

Las perspectivas de la democracia en México, recae también en la cultura política de los jóvenes y en su participación, tanto en las instituciones como en los espacios políticos. En donde recae las promesas de un régimen político es a través de las elecciones, y estas a su vez permiten legitimar a los gobernantes, por ello la cultura de la participación de los jóvenes es un importante para la democracia de todos los mexicanos.

En esta compilación de artículos, se da a conocer sobre “La cultura política de los jóvenes”, así poder tener una referencia de la confianza que tienen los jóvenes en las instituciones públicas y su interés en participar en la política, porque ellos siempre estarán encaminados a querer cambiar los entornos sociales.

La cultura política ha sido estudiada profundamente, en particular desde la perspectiva de la ciencia política y estos estudios han permitido también estudiar a los jóvenes. Por esto es importante este libro, sobre la cultura política en los jóvenes. Así podremos tratar de entender la perspectiva plural de los jóvenes y su multicultural, desde las ciencias sociales, aunque esto hace difícil la evaluación de este segmento social de la población mexicana.

Por qué actualmente el México no es igual a como era anteriormente, hoy tenemos un país que nos permite construir, y más a los jóvenes, ellos tienen que cambiar la democracia y los valores existentes en México.

LA CULTURA

**POLÍTICA DE LA
JUVENTUD EN MÉXICO:
CONDICIONES PARA
MEJORAR LA
DEMOCRACIA**

01

LA CULTURA POLÍTICA DE LA JUVENTUD EN MÉXICO: CONDICIONES PARA MEJORAR LA DEMOCRACIA



Ángel Manuel Ortiz Marín¹

Que entendemos por cultura política y su relación en la democracia

La política ocupa, en la complejidad de la vida contemporánea, un sitio singular merced a que en ella se manifiesta, como en escasos ámbitos, la plenitud de las expresiones del poder. Quien hace política aspira al poder como una mediación para la consecución de otros fines. De tal forma que, en el campo de la política, pleno de relaciones sociales, se modifican tanto las estructuras institucionales como las interacciones de poder, las cuales constituyen el andamiaje en el cual se producen, reproducen y consumen bienes tanto materiales como simbólicos de carácter social.

Resulta pertinente ahondar en la noción de ciudadanía, y plantea que el ciudadano es un sujeto moral que asume un sentido de la justicia y el bien, lo cual le permite plantearse un proyecto de vida, aspiración que lo asume desde su racionalidad instrumental pero también de condición histórica, acorde a la sociedad en la cual se inserta.

Una sociedad que se conforma por ciudadanos libres e iguales, manifiesta de manera clara y preponderante los derechos a la libertad como serían: la libre elección, la de opinión, la de expresión y de asociación.

¹ Ortiz Marín, Ángel Manuel. La cultura política de la juventud en México: condiciones para mejorar la democracia. En: Revista Espacios Públicos Dialnet. Vol. 19. No. 45, enero- abril del 2016. Págs. 21-36

La libertad para elegir a sus gobernantes y la confianza que puedan tener en las instituciones electorales son ingredientes fundamentales de un régimen democrático, porque más allá de los aspectos formales de la democracia política, la confianza que los ciudadanos conceden a un proceso electoral o al ejercicio de gobierno es un economizador institucional que permite ahorrarse todo un conjunto de mecanismos de verificación y prueba. Al mismo tiempo que la equidad se convierte en valor que se cimienta en la igualdad entre los integrantes de una sociedad democrática.

Son estas dos categorías, libertad y equidad, las que apuntalan un sistema democrático en el cual la ciudadanía puede manifestarse en todas sus dimensiones y capacidades. Para ello requiere que el sistema en el que se inserte sea una democracia que permita la participación de los ciudadanos en las decisiones políticas y a la vez puedan estos, lograr los consensos pertinentes para llegar a acuerdos que faciliten el tránsito hacia una sociedad deliberativa.

De ahí lo significativo que enuncia Moreno que la cristalización de orientaciones político-ideológicas han reflejado el contexto de la transición a la democracia. En particular para México, cuando se ha transitado de un régimen autoritario a un sistema político más incluyente, abierto y democrático.



Posteriormente, el ejercicio pleno de la ciudadanía podrá orientarse a desarmar aquellos imperativos sociopolíticos y culturales dominantes y que restringen una amplia participación ciudadana pública en la constitución de una sociedad democrática como lo requieren las actuales condiciones sociopolíticas de México.

La cultura política, su especificidad y condiciones del estudio

El concepto de cultura política alude diversas expresiones y evidentemente posturas de estudio. Realizaron una investigación comparativa sobre la condición de la cultura, a la cual denominan cívica en cinco naciones a fin de contrastar los rasgos de cada país y sus similitudes y diferencias.

El término de cultura política lo definió como las orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes. El enfoque que los autores utilizaron fue desde la psicología social para caracterizar los rasgos que este comportamiento asume ante determinadas situaciones o hechos políticos e identificó a la cultura política en tres ámbitos: la parroquial, la subordinada y la participativa y a la vez, las diversas combinaciones en que podían expresarse estas tres categorías.

El estudio se realizó con una muestra de ciudadanos de Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, Italia y México. Para el caso que ocupa este texto, la cultura ciudadana de los mexicanos se inscribió en la ‘parroquial’ con diferentes matices y expresiones, y refiere que los individuos no participan en política, no tiene muchas expectativas del sistema, están poco enterados de la política y son suspicaces de las actividades políticas y de los políticos.

México como el país menos moderno de los cinco, pero consideran que los mexicanos mantienen una dualidad, pues “carecen de habilidad y experiencias políticas, pero no obstante su esperanza y confianza son elevadas; además, combinadas con estas tendencias aspirantes a la participación, tan extendidas, se da también el cinismo de la burocracia e infraestructura política.

La noción de cultura política representa un conjunto de interrelaciones que favorecen la incidencia en la política, pero esta condición queda sujeta a la capacidad de los individuos de poseer un capital cultural apropiado para favorecer su participación en el espacio político.

A lo largo de 50 años el concepto de cultura política ha devenido en diversas acepciones y estudios, en particular provenientes de la ciencia política, la sociología y de la antropología cultural.

La cultura política se ha estudiado desde dos vertientes. La ciencia política con un fuerte componente de análisis de comportamiento político desde la perspectiva cuantitativa y la sociología interpretativa, que paulatinamente retoma de la sociología y la antropología rasgos para explicar la subjetividad inmersa en la cultura política.

Justamente desde la antropología política, el concepto cultura política es un pleonismo ya que toda cultura es política, porque su vez es producida a través de las relaciones sociales las cuales se reproducen en el contexto de la política; de ahí el autor sugiera utilizar el concepto de cultura de la política.

Existen cuatro condiciones para que la cultura influya sobre sistema político:

- 1) Los efectos derivados de la constitución de los campos significativos; es decir, la cultura;
- 2) las características de la participación ciudadana mediante la acción;
- 3) las ventajas que los actores políticos perciben de actuar bajo determinadas prácticas político-culturales ya sea democráticas o autoritarias; es decir, la intencionalidad y finalmente,
- 4) la porosidad del sistema político que se manifiesta en el contexto.

Se propusieron tres dimensiones para el análisis de la cultura política. Una macro, que da cuenta de los símbolos, valores y creencias definitorias de la identidad colectiva, por lo general resistentes al cambio.

Una meso o mediana, que da cuenta de las reglas del juego de la comunidad y que se utilizan para guiar el comportamiento de los integrantes de la misma y una última de carácter micro, referente al espacio de las luchas cotidianas o de los procesos políticos que suelen ocurrir en la violencia diaria de la política. Castro aporta su propia noción de cultura política al referirla como: un sistema de modelos que se heredan y expresan a través de formas simbólicas con las cuales los actores sociales se comunican, perpetúan y adquieren sus conocimientos y actitudes hacia la política. Se estructura en los sistemas de valores, en representaciones simbólicas y en los imaginarios colectivos. En esos espacios los actores hacen inteligibles sus esferas de poder y dan sentido y coherencia la multiplicidad y complejidad de sus relaciones de poder.

Con ello se puede reconocer que la cultura política no es un componente homogéneo ni mucho menos estático, pues al estar compuesto de símbolos y ritos, éstos se construyen y reconstruyen con la cotidianeidad.

Dichas reglas son producto de la reflexión y el cálculo social y político que hacen los ciudadanos en su actuar político. Por ende, la cultura política es una interacción entre los niveles micro y macro. Es decir, es el espacio en el cual confluye y se relacionan estrechamente tanto la cultura que el individuo ha conformado a partir de apropiarse de los contenidos de otras culturas sociales y la cultura que retoma de los componentes del modelo político al cual pertenece. De tal forma, que la cultura política es una abstracción de la cultura global a la cual el individuo pertenece.

Al respecto no se puede desestimar que la cultura política tiene su raigambre en la construcción histórica, cultural, religiosa y económica de un país y dichos valores se trasminan hacia las relaciones políticas entre gobernados y gobernantes.

Si bien es cierto que ésta última es producto del contexto, la vida diaria se enriquece y fortalece a partir de las experiencias de quienes conforman la ciudadanía política y a la vez, conforma el tejido de las relaciones de poder desde múltiples espacios, tanto en lo micro como en lo macro.

Toda cultura contiene elementos de la política y a su vez, la definición de cultura política. Se documentan algunos rasgos de la muestra utilizada por la ENCUP 2012 y promovida por la Secretaría de Gobernación. El reporte metodológico de dicha encuesta, según el informe de Ipsos (2012), indica que el diseño de la muestral fue polietápico, estratificado y por conglomerados. El diseño es un procedimiento que permite seleccionar muestras probabilísticas de individuos, donde todos los individuos tienen una probabilidad conocida y positiva e igual de ser seleccionados.

La población objetivo de estudio la constituyeron los adultos, hombres y mujeres de 18 años cumplidos y más que residieron en viviendas particulares ubicadas dentro del territorio nacional. La encuesta fue diseñada para dar resultados a nivel nacional, para esto se usaron las secciones electorales de todo el país que dio el IFE, éstas fueron seleccionadas de manera aleatoria. La unidad primaria de muestreo fueron todas las secciones electorales del país con base a la información completa disponible proporcionada por el IFE.

Los rasgos generales de este grupo de edad encuestado muestran que, en cuanto a género, 319 fueron hombres (51.6 por ciento) y 299 mujeres (48.4 por ciento). La escolaridad reportada indicó que el mayor número contó con secundaria completa con 169 (27.3 por ciento), seguido de preparatoria completa 130 (21 por ciento). En cuanto a la ocupación, la principal fue estudiante con 167 personas (27 por ciento), seguidos de ama de casa 154 (24.9 por ciento). Y su estado civil, hubo 370 solteros/as (59.9 por ciento) y 148 casados/as (23.9 por ciento).

Este perfil muestra algunos rasgos similares con la Encuesta de cultura política de los jóvenes en México que el Colegio de México y el IFE, aplicó en el 2012, a 24,039 jóvenes entre 18 a 29 años e indica que el 55.2 por ciento son solteros/as y 26.3 por ciento casados/as. En cuanto a ocupación el 25.2 por ciento son estudiantes y un 23.7 son amas de casa, el demás porcentaje se distribuye en diferentes empleos. En cuanto a escolaridad, el 39.9 por ciento tiene preparatoria, y con secundaria el 28.2 por ciento. En este último rubro si cambian las posiciones entre la ENCUP 2012 y la encuesta del Colegio de México y el IFE.

Antes de entrar en el análisis de los datos en función de la ENCUP 2012, hay que tomar en consideración que ha ocurrido una transformación en el comportamiento político entre generaciones, como lo indica acertadamente Moreno, el cual es manifiesto según ha ocurrido en los procesos electorales de los últimos años. A su parecer el electorado mexicano se ha dividido en dos campos políticos relevantes.

Por una parte, un grupo de mayor edad y con menores niveles de escolaridad y que manifiesta valores tradicionales y más proclive al autoritarismo y otro, más joven, con mayor escolaridad, preferentemente urbano en su composición y con expresiones más acentuadas hacia valores más liberales y actitudes favorables hacia la democracia.

Asimismo para aportar mayores elementos que coadyuven a un mejor análisis de los datos de la ENCUP 2012, se aprovechó la información de dos instrumentos que estudiaron el comportamiento de los jóvenes y la política, que fueron la Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012, de la Secretaría de Educación Pública, cuyo diseño fue coordinado por el Instituto Mexicano de la Juventud y la Universidad Nacional Autónoma de México, (2012) y el Informe de la Encuesta “La cultura política de los jóvenes en México” para el Instituto Federal Electoral 2012.

A continuación se presentan de diferentes datos de la ENCUP 2012 que se consideraron significativos para el propósito de este texto que es ahondar en las expresiones de la cultura política de los jóvenes mexicanos y para ello, en ocho cuadros se muestra la opinión que tienen este segmento importante de la población mexicana sobre la política en torno a: 1) Cómo consideran a la política; 2) La influencia que tiene el presidente, los ciudadanos y los partidos políticos en la política; 3) Tipo de gobierno; 4) La democracia como forma de gobierno; 5) Satisfacción con la democracia; 6) Interés por la política; 7) Participación política en partidos políticos y 8) Participación política en organizaciones ciudadanas.

Se inicia con la percepción que tienen de la política como actividad humana y resulta evidente que, para los jóvenes encuestados, la política y las actividades que de ella emanan resultan complicadas.

Su opinión puede provenir de dos factores. En general, el joven se excluye de participar en política por considerarla una actividad de adultos o de mayor experiencia y, por otra parte, las formas en que la política se expresa, tanto en lenguaje como en las acciones suele ser cifrado y opaco.

Ahora bien, si estos datos los examinamos a la luz de la Encuesta de Valores de la Juventud 2012 (ENVAJ) este instrumento indicó que, de los 5 mil jóvenes encuestados a nivel nacional, un 22.7 por ciento no entiende la política, de ahí que posiblemente una de las hipótesis en relación con la ENCUP 2012 es que les resulta complicada la política a un porcentaje significativo del grupo encuestado.

Sin embargo, resulta significativo que el 59.8 por ciento de los jóvenes encuestados por la ENCUP 2012, consideró a la política poco o nada complicada, pero a su vez elude participar de ella en cuanto a participación en partidos políticos u organizaciones ciudadanas. Es decir, para 370 jóvenes las formas y el contenido del quehacer político resulta comprensible de entender y tal vez, la práctica de la política la desestiman por no coincidir con sus fines personales o con quienes la practican o por tener objetivos diferentes a los de los partidos políticos.

Ahora bien, al preguntar sobre la influencia de distintos actores de la política en México, se seleccionaron las respuestas sobre tres de ellos: El presidente, los ciudadanos y los partidos políticos y éstas fueron las respuestas y sus porcentajes.

La figura presidencial continuó con un 67.1 por ciento en el imaginario de los jóvenes encuestados con una enorme carga de influencia, lo cual puede representar que el presidencialismo como tal en la política mexicana está presente y fortalecido por las formas en las que se manifiesta en los hechos; es decir, la personificación del poder reside en el Ejecutivo nacional, cualquiera que sea el partido político del presidente.

¿Y la influencia de la ciudadanía en la política? En contraste con los otros actores, demuestra que el mayor porcentaje está en la integración de los indicadores ‘poco’ o ‘nada’ de su participación, pues al sumar ambos porcentajes resulta con un 53.4 por ciento.

Sin embargo, no es por demás señalar que entre los encuestados cada vez está más presente su propia personalidad social y jurídica para hacer valer su influencia como ciudadanos en la política, ya que acontecimientos políticos como #Yosoy132 o la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa y el activismo de los jóvenes normalistas, colocan a la juventud como un actor activo, crítico y demandante de cambios estructurales en las instituciones políticas del Estado; al señalar que cada vez mayor grupo de jóvenes buscan posicionar al ciudadano como un actor principal de la democracia, y reconociendo que en gran medida la calidad de ésta depende de la activa participación de la ciudadanía.

En cuanto a la influencia de los partidos políticos en México, estos han perdido su credibilidad, pero no su influencia, por lo menos los jóvenes encuestados así los identifican con un porcentaje 68.3 por ciento. Evidentemente el tema del uso del poder en ocasiones con fines distintas a los intereses de los ciudadanos, atraviesa esta condición.

La preferencia por el tipo de gobierno con el cual estarían los jóvenes encuestados más de acuerdo y resalta obviamente un gobierno con tendencia democrática; sin embargo, es de señalar que tanto un gobierno autoritario como el que no lo sea, acumulan un significativo porcentaje.

En este sentido y aportando elementos para analizar se considera que la cohorte de jóvenes que participan de la cultura política, es cada vez más y mejor educada, proviene de contextos urbanos y sus valores son más liberales, por ende, puede ser más consiente de la preferir un gobierno democrático que uno autoritario.

Lo anterior resulta paradójico, pues un alto porcentaje de los jóvenes que contestaron la ENCUP 2012, sí están interesados en tener un gobierno democrático (54.9 por ciento), lo cual confirmaría la afirmación de que la democracia es la mejor forma de gobierno mientras no surja otra alternativa; aun así, no deja de ser significativo que el 41.5 por ciento de los encuestados puede ser que acepten un gobierno autoritario según las circunstancias.

Ahora bien, en relación a la anterior respuesta, una consideración importante es si los jóvenes encuestados piensan que viven un México democrático, indican un reconocimiento, aunque parcial (34.6 por ciento) a las condiciones en las cuales actualmente los gobiernos recientes han preservado uno de los rasgos más importantes de la democracia, como son las elecciones libres, particularmente en los últimos 15 años en las cuales México ha transitado en la alternancia política. Si sumamos los dos grupos que reconocen que en México se vive en democracia el porcentaje es significativo (67,3 por ciento).

Un aspecto que está relacionado con esta condición es que los jóvenes mexicanos paulatinamente tienen una mayor educación y suelen ser este grupo social el que con mayor confianza apoya los valores de la democracia. Por otra parte, como lo indica Moreno las generaciones más jóvenes de la sociedad mexicana son crecientemente posmaterialistas. Se relaciona estos valores con una ideología de izquierda; caso contrario que las generaciones mayores son predominantemente materialista y mucho más conservadores en sus preferencias. Lo cual indica Moreno (2009), que los jóvenes coinciden más con una cultura de la autoexpresión y más críticos de la autoridad y guiados por genuino un sentido de libertad.

Para lograr una democracia de larga duración, no sólo intervienen factores económicos y políticos, sino los valores propios de la democracia deben ser asimilados en la cultura política de los ciudadanos.

Por otra parte, la expresión del interés de los jóvenes encuestados por la política, según los datos del cuadro No. 6 indican que el 68.9 por ciento poco le interesa la política, lo cual incide sustancialmente en su participación, por lo menos en las estructuras institucionales, al precisar que en éstas la juventud no encuentra las formas de expresar su sentir, el cual hasta ahora no ha podido ser canalizado política e institucionalmente.

Al respecto, la ENVAJ aporta datos para ampliar el análisis de los jóvenes y su cultura política. A pregunta sobre el interés por la política el 89.6 por ciento reportó que poco o nada les interesa la política y en otro reactivo, se le preguntó a dicha población juvenil el ¿Por qué te interesas poco o nada en la política? y las respuestas de los jóvenes encuestados indicaron que el 37.4 por ciento encuentran a los políticos poco honestos, y el 22.8 por ciento no le interesa la política. Datos que, en su conjunto, manifiestan tanto el descredito del actuar de los profesionales de política como su escaso interés por participar en política.

De ahí la importancia que han asumido otros espacios en los cuales los jóvenes se manifiestan para expresar sus inconformidades por la forma en que se conduce la política en México. Particularmente habrá que resaltar el activismo cibernético que han generado cada uno de los acontecimientos ya citados con anterioridad en las redes sociales virtuales que en varias ocasiones han desbordado los cauces de la información vehiculada a través de los medios de comunicación masiva impresos y electrónicos y fueron fiel reflejo de la expresión ciudadana, en diversos sectores de la juventud mexicana.

Por otra parte, tampoco son los partidos políticos los que logran captar la atención de la juventud, por lo menos los jóvenes encuestados de la ENCUP 2012 con un contundente 95.8 por ciento de no pertenecer a partido político alguno, lo cual conduce al dilema para estas instituciones políticas de cómo construir los relevos generacionales al interior de las estructuras partidarias, a la vez que se corre el peligro de que se perpetúen las prácticas de una política según las viejas fórmulas.

Desde otra mirada, pero en el interés de aportar mayores elementos para el análisis, el Informe de la Encuesta “La Cultura política en los jóvenes en México” para el Instituto Federal Electoral cuyos autores fueron Gómez, Tejera y Aguilar (2013), reportó que el 96.5 una organización sindical. Lo cual es consistente con los datos informados por la ENCUP 2012. Asimismo, la ENVAJ (2012), reportó que el 31 por ciento de los jóvenes encuestados no simpatizan con ningún partido político, un 19.5 por ciento indicaron que no cumplen con lo prometido, además que un 13.1 por ciento los considera corruptos, lo cual en su conjunto manifiesta que los partidos políticos no son instituciones confiables para los 5 mil casos de la juventud mexicana.

Tal vez, por ello los jóvenes encuestados manifiestan su poco o nada de interés por la política (84.9 por ciento); pero sí reconocen su peso político, en el cual 422 encuestados (68.3 por ciento) sí reconocen la influencia de dichas instituciones políticas partidarias.



Sin embargo, lo significativo es que tampoco pareciera que para los jóvenes encuestados por la ENCUP 2012, las organizaciones ciudadanas sean las alternativas para participar en política, pues el 90.8 por ciento.

Sea por la desconfianza hacia éstas organizaciones o que las mismas han perdido la capacidad de ser atractivas o coincidentes con los intereses actuales de la juventud, lo cierto es que la ausencia de participación en la política escapa a partidos políticos y/o a las organizaciones ciudadanas, y con ello, los vacíos de participación pueden expresar que el ejercicio de la ciudadanía debería orientarse a liberarse de aquellos imperativos culturales dominantes que son impuestos y limitan la participación en la constitución de una sociedad democrática.

Confirmando estos rasgos, el Informe de la Encuesta “La Cultura política en los jóvenes en México” para el Instituto Federal Electoral.

Los jóvenes encuestados se interesan en participar o pertenecer a organizaciones ciudadanas ya sea de barrio, vecinales o de condominios y en menor porcentaje (2 por ciento) en la defensa de la ecología, los derechos de la mujer o la diversidad sexual (59 por ciento). Lo cual sería consistente en términos de participación de los jóvenes con la ENCUP 2012.

Sin embargo, este Informe reportó que el 91.4 por ciento de los jóvenes encuestados, declaró que sí votaría para las elecciones del 2013, y las razones que ofrecieron fueron que “Votar sirve para que mejoren las condiciones de vida (28 por ciento), para que haya más justicia social (25 por ciento), para exigir a los políticos que cumplan sus promesas (14 por ciento) y para combatir la violencia (6 por ciento).

Lo cual es coincidente, sobre todo la primera respuesta, con la teoría de elección racional el votante actúa conforme a la premisa de su interés propio; es decir, el votante es maximizador de su propia utilidad. Pero además debe estar convencido de que su voto servirá para algo, ya sea para alimentar una relación clientelar o para elegir un gobernante o un representante legislativo.

Difíciles panoramas ofrecen estos datos pues pareciera que la juventud mexicana, en voz de los jóvenes encuestados, tanto por la ENCUP 2012, la ENVAJ 2012 y el Informe de Cultura política de los jóvenes en México 2012, tienen perspectivas e intereses diferentes a la forma en que se concibe la política en México o como sus políticos profesionales la practican.

Para reflexionar sobre la política y los jóvenes

Sin llegar a ser determinantes se advierten preocupantes riesgos para la democracia en México. Si bien, en mucho confirma y documenta apreciaciones generales sobre la escasa o nula participación de los jóvenes en las actividades políticas, que se confirman con las cifras aportadas por otras encuestas dirigidas a analizar la cultura política de los jóvenes mexicanos, lo cierto es que hay elementos a considerar con mucha atención si se desea que la política continúe siendo el eje que coadyuve a mejorar la democracia en México, desde la perspectiva de los jóvenes encuestados. Después de las elecciones del 2000 en México, la convicción por la democracia ha decrecido significativamente, lo cual no implica que nuestra sociedad no sea democrática.

Ahora bien, es de reconocer que los encuestados por la ENCUP 2012, en sus respuestas muestran rasgos dignos de reflexionar con detenimiento más allá de las cifras ofrecidas. Aspectos como su postura en torno a la política y su escasa participación en organizaciones e instituciones políticas visibiliza una actitud crítica hacia estas estructuras de participación ciudadana. Sea el desencanto hacia las mismas, sea que la juventud actual ha localizado otros temas políticos de los cuales posicionarse y actuar en política, lo cierto es que ya no logran dichas instituciones convocar a ciertos sectores de la juventud con sus propuestas.

Los valores de la democracia, son esenciales para estimular la participación política entre los ciudadanos. Lo cierto es que estas opiniones expresadas en la ENCUP 2012 posiblemente tuvieron su germen en la dominación que por décadas disfrutó el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en la persona del Presidente, y que aún se practica en muchas de las entidades federativas a través de los gobernadores y presidentes municipales que ejercen a la fecha el poder de manera jerárquica y autoritaria.

Moreno (2009), indica que parte de esta explicación puede estar en los 'clivajes políticos' que alude a la correspondencia existente entre las diferencias estructurales o culturales y las lealtades partidarias. De ahí que ello se exprese en las simpatías hacia dicho partido político.

Es este espacio público el que ha sido dominado por los partidos como el PRI durante muchos años y a partir del 2000, a raíz de la alternancia política con el arribo del Partido Acción Nacional (PAN) a la presidencia o del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en algunas entidades federativas, quienes han copado las genuinas expresiones de la ciudadanía y en particular de los jóvenes.

En este sentido destaca el dato que la ENVAJ 2012 a pregunta concreta sobre: Independientemente del partido por el que simpatiza tu familia, en general ¿tú simpatizas más con? el 25 por ciento de los jóvenes encuestados indicaron que el PRI, el 11.9 por ciento por el PAN y el 10.4 por el PRD. Lo que podría indicar que dicho partido político continúa en el imaginario colectivo de una significativa porción de los jóvenes mexicanos.

Por otra parte, Moreno, señala que el electorado en su conjunto en las últimas encuestas se ha movido en sus preferencias electorales; es decir, fuertemente hacia la derecha; en considerable proporción hacia el centro y la izquierda, pero en menor porcentaje.

Sin embargo, la ENVAJ (2012) reportó que el 45.2 por ciento de los jóvenes encuestados declaró que no simpatiza por ninguno. Lo cual muestra que los jóvenes encuestados no tienen predilección por partido alguno.

La política dejó de ser la centralidad en la cual se vehiculaban los procesos económicos, el ordenamiento jurídico y se amalgamaba la vida cotidiana de la sociedad.

Algunas de las causas, son en parte por la globalización y el modelo de mercado que ha configurado paradigmas de eficiencia, inmediatez y calidad para la democracia, que ahora se mide y pondera a partir de referentes que demandan a los políticos y sus instituciones, la prontitud de la respuesta a las demandas ciudadanas; cuando la política, como acto humano, requiere de procesos sociales diversificados y temporalidades y espacios propios para su expresión como fenómeno social.

En este aspecto se concuerda con Heras en cuanto a que toda actitud política corresponde una pauta cultural previa. El sufragio no es un acto casual, responde a un esquema de valores sedimentado en el grupo social bajo estudio. La participación en marchas, mítines etcétera, no son acciones sin sentido, son más bien producto de pautas establecidas de un comportamiento político anclado históricamente.

El desencanto de los jóvenes, expresado en las diferentes encuestas presentadas en este texto, ante la rigidez de las instituciones políticas, el descrédito en que han caído los políticos profesionales, de casi cualquier partido político y la inoperancia de las campañas para atraer a este grupo etario, son signos de un alejamiento consistente de la política y sus instituciones, aunado a otro rasgo preocupante, la tendencia al abstencionismo en las elecciones.

Se requieren otros mapas cognitivos para interpretar la política y sus manifestaciones cotidianas, pues este aparente desvanecimiento de toda alternativa al estado de cosas existente representa no sólo un problema de gobernabilidad, sino y sobre todo una claudicación de la política.

De ahí el malestar con la política y los políticos que los jóvenes encuestados manifestaron en la ENCUP 2012, en sus distintas respuestas aquí documentadas.

Pareciera que la predicción para México de Almon y Verba, de poseer una cultura política parroquial sigue vigente, por lo menos en los jóvenes encuestados por la ENCUP 2012; aunque es rescatable que el 54.9 por ciento de los encuestados prefiera la democracia como forma de gobierno para México. Ese valor es fundamental para aspirar a una sociedad más participativa y democrática.

LOS JÓVENES EN LA POLÍTICA

02

LOS JÓVENES EN LA POLÍTICA²

Interés en la política

Si se parte de la idea de que en nuestros días en México existe una sociedad más inserta en una cultura política democrática y con valores de participación más arraigados, sería fácil suponer que las generaciones jóvenes se encuentran más interesadas en los asuntos políticos. Esta situación no es una nimiedad si se toma en cuenta que en estudios previamente realizados acerca de la participación política se ha establecido que el interés que una persona manifiesta hacia este tema contribuye en gran medida a la disposición de involucrarse en los procesos políticos. Sin embargo, para llegar a ello primero debe existir ese interés en los asuntos políticos, que permitirá una mejor cognición y evaluación de los procesos democráticos. Pero la realidad dista mucho de lo esperado.

A la pregunta: ¿Qué tanto te interesas en la política?, los jóvenes mexicanos, en general, mencionan estar poco (46%) o nada (43.2%) interesados en la política. Estas percepciones parecen respaldar el supuesto de que los jóvenes presentan una extendida apatía hacia la política, la cual repercutiría negativamente en el funcionamiento de la democracia.

Esta apatía ha sido atribuida, en primer lugar, a que actualmente los jóvenes no han recibido la adecuada alfabetización cívica que les provea los elementos de conocimiento necesarios para el completo ejercicio de su ciudadanía.

² Los jóvenes en la política. En: Encuesta nacional de valores en juventud. Instituto de Investigaciones Jurídicas. UNAM, 2016. Págs. 257-287

En segundo lugar, que los jóvenes no ven a las acciones políticas como una alternativa efectiva para la solución de sus problemas; mucho de ello tiene que ver con el hecho de que en los últimos años se ha privilegiado al voto como el medio de participación por excelencia, poniendo a la sombra otros medios de participación existentes. Esta situación ha tenido consecuencias en el grado de interés que hay en los jóvenes acerca de los asuntos políticos, al existir constantes desencantos y contextos de desaprobación social ante los procesos donde se ha ejercido el voto; los jóvenes pierden interés al no percibir que existan otras opciones de participación efectivos para tener incidencia política y sentir que su campo de acción se encuentra limitado.

En tercer lugar, el desencanto que existe ante una estructura política ineficaz e ineficiente en la resolución de los problemas sociales, así como el alejamiento que hay de las figuras de representación ciudadana debido a la desconfianza que existe, como consecuencia de un entorno ausente de una cultura de rendición de cuentas y la corrupción prevaleciente en diversos sectores.

Finalmente, la desvinculación que hay entre esta población y una que en otros tiempos estuviera presente, también ha desmotivado a esta población, como fue el caso del ideario revolucionario, que por mucho tiempo definió al ciudadano mexicano y reforzó el patriotismo mexicano por varias generaciones retroalimentándose de los logros de la Revolución mexicana y de la época cardenista, donde la política fue tradicionalmente un reino de esperanza y protección. Ese contexto hoy es inexistente para los jóvenes, que viven en una nueva era, donde cada vez más se difuminan las fronteras que antes definían a la identidad nacional en cada rincón del mundo. Pero ¿cuál es el panorama que muestran los jóvenes al estar distribuidos con sus diferentes características sociodemográficas?

La edad es un factor determinante en el grado de desinterés que los jóvenes pueden tener hacia la política. Se ha señalado que las generaciones más jóvenes presentan una disminución importante en el compromiso cívico, que es un elemento clave para el funcionamiento de la democracia; y son aquellos jóvenes que se encuentran por debajo de los 18 años quienes tienen una mayor tendencia a no interesarse en esos temas. El panorama que muestran los jóvenes con sus respuestas a la Encuesta Nacional de Valores en Juventud coincide con esta premisa, donde encontramos que 60.1% de los jóvenes que tienen edades entre 12 y 14 años son los que mencionan no tener interés alguno en la política. Sin embargo, es importante señalar que, aunque el grupo de edades más altas no se concentra en este rubro, tampoco lo hace en la respuesta mucho, sino en la respuesta poco, donde los jóvenes que están entre las edades de 25 a 29 años denotan ese escaso interés, que aún prevalece en cuanto a las cuestiones del ámbito político (53.7%).

Por otro lado, el interés en la política está determinado también por el nivel de escolaridad, encontrándonos con una relación directamente proporcional donde a mayor escolaridad, mayor interés de los jóvenes en la política. A este respecto, se ha señalado que el hecho de tener acceso a mejores y más amplios niveles de información permite hacer una confrontación personal con la diversidad de opiniones y posiciones existentes, así como actitudes y valores, lo cual reditúa también en un mayor conocimiento de los canales disponibles para participar.



En cuanto a los lugares donde habitan, los jóvenes del centro-occidente y del noroeste señalaron tener más interés en la política que el resto de las regiones, y a nivel del tamaño de localidad, entre más grande es la localidad, mayor es la respuesta de tener mucho interés en la política. Sin embargo, hay que mencionar que la mayor concentración de respuestas de los jóvenes aún se sigue manteniendo en las respuestas poco y nada, agrupando en ellas más de la mitad de la población entrevistada, ya sea por región o por tamaño de localidad.

La simpatía partidaria alinea las respuestas de los jóvenes sobre su interés en la política de la siguiente manera: los jóvenes identificados con la coalición son los que presentan una mayor correspondencia con la respuesta que señala mucho interés (18.2%) con respecto al resto de las opciones políticas. Sin embargo, en general todos los jóvenes que manifestaron tener alguna simpatía partidaria mantienen nuevamente sus respuestas en poco, y aquellos jóvenes que mencionaron no tener ninguna identificación con algún partido o coalición se ubican en un 57% en la respuesta nada. Esta situación refleja el desinterés generalizado sobre los temas políticos y el desgaste de la credibilidad en las opciones políticas que hay en la actualidad.

En lo que refiere a la brecha de género, los hombres y las mujeres jóvenes coinciden en las menciones de poco y nada en cuanto a su interés en los asuntos políticos, denotando solamente la coincidencia que hay entre ambos en cuanto al tema y la inminente desaparición de la brecha de género. Solamente en la respuesta mucho existe una leve diferencia en cuanto a las menciones de uno y otro.

Pero ¿Por qué te interesas poco o nada en la política? Ha sido la pregunta que se le realizó a los jóvenes de la Encuesta Nacional de Valores en Juventud buscando captar las razones que los han llevado a tener poco o ningún interés en los asuntos políticos del país.

La ineficacia política materializada en desconfianza, desinterés e ignorancia son los argumentos que prevalecen entre las respuestas de los jóvenes. Primeramente, se hace referencia a un sistema político que se percibe integrado de políticos deshonestos (37.4%) que no dan respuesta a sus necesidades y demandas sociales. Aquí se observa lo previamente señalado, que la confianza está directamente relacionada con el interés en la política. En segundo lugar, la indiferencia (22.8%) resultado de la decepción social que ha derivado en el desinterés hacia los temas políticos y en el consecuente alejamiento que existe en esta población. Por último, se encuentra la percepción de una falta de comprensión de los temas políticos, lo cual deriva en el aislamiento o evasión del tema (22.7%).

En lo que refiere a la distribución de las razones por cohortes, las respuestas coinciden en la desconfianza que existe acerca de los políticos, encontrándonos con que los jóvenes en todos los grupos esgrimen la deshonestidad de aquellos como la mayor razón de su desinterés. También se observa que, a mayor edad, mayor desconfianza hacia los políticos; esto como reflejo del contexto que los jóvenes de mayor edad viven al insertarse en el ámbito social como ciudadanos ya independientes, muchos de ellos ya como profesionistas, que se ven más directamente afectados por la política pública llevada a cabo y en mayor contacto con estos actores políticos y con sus acciones. En este caso la cohorte que abarca de 25 a 29 años es más desconfiada en 44.8% de su población.



En lo que respecta al desinterés, la ecuación se observa a la inversa, y podría estar definida de acuerdo con los elementos recibidos durante la alfabetización cívica en el ámbito escolar, lo cual trae como resultado una definición de conductas y posiciones en cuanto al ejercicio de la ciudadanía, dependiendo del grupo de edad al que pertenecen. Aquí son los más jóvenes (12 a 14 años) quienes mencionan tener menos interés (22.6%) que se vincula al hecho de que, por un lado, la educación cívica que mayormente se da en el ámbito escolar no ha logrado interiorizar el interés por mantenerse informado de los asuntos políticos del país más allá de si ya se encuentran en edad para ejercer su ciudadanía o no, y, por otro, la percepción que tienen de una inserción efectiva en el ámbito político hasta la edad de 18 años, cuando se adquiere la ciudadanía legalmente, por lo cual se considera que en el periodo previo no existen oportunidades para involucrarse en el ámbito político.

La situación anteriormente descrita disminuye conforme aumenta la edad (19.6%), en la que los jóvenes ya se encuentran inmersos en un campo laboral y en una dinámica social más allá de la familia y la escuela. Sin embargo, es importante notar que es también la cohorte de mayor edad la que más refiere no tener tiempo para estar al tanto de los asuntos políticos (18.7%), denotando que el interés en estos temas no se encuentra entre las actividades que consideran prioritarias, situación que es reflejo del contexto tan dinámico en que se desarrollan las sociedades de ahora. Por lo tanto, a pesar de que al estar insertos en los procesos sociales se otorga a los jóvenes un mayor interés en los asuntos políticos, el hecho de vivir en una era en la que la vida cotidiana va a un ritmo más acelerado que el existente en generaciones previas, se vuelve un factor importante a la hora de priorizar su interés en los asuntos políticos.

En el caso de la falta de comprensión de los asuntos públicos, son los más jóvenes quienes hacen mayor referencia a esta situación (46.1%), la cual disminuye conforme aumenta la edad. Se establece que la comprensión se vincula directamente con el conocimiento, no es de extrañar que esta sensación de ignorancia hacia el tema se encuentre entre los bloques generacionales más jóvenes, quienes en general suelen encontrarse no solo en niveles educativos menores que las cohortes de mayor edad, sino que su interacción aún se circunscribe al ámbito escolar o familiar, lo cual reduce el campo en el que podrían ser susceptibles de una mayor instrucción e incentivos para interesarse en los asuntos políticos. Por otro lado, esta situación también denota que no existe una alfabetización cívica eficiente a esas edades que los incentive a conocer y les dé las herramientas necesarias para entender mejor los asuntos políticos.

Con respecto a la educación, son los jóvenes sin instrucción escolar quienes mayormente refieren la desconfianza hacia los políticos como una razón para no interesarse en la política (61.4%). En lo que se refiere al desinterés y la disponibilidad del tiempo, son los jóvenes que tienen estudios superiores quienes hacen mayor referencia a ello como razones. En el caso de la simpatía partidaria de los jóvenes, en todas las opciones de partido o de coalición, e incluso los que señalaron no tener ninguna, coinciden en la desconfianza hacia los políticos como la razón primordial por la cual tienen poco o ningún interés en la política. Esta razón también tiene consenso al observar la población joven por regiones y por localidad.

En cuanto a la brecha de género en los jóvenes, las mujeres muestran en general acuerdo con los hombres con respecto a las razones (desconfianza, desinterés e ignorancia) por las cuales están interesadas “poco” o “nada” en la política.

En general, el contexto anterior mantiene la premisa de jóvenes que no sienten interés por los asuntos políticos, pero al mismo tiempo también nos muestra la existencia de un entorno social de gran desconfianza, que posiblemente ha reeditado en ese desinterés y alejamiento de los jóvenes de la política. Por otro lado, es importante considerar lo anteriormente mencionado; si el interés define la disposición a participar, en un país donde la población esperada en los siguientes años será esencialmente joven, ¿qué grado de participación se esperaría en nuestro país si no cambia esta situación?

La participación en los jóvenes

Los individuos no participan por espontaneidad, sino que es necesaria una cultura política de participación dentro de una sociedad cuando se busca consolidar la democracia en un país, y mucho de ello tiene que ver con las motivaciones que incentivan a participar, motivaciones que encierran las diversas conceptualizaciones sociales acerca de lo que entiende no solo por participación, sino también por ciudadano, instituciones, sistema político, cultura política, democracia, entre otros. En un contexto en el que los jóvenes no se sienten motivados a interesarse en la política de su país, ¿cuáles serían las razones que los mueven a participar?

Para los jóvenes mexicanos es la obligación. A la pregunta: ¿En qué ocasiones consideras que se debe participar en política?, los jóvenes priorizaron la obligación como la principal razón para participar (26.4%). En este aspecto se observa que no existe una percepción de la participación ciudadana voluntaria como práctica social efectiva; por el contrario, para la población de la Encuesta Nacional de Valores en Juventud la participación en la política en los jóvenes se motiva por medio de la obligación, que en el caso de nuestro país se considera una acción que de no llevarse a cabo tiene consecuencias de reprobación social hablando específicamente de ir a votar

En contraste con este escenario, parece que los jóvenes también tienen una fuerte percepción de que esta actividad conlleva responsabilidad e información (20.3%), lo cual denota una mayor apreciación de los valores democráticos y el actuar ciudadano; sin embargo, esta situación rivaliza con las posturas descritas en la sección anterior: si nos encontramos con poco o nada de interés en la política dentro de la población joven en general, aunado a la desconfianza que existe, ¿cómo podrían llevar a cabo esa participación con responsabilidad e informada si no hay interés en los temas políticos?

Pero no solo la obligación y la responsabilidad informada son razones para participar; también existe un sector de la población que percibe la participación como un acto que puede redituarse en un beneficio (16.8%), situación que respalda el argumento de que los individuos toman las decisiones teniendo en cuenta sus intereses particulares, y las acciones que llevan a cabo son originadas en motivaciones racionales y egoístas orientadas hacia un fin. Así, en este caso los jóvenes ven la participación política como un cheque de cambio a utilizar cuando se quiere obtener algo.

Por último, los jóvenes mencionan que la participación también puede ser considerada como una herramienta para manifestar el descontento y una exigencia de justicia social (14.8%), lo que podría ser un reflejo, por un lado, de la inclusión de las minorías en los procesos políticos, lo cual ha diversificado el abanico de demandas sociales anteriormente focalizadas en sectores específicos de la población; y por otro, el entorno de inseguridad e inestabilidad económica prevaleciente, que ha afectado a diversos sectores de la sociedad. Esta última hace referencia a una herramienta más en la participación política: la manifestación.

En cuanto a la distribución por edad, los jóvenes en general coinciden con la obligatoriedad de la participación, y es en el caso de la población ubicada en los últimos grupos de edad donde la participación también es considerada un acto que debe realizarse con responsabilidad e información (23.3%). Esta situación coincide también con relación al nivel educativo, donde la población con un grado superior de estudios que podría considerarse dentro de estos últimos grupos también señala la información y responsabilidad como un requisito de participación. Lo anterior denota la importancia del conocimiento político como una herramienta que facilita y promueve la movilización, donde el conocimiento se vuelva la moneda de cambio del pleno ejercicio de la ciudadanía.

En general, los jóvenes coinciden con la obligación y la participación responsable como motivaciones principales para participar en los procesos democráticos, situación que se repite en las diferentes opciones de simpatía partidaria (así como en quien no tiene ninguna). Las regiones noreste y noroeste del país coinciden en que la participación se lleva cabo cuando es una obligación, y es la población joven del centro la que considera que se debe participar con información y responsabilidad.

Libertad de elección política

En cuanto a la percepción que tienen los jóvenes acerca de la libertad que tienen para elegir la opción política que consideran mejor, han manifestado en 6 de cada 10 que en la actualidad sí cuentan con esa libertad. Esta respuesta se manifiesta de igual manera en los diferentes grupos de edad, donde las respuestas señalan una percepción general de ejercicio de libre elección cuando hay que emitir un voto por alguna de las opciones políticas existentes.

En el caso de la escolaridad, la misma coincidencia de percepción de libertad a la hora de elegir la opción por la cual se quiere votar se da a través de los diferentes niveles educativos. No obstante, lo anterior, la población que cuenta con un posgrado (44.3% dice que más o menos) no está totalmente convencida de que al momento de decidir por quién votar exista esa libertad. Por último, las opiniones en la población que no cuenta con ninguna instrucción quedan divididas; por un lado, 53.4% menciona que sí existe libertad a la hora de elegir por quién votar, y un 46.6% tiene una opinión contraria.

Con respecto a la simpatía partidaria, los jóvenes en general mantienen la percepción de libertad a la hora de elegir por quién votar, sin importar si declararon o no tener una simpatía partidaria. Por otro lado, independientemente de la distribución regional y de la localidad en donde habiten, los jóvenes en general (7 de cada 10) manifestaron que sí existe libertad a la hora de tomar la decisión de por quién votar; no obstante, es la población que habita en el centro del país la que manifestó también en 3 de cada 10 que no hay libertad para decidir por quién votar.

Después de dos sexenios con otro partido diferente al PRI y un sistema de partidos más plural, la pasada elección del 1o. de julio fue una fecha que trajo consigo mucha expectación en la sociedad mexicana, sobre todo hacia el sector de los jóvenes y su participación política, los cuales constituyen casi un 30% dentro de la población registrada en el padrón electoral y en la lista nominal.

El nuevo contexto enmarca movimientos sociales realizados por los jóvenes en los últimos meses, lo cual ha puesto en entredicho la supuesta apatía juvenil que prevaleció como característica definitoria del ser joven. Ante esta expectativa, se vuelve importante ver qué elementos utilizó esta población como herramientas para tomar su decisión ante las alternativas políticas que se le presentaban.

A la pregunta: *Para decidir qué hacer con tu voto en las elecciones para presidente de la república ¿qué tanto tomaste en cuenta?* En esta pregunta intervienen diversos elementos existentes en la vida de los jóvenes, como la familia, la escuela, los amigos, los conocidos o los compañeros, y los medios de comunicación, que son parte de los procesos de socialización que a lo largo de la vida de los individuos les proveen de elementos que después se convierten en insumos para ejercer su ciudadanía.

El entorno familiar, que es el espacio donde se construye y refuerza la pertenencia a un grupo, los valores y se establecen los fundamentos para interactuar en la sociedad, ha sido considerado por muchos años un elemento de referencia en la toma de decisión de los individuos. Sin embargo, en el caso de la juventud se ha señalado que, por un lado, a pesar de que la familia tiene una fuerte influencia en esta etapa, también la población joven pasa mucho tiempo fuera de este espacio e interactuando más con amigos o compañeros, y es a partir de la información que adquieren de ambos espacios como toman sus decisiones.

En el caso del entorno familiar, la opinión de la familia y/o la pareja no son para los jóvenes el punto de referencia más importante cuando realizan sus decisiones políticas, pero sí los toman en cuenta en algo (33% y 28.1%, respectivamente), donde en general la opinión de la familia es considerada un poco más que la opinión de la pareja. No obstante, es importante señalar que la distribución de las respuestas que dieron los jóvenes encuestados tiene una mayor tendencia a que se consideró poco o nada la opinión familiar y de la pareja a la hora de decidir por quién votar en las pasadas elecciones presidenciales.

Esta situación se ve más clara al tomar en cuenta los grupos de edad; aunque en general los jóvenes señalan que consideraron algo la opinión de la familia, la importancia que se le otorga como referente a la hora de tomar la decisión para la pasada elección disminuye conforme aumenta la edad; es decir, a mayor edad, menor fue la consideración de la opinión de la familia a la hora de decidir por quién votar en la pasada elección presidencial.

Caso contrario se da al ver qué tanto se tomó en cuenta la opinión de la pareja para tomar esta decisión; mientras pertenecer al rango de más edad significa una menor consideración de la opinión de la familia, el tener menor edad implica tomar menos en cuenta la opinión de la pareja. Este contexto se explica debido a que los jóvenes se encuentran distribuidos en los límites, tanto de la pertenencia al ámbito familiar de origen como de su inclusión al mundo adulto y la independencia del núcleo familiar (reflejado en la población joven de mayor edad) donde, en general, ya están inmersos en la dinámica de obtención de un empleo estable y el inicio de su propia familia.

En lo que refiere a la simpatía partidaria, los jóvenes mencionan en general que consideraron algo la opinión familiar, y son los jóvenes panistas los que más mencionan haber tomado en cuenta en algo la opinión de la familia (39.1%). Por otro lado, los jóvenes de Nueva Alianza hacen mayor mención de que la opinión familiar fue tomada poco en su decisión de voto para la pasada elección presidencial, y estos mismos jóvenes son los que más mencionan que consideraron mucho (19.2%) la opinión de su pareja para tomar su decisión.

De la gente con la que interactúan los jóvenes diariamente

Se ha señalado en estudios previos que los jóvenes, al ser más activos en el espacio público, suelen estar mayormente influenciados por aquellas personas, como la gente del entorno en el que viven, los amigos y los compañeros, los cuales tienen una incidencia más directa en su comportamiento y en sus actitudes, y, por ende, en las decisiones que toman.

A este respecto, los entrevistados mencionaron que al momento de decidir su voto para la pasada elección, la opinión de sus amigos y lo que pensara la gente del lugar en el que viven, tuvo poco o nada de influencia; tienen un poco de mayor importancia las opiniones de los amigos (35.5%) en comparación con la opinión de la gente donde viven (33.9%).

Otro elemento que se ha considerado dentro de la encuesta es la influencia de las figuras de autoridad dentro del ámbito laboral. A este respecto, la población joven que trabaja menciona no haber dado importancia a lo que opinaran sus jefes a la hora de decidir por quién votar.

Influencia del ámbito escolar

La escuela, como el primer escenario en que el individuo se enfrenta al ámbito público y pone en práctica lo aprendido en el espacio privado familiar, se convierte en un referente importante para las poblaciones más jóvenes. Con respecto a las personas con las que se interactúa en el ámbito escolar, los jóvenes manifestaron que la opinión de sus maestros y sus compañeros tuvo poco (20%) o nada (26%) de importancia cuando decidieron por quién votar en las elecciones presidenciales del pasado 1o. de julio.

Por otra parte, al igual que sucede con la familia y la pareja, la importancia que se le otorga a los maestros y a los compañeros de escuela como referente disminuye conforme aumenta la edad; es decir, a mayor edad, menor fue la consideración de las opiniones emitidas por ellos a la hora de decidir por quién votar en la pasada elección presidencial.

Los jóvenes y los movimientos sociales

En la historia de nuestro país, como en el resto del mundo, los movimientos sociales han sido un parteaguas importante. En México, uno de los más memorables ha sido el movimiento estudiantil de 1968, que enmarcado en otro contexto, dejó una huella imborrable en la sociedad mexicana. Hoy en día esta sociedad ha visto el surgimiento de otro movimiento juvenil que inicia en la Ciudad de México llamado #Yosoy132. Dentro de un contexto y con motivaciones diferentes, surgió una expectativa social de lo que sería la participación de los jóvenes en la elección presidencial de 2012, y que tanto estarían adheridos a las propuestas de este movimiento.

La realidad es que los jóvenes manifestaron haber considerado poco (31%) o nada (30%) las posturas de los movimientos sociales en nuestro país a la hora de decidir por quién iban a votar para nuevo presidente. Esta situación se mantiene al desagregar la población por grupos de edad, en poco y nada, donde a mayor edad, mayor fue la respuesta de nada (31.5%) cuando se les preguntó si tomaron en cuenta las posturas de los movimientos sociales para decidir por quién votar en la elección presidencial.

En cuanto a la simpatía partidaria, los jóvenes también mencionaron en general que tomaron en cuenta poco y nada las propuestas de los movimientos sociales existentes. Aquí la población de jóvenes que simpatizan con el partido Nueva Alianza son quienes hacen mayor mención de haber tomado en cuenta poco (46%) y “nada” (35.9%) las propuestas.

Opciones políticas

Dentro de un contexto de movimiento social joven en un marco de exigencia por una contienda electoral y elección más democrática. ¿qué tanto tomaron en cuenta los jóvenes el universo de elementos que integraban a las opciones políticas existentes a la hora de decidir su voto?

La respuesta fue que los jóvenes tomaron mucho (24.5%) y algo (27.8%) en cuenta la propuesta de los candidatos, lo cual denota un mayor compromiso por estar informado de las opciones existentes y lo que proyectan para el país, dándole un menor peso en su decisión a aspectos como la propaganda política, la imagen del candidato y las campañas políticas.

En cuanto a la distribución por edades, a mayor edad, más se tomaron en cuenta las propuestas y las campañas de los candidatos y menos atención a la propaganda y a la imagen política de los candidatos. En el caso de la escolaridad, las propuestas tuvieron más peso en los jóvenes que cuentan con estudios superiores.

La distribución por simpatía partidaria mostró un panorama en que los jóvenes en general también manifestaron haber tomado más en cuenta las propuestas políticas, siendo los jóvenes simpatizantes del Partido Acción Nacional quienes más mencionaron haberlas tomado mucho (33.7%) en cuenta, contrariamente a los jóvenes simpatizantes de Nueva Alianza, que mencionaron nada (46.2%) haber tomado en cuenta las propuestas de los candidatos. En cuanto a la atención que pusieron a la propaganda política para decidir por quién votar, los jóvenes que no simpatizan con ningún partido son quienes más señalaron no haber tomado la propaganda política en cuenta (37.1%). En el caso de las campañas, los jóvenes que simpatizan con el partido Nueva Alianza son quienes más señalaron no haberlas tomado en cuenta para decidir su voto (36.6%), al lado de los jóvenes que no simpatizan con ningún partido (34.2%). La imagen tampoco fue tomada en cuenta en general por los jóvenes a la hora de decidir su voto; no obstante, los jóvenes que más mencionaron haber tomado “mucho” en cuenta la imagen fueron aquellos que tienen simpatía por el PAN (18.1%).

A nivel regional, los jóvenes del centro-occidente y centro señalaron haber tomado en “mucho” en cuenta las propuestas de los candidatos (32.2 % y 28%), a diferencia de los jóvenes del noreste y del noroeste del país, quienes señalaron no haber tomado en cuenta las propuestas (24.5% y 23.9%). En el caso de la propaganda y de las campañas, es la población de la región sur-sureste la que más señaló haber considerado ambas al momento de decidir su voto. Y en lo que refiere a la imagen, los jóvenes del centro-occidente son quienes más mencionaron haber puesto atención a ello.

La propaganda, las campañas y la mercadotecnia de la imagen de un candidato, que realizan las diferentes opciones políticas existentes en un país, son parte del proceso electoral cuando este se lleva a cabo, y todas ellas van encaminadas a influir en la opinión pública con el fin de obtener resultados a la hora de que la población lleve a cabo el ejercicio del voto a favor de un candidato.

Estas estrategias realizadas por los partidos políticos buscan conseguir una identificación hacia su partido que reditúe en el apoyo de los individuos por medio del sufragio. Para ello, históricamente se ha hecho uso de incentivos, ya sea visuales, presenciales o materiales (obsequios). Con respecto a estos últimos, su práctica en México ha sido desvirtuada, derivando en una percepción social de que al recibir un obsequio este se convierte en un contrato vinculante que los obliga a votar por el partido que se lo da, situación que ha derivado en una reprobación social de esa práctica al simbolizar la compra del voto.

Ante este contexto, ¿cuál fue la postura de los jóvenes? La respuesta de los jóvenes mexicanos a ¿Qué tanto tomaste en cuenta? (Los obsequios de los partidos) fue nada (47%). Este panorama, y tomando en cuenta las respuestas de los jóvenes que han señalado que las propuestas son lo que más consideraron para decidir su voto, muestra un cambio generacional importante, que puede verse enmarcado en una percepción de mayor libertad para votar por el partido o candidato y/o propuesta que se considere mejor, aunado a que ya no existe una percepción de compromiso con el partido que dé algún obsequio.

Ante este contexto, ¿cuál fue la postura de los jóvenes? La respuesta de los jóvenes mexicanos a ¿Qué tanto tomaste en cuenta? (Los obsequios de los partidos) fue nada (47%). Este panorama, y tomando en cuenta las respuestas de los jóvenes que han señalado que las propuestas son lo que más consideraron para decidir su voto, muestra un cambio generacional importante, que puede verse enmarcado en una percepción de mayor libertad para votar por el partido o candidato y/o propuesta que se considere mejor, aunado a que ya no existe una percepción de compromiso con el partido que dé algún obsequio.

En cuanto a las características sociodemográficas que los distinguen entre sí (edad o escolaridad), los jóvenes presentan un acuerdo general en cuanto a que no tomaron en cuenta los obsequios de los partidos para decidir por quién votar en la elección presidencial. En lo que se refiere a la distribución regional, es la población del noroeste la que sí manifestó haber tomado en cuenta mucho (12.1%) o algo (22.1%) los obsequios que les dieron los partidos, seguido de la región sur-sureste, que también mencionó haber tomado en cuenta algo (22.7%) los obsequios de los partidos.

Medios de comunicación y formación de opinión pública

Vivimos en una sociedad bombardeada por la tecnología de la comunicación, en la que la televisión, la radio, los periódicos y hasta el internet circulan esparciendo una gran cantidad de información que consumen todas las sociedades del mundo.

Es innegable el hecho de que los medios de comunicación hoy en día son parte de la vida cotidiana, y que tienen incidencia en el comportamiento de los individuos a través de su vida, convirtiéndose en una herramienta importante en la construcción de la opinión pública, que con el paso del tiempo ha visto acrecentada su incidencia en la toma de decisiones.

También es innegable que es la población joven la que está más sumergida en este nuevo contexto de información y tecnología. La mayoría de los jóvenes se informan sobre lo que sucede afuera de su vida en el espacio privado a través de los medios de comunicación a su alcance; la interacción con ellos se ha constituido en un medio de conocimiento del mundo exterior. Sin embargo, se ha hablado mucho de la importancia que se le da al entretenimiento sobre otros temas.

A la pregunta: ¿Qué tanto tomaste en cuenta? (los medios de comunicación) Los jóvenes de la era de la información contestaron que no son herramientas que utilicen mucho cuando toman sus decisiones políticas; en general, tanto la televisión como el periódico y el internet fueron utilizados poco o nada para tomar la decisión por quién votar. No obstante, cabe señalar que los resultados nos muestran un panorama en el que aún el medio más usado para informarse y decidir sobre política, cuando se usan los medios de comunicación, es la televisión (8.1% mucho y 32.3% algo, seguida del periódico 5.8% mucho y 25.3% algo. Esta situación denota que los jóvenes, al igual que las generaciones que les anteceden, siguen utilizando con más frecuencia los mismos medios de información para tomar sus decisiones políticas.

Se ha dicho con insistencia que la generación joven hoy en día es una de las más automatizadas de la historia. El uso de internet se ha vuelto una práctica cotidiana, que va en aumento donde los jóvenes tienen cada día un mayor acceso a tecnologías más complejas y con múltiples posibilidades de información y de interacción. Prueba de ello son las actuales redes sociales. Estas redes han ganado popularidad en los últimos años, sobre todo en la población joven, siendo utilizadas como medio de comunicación con amigos, conocidos y figuras de su interés, además de constituirse en foros por medio de los cuales los jóvenes expresan sus ideas y sus posturas ante los temas que les interesan.

En la Encuesta Nacional sobre Valores en Juventud se indagó sobre la importancia que los jóvenes dieron a estos foros a la hora de decidir por quién votarían en la elección pasada. La respuesta es que fueron tomados en cuenta poco o nada para tomar su decisión de voto; ni Twitter ni Facebook fueron elementos de incidencia e información para la decisión de los jóvenes en la pasada elección presidencial, lejos de lo que se ha supuesto acerca de la influencia que esos foros ejercen.

Todos los medios anteriormente mencionados funcionan como herramientas en la construcción de la opinión pública de una sociedad. Tomando en cuenta que cumplen la misma función, se indagó acerca de la importancia que tienen las encuestas para los jóvenes a la hora de decidir su voto.

Las encuestas son un instrumento que permite establecer las opiniones y tendencias prevalecientes en una sociedad, y en este caso la opinión política de la ciudadanía, permiten conocer las percepciones que tienen los individuos sobre temas sociales en contextos específicos. Pero también la difusión de las mismas encuestas tiene el objetivo de proveer de información útil a los ciudadanos para tomar decisiones informadas, que se complementan con los diversos recursos disponibles para informarse.

En el caso de México, se ha suscitado un debate alrededor de las encuestas, que ha tomado dos posturas; por un lado, los que sostienen que las encuestas son el reflejo de la práctica política y electoral y, por otro, los que ponen a las encuestas como herramientas manipulables que utilizan los candidatos para atacar o debilitar a sus adversarios. Sea por una razón o por la otra, ambas posturas han coincidido en que en los últimos tiempos las encuestas en nuestro país se han vuelto herramientas importantes en las competencias electorales. Pero ¿qué efecto tienen las encuestas en las decisiones de los jóvenes mexicanos?

Al respecto, los jóvenes mexicanos en general mencionaron que cuando tuvieron que decidir por quién votar tomaron en cuenta poco (34%) o nada (27%) la información de las encuestas.

La democracia se ha vuelto en las últimas décadas la bandera que identifica a gran parte de los países del mundo. El discurso democrático, por su parte, también se ha convertido en un elemento esencial de todos los sistemas políticos, y es muy probable que esta propagación sea una de las razones por las cuales la gente se siente más identificada con la democracia a cualquier otra alternativa.

Pero la democracia no ha llegado a donde está porque sí; lleva ya muchos años construyendo los cimientos para su permanencia, y los resultados ya se ven en todo el mundo. En la actualidad, el discurso ha sido interiorizado en las sociedades, a tal grado que el régimen democrático ha quedado prácticamente solo en un lado de las opciones, y el resto de los tipos de regímenes, como los indeseables para cualquier sociedad del otro lado.

Lo interesante es ver cómo, a pesar de que en ocasiones la democracia ha dejado inconclusas las promesas de su instauración, las sociedades aún la siguen reconociendo como la única opción de gobierno viable y preferible.

En el caso de México, no hay excepción al respecto. Desde hace años los mexicanos hemos presenciado una transición democrática, que no acaba de tomar forma, y que ha dejado en el camino muchas expectativas sociales, que han afectado sobre todo a las generaciones jóvenes; el desencanto es hacia los actores que manejan el discurso democrático, y los estragos de sus errores no han afectado la idea de que la democracia es la mejor forma de gobierno para nuestro país. El problema no es del sistema que se quiere, sino de quienes están a cargo.

Anteriormente, estas posturas se adjudicaban, sobre todo en los países latinoamericanos, al miedo de un retroceso a contextos prohibitivos que les había tocado vivir a las generaciones previas que habían pasado su memoria a los más jóvenes. Ahora cada vez más las nuevas generaciones están alejándose de aquellos tiempos, y los recuerdos van perdiendo peso como fundamento de ese rechazo histórico a lo no deseable. Pero ¿qué es lo que mueve a las nuevas generaciones, que ya cada vez ven más lejanas de la memoria de los tiempos en que había otra forma de gobierno para seguir manteniendo que es preferible la democracia? Para algunos, es la permanencia de la idea en las sociedades, la inercia natural de un contexto en donde la democracia ha sido la única opción, independientemente de la presencia de un pasado no deseable, reforzado por el contexto que actualmente prevalece, donde las nuevas tecnologías de la información están jugando un papel importante. Los jóvenes mexicanos, al ser cuestionados acerca del tema de la democracia, respondieron en un 61.5% que prefieren la democracia a cualquier otra forma de gobierno, que coincide con las respuestas que en 2005 proporcionaran los jóvenes. En el caso de que se instaure otra forma de gobierno a la democracia, solo un 17.8% menciona que en algunas circunstancias es preferible.

El panorama de la distribución de edad muestra que, a mayor edad, más se considera que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno. En lo que se refiere a la simpatía partidaria, los jóvenes que simpatizan con el PAN en un 74.3% respondieron que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, y son los que simpatizan con el Partido Nueva Alianza los que están más a favor de que en algunas circunstancias exista otra forma de gobierno que no sea la democracia (24.6%). Con esta postura coinciden los jóvenes de la región sureste (23%).

En resumen, los jóvenes mostraron desconfianza y apatía en lo que respecta a su participación política y su quehacer como ciudadanos, reflejo de la falta de credibilidad en las actuales instituciones políticas, las cuales necesitan cambios estructurales con el fin de recuperar certidumbre y legitimidad social, y ante una población que actualmente constituye la cuarta parte de la población en México, y que al ser cuestionada acerca de cómo calificaría a la democracia mexicana le da una calificación de 6.9.



Disposición a organizarse y a participar

Después de la explosión de participación juvenil que se dio en la década de los sesenta y setenta del siglo pasado, fue común señalar a las generaciones post baby boomers de apáticas y con una profunda desafección hacia cualquier cosa que involucre participar en comunidad. Con el incremento de libertades, acceso a información, nuevas tecnologías y otros factores, se cuestionaba los porqués del desdén, más allá de lugares comunes. Así, gradualmente las teorías sobre participación cívica, con sus distintos enfoques, comenzaron a analizar cuestiones más específicas a especializarse y dejar atrás la idealización de ciudadano virtuoso. Después de todo, entender las cuestiones más profundas del involucramiento ciudadano en acciones colectivas va más allá de posturas rígidas, como la elección racional y otras, que buscaron reducirla a una cuestión en particular, sin buscar analizar el complejo social.

Hablando en concreto de los jóvenes mexicanos, hace unos meses, debido a la coyuntura electoral, fuimos testigos de un renovado ánimo en algunos sectores. Se dio cuenta de que los medios a través de los cuales participan los ciudadanos han cambiado gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación y la inmediatez que permiten la masificación de dispositivos, como los teléfonos inteligentes, y las tabletas electrónicas, entre otros. Si bien su posesión está restringida a ciertos sectores de la población, especialmente en localidades urbanas, como se ha mencionado antes en esta investigación, sí han transformado las formas y los medios a través de los cuales la participación es posible.

Sobre la disposición de los jóvenes a organizarse a participar en distintos ámbitos, se aplicaron una serie de preguntas. La primera fue: Actualmente ¿participas en alguna organización, asociación, grupo o movimiento? El 92.6% de los jóvenes dijo no participar en alguna, un 3.3% indicó participar a veces, y solamente un 1.9% de los encuestados señalaron hacerlo de manera permanente. Estos dos últimos sumados dan un 5.2% de encuestados que participan en alguna asociación, grupo o movimiento.

Los grupos de edad que tienen mayor tendencia a la participación son los mayores, pues de 25 a 29 años participa un 6.6% de los jóvenes, ya sea siempre o a veces, y el de 20 a 24 lo hace un 6.2%. Igualmente, resulta significativo el nivel de estudios, pues los que cuentan con universidad incompleta y completa participan de manera más constante, pues un 4.2% y un 6.3%, respectivamente, dicen participar de manera estable, en comparación con el resto de las escolaridades, que lo hacen únicamente en un 1.5% en promedio. Por simpatía partidista sobresale que aquellos simpatizantes del PRD, del PT y del Movimiento Ciudadano participan un 8.9% constantemente o a veces. Por su parte, los simpatizantes del PRI que participan son un 5.2%, y los del PAN, un 4.2%. Los jóvenes que dijeron no tener preferencia por partido alguno; es decir, el 45.0% del total de los encuestados, dijo participar un 4.8%. De acuerdo con la ENVAJ 2012, los jóvenes que más participan son aquellos habitantes de poblaciones rurales (7.1%) en comparación con el resto de poblaciones, que participan siempre o en ocasiones (2.5%).

Aunque en términos generales es reducido el número de jóvenes que dijeron participar, es importante conocer los tipos de asociación, grupo, movimiento u organización en la que lo hacen. Del porcentaje que dijo *sí* participar, la gráfica 90 desglosa el tipo de participación específica en la que se involucran los jóvenes encuestados.

Como se puede observar en la gráfica anterior, las tribus urbanas son el grupo en el cual se encuentran más los jóvenes, con un 22.4%. Después se encuentran con un 21.3% aquellos jóvenes que participan en el movimiento “Yo soy 132”, seguido de la participación en partidos políticos para el 16.6%.

Cuando se habla de participación, constantemente se puede referir a un modelo de ciudadanía ideal, en el que todos los integrantes de la comunidad política cuentan con información suficiente y de calidad, están al pendiente de los asuntos públicos y se involucran en la toma de decisiones colectivas. Sin embargo, la cotidianeidad de las democracias actualmente muestra un rostro alejado a este modelo, pues los ciudadanos están más preocupados por su ámbito privado que por el público. No obstante, el hecho de que no participen durante el periodo de levantamiento de un estudio de opinión no es igual a pensar que estos no lo han hecho antes, o no lo harán en un futuro en alguna de las distintas acciones que involucran la participación.

Las acciones de participación que más han llevado a cabo los encuestados son asistir a juntas vecinales uno de cada diez, recabar firmas o firmar peticiones 8.2%, quejarse ante autoridades 8% y asistir a manifestaciones, marchas o movilizaciones 7.9%. Las menos señaladas fueron realizar huelgas de hambre 0.7%, desobediencia civil pacífica 1.5% y acudir a reuniones políticas convocadas por redes sociales 2%.

En cuanto a la distribución por sexo, 9.2% de los hombres y 6.6% de las mujeres han asistido a manifestaciones. De los encuestados mayores de 20 años, uno de cada diez ha asistido a este tipo de acciones. La escolaridad también juega un papel fundamental, pues dos de cada diez de los que tienen licenciatura completa se han manifestado. Por regiones del país, la diferencia es también trascendente. En el centro del país el 12% de los jóvenes han asistido a una manifestación, mientras que en el noreste únicamente un 3.2%.

En México, la participación política, desde hace muchos años, no solo de los jóvenes, sino de la ciudadanía en general, ha sido un asunto pendiente. Hablando en específico de los valores propios de la democracia, se muestran arraigadas prácticas participativas más cercanas al clientelismo que a un verdadero compromiso cívico. Pero el déficit de participación con el que cuenta el país no debe ser explicado unidireccionalmente señalando a los ciudadanos. Es difícil esperar una sociedad participativa, cuando la mayor parte de sus integrantes no cuentan con las condiciones mínimas de subsistencia y desarrollo. Al respecto, las estadísticas de desigualdad y pobreza hablan por sí mismas.

La desconfianza hacia los partidos políticos se ha convertido en un lugar común en la sociedad. Preguntas como la 98 dejan ver que, aunque la opción partidista no es la primera opción de intervención en la vida pública, no deja de ser una de las más importantes. Igualmente, aunque no todos se involucran activamente en la vida partidista, la simpatía personal hacia algún partido político es un factor crucial para comprender la situación postelectoral que vive el país y proyectar posibles escenarios a futuro.

Independientemente del partido por el que simpatiza tu familia, en general, tú simpatizas más con: El 45.0% dijo no simpatizar con partido alguno, con el PRI un 25.0%, con el PAN un 11.9%, con el PRD un 10.4%, un 0.8% con el PVEM, el PT, un 0.6% con Nueva Alianza y con Movimiento Ciudadano un 0.5%.

A los jóvenes que indicaron no simpatizar con partido alguno se les preguntó inmediatamente después ¿Por qué no simpatizas con ningún partido político?, a lo que el 31.0% respondió porque no me interesa, seguido del 19.5%, que señaló que no cumplen lo que prometen, 14.3% dijo: no sé de política, 13.1% mencionó que son corruptos, y el 5.5% dijo: no hay buenas propuestas. En el caso de la primera mención por el No me interesa, la diferencia entre regiones es trascendente, pues en el noroeste y en el noreste el porcentaje que prefirió esta opción se eleva a 42.0% en cada una, mientras que la región donde menos fue señalada es la sur-sureste, en un 26.9%, seguida del centro, con un 28.4%.

Aunque la desafección hacia la política y la crisis de representación son ya tópicos trillados, no dejan de ser reales y tener consecuencias. Más allá de culpar a la clase política en general, debería entenderse que sus integrantes no surgen de un mundo paralelo, sino de la misma sociedad. La práctica política no es más que reflejo de lo que acontece en lo social. Es aquí donde estudios como el de Almond y Verba y posteriores ayudan a entender las raíces más profundas de una cultura política súbdito/participante en México, la cual, si bien ha cambiado, en muchos aspectos aún se mantiene en este sentido según indica una réplica del estudio realizada por la UNAM en 2009. La cultura política vertical y paternalista, lejos de vincularse con determinados partidos, debe entenderse a partir de la permanencia no necesariamente inalterada, de formas de socialización política autoritaria y clientelar que permean en nuestra sociedad en pleno siglo XXI.

APERTURAS Y

LIMITACIONES DE LA TRANSFORMACIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA JUVENIL A PARTIR DE UN PROCESO DE FORMACIÓN CIUDADANA

03

APERTURAS Y LIMITACIONES DE LA TRANSFORMACIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA JUVENIL A PARTIR DE UN PROCESO DE FORMACIÓN CIUDADANA

Omaira Catherine Arboleda Velásquez³

Beatriz Elena García Chacón

La cultura política referenciada por un grupo de jóvenes de la ciudad de Medellín y cómo en esta incide un proyecto de formación ciudadana financiado por la administración municipal fue el eje de indagación del proceso investigativo del cual se deriva el presente artículo. En el análisis, se privilegiaron posturas de orden interpretativo dentro del prisma de las tradiciones teóricas y metodológicas que abordan los estudios de la cultura política. Desde este enfoque, se vincularon al análisis nociones de vida cotidiana, prácticas sociales y repertorios de acción que ponen su acento en cómo se configuran los significados culturales tejidos por las personas en su interacción cotidiana con lo político y que, además, permiten develar conceptos, creencias, valores y comportamientos de este grupo de jóvenes en particular, al mismo tiempo que expresan rasgos y condiciones de la cultura política de las juventudes de la ciudad.

³ Arboleda Velásquez, Omaira Catherine; García Chacón, Beatriz Elena. Apertura y limitaciones de la transformación de la cultura política juvenil a partir de un proceso de formación ciudadana. En: Revista última década. No. 55, julio del 2021. Págs. 96-130

La investigación se focalizó en las experiencias y contextos relatados por los y las jóvenes que se integran al proyecto Semilleros Infantiles para la Participación mediante la figura de dinamizadores y dinamizadoras. Este Proyecto (como se nombrará de aquí en adelante) se origina en los años 90, a partir de la iniciativa comunitaria de las Juntas de Acción Comunal y el apoyo de la Alcaldía de Medellín (Colombia). Nace con el objeto de promover la participación comunitaria y política como camino para enfrentar la crisis sociopolítica del país y la ciudad, en un período histórico marcado por graves índices de violencia y problemas de orden público, pero también por las Organizaciones sociales de carácter territorial constituidas para la autogestión comunitaria en barrios, veredas y sectores. Expectativas emanadas de una nueva Constitución Política (1991) que sentaba las bases para la construcción de una democracia participativa. Lo anterior, mediante un proceso formativo en participación ciudadana con enfoque territorial que tiene como beneficiarios finales a niños y niñas de 8 a 12 años, este es impartido anualmente y dinamizado por jóvenes entre los 16 y 25 años que pertenecen a los mismos territorios en los que se desarrolla barrios y veredas de las comunas y corregimientos municipales. El número de semilleros anuales puede variar de acuerdo con factores presupuestales, pero, dado que hay un esfuerzo por mantener la continuidad de los niños y las niñas en el proceso formativo, usualmente se realizan alrededor de doscientos.

El Proyecto se estructura a partir de una propuesta pedagógica orientada por la administración municipal, de la cual se derivan los ejes de los contenidos y las metodologías. Estos son adecuados por profesionales sociales vinculados al Proyecto, los cuales en compañía con las dinamizadoras y los dinamizadores elaboran el diseño de las diferentes estrategias pedagógicas y didácticas que tienen los encuentros con niños y niñas, impartidos semanalmente por cuatro horas. El Proyecto contempla simultáneamente a la formación de los niños y las niñas la de las y los jóvenes, de tal forma que participan de un proceso formativo particular coordinado por un equipo técnico de profesionales en pedagogía y ciencias sociales. Este proceso tiene como fin fortalecer la apropiación conceptual y las competencias didácticas de los jóvenes, de acuerdo con las orientaciones de la propuesta pedagógica general.

De esta manera, los dinamizadores y las dinamizadoras son jóvenes que cumplen una doble función en el quehacer pedagógico: sujetos en formación y formadores. Su papel es el de ser promotores o facilitadores de los procesos formativos con los niños y las niñas, lo cual se fundamenta en el reconocimiento de los saberes que tienen de sus territorios como factor estratégico de la participación ciudadana. En tal sentido, se identifica que los jóvenes como sujetos de formación se convierten en agentes y que, en su tarea de formar a otros, realizan un miramiento de sí mismos y modifican sus respuestas, sus prácticas, sus actitudes y comportamientos; es decir, participan de un escenario de reflexividades que redunda en la configuración de sus subjetividades y el devenir de su cultura política.

La investigación se soportó en una metodología cualitativa. Fueron realizadas entrevistas semiestructuradas, grupos focales y técnicas interactivas que permitieran reconstruir, discutir y reflexionar la praxis social de este grupo de jóvenes, entendida esta «como una unidad compleja y dialéctica formada por la teoría y la práctica. Aunque la vinculación con los espacios formales de participación constituía un eje de interés, la metodología y las preguntas diseñadas abrieron el horizonte de análisis a otros escenarios locales de lo político, en los cuales las juventudes adquirieron especial protagonismo al interpelar y aportar a la ampliación de las fronteras de las políticas públicas juveniles a partir de tránsitos entre la recreación, la resistencia o la reversión de lo establecido, lo cual converge con los resultados de otros estudios en el campo.



Se parte de la premisa de que «todo individuo, aún sin reconocerlo, tiene un acervo cultural de lo político. Es decir, una determinada cultura política, aun haciéndola objetiva o no. Dicho acervo no es otra cosa que la decantación de cómo se comprenden los escenarios políticos en los que se desenvuelven los sujetos y, por tanto, el sustento de la generación y configuración de acciones que responden a dicha comprensión. Todo ello enmarca otras significaciones alrededor de la ciudadanía: el poder, la vida pública y las formas de relacionamiento con el Estado y sus gobernantes, entre otros. Significaciones en constante tensión dadas las disputas de sentido que emergen del encuentro entre lo vivido y lo instituido en el marco de las trayectorias de los jóvenes; lo que alcanza su mayor expresión en formas concretas de participación en las que se profundiza el sentido de ser ciudadano, se desborda el estatus meramente jurídico y se expone la posibilidad de emprender acciones de interés o control sobre lo público.

La indagación por la cultura política comprendió cuatro ejes analíticos: poder, socialización política, ciudadanía y acción política. Poder, como factor intrínseco de lo político toda vez que determina las posibilidades de relacionamiento y decisión que, tácita o explícitamente, tienen los sujetos en los escenarios colectivos. Socialización política, con el propósito de abordar la incidencia de aspectos de la vida cotidiana y las experiencias de los jóvenes en la construcción de unos sentidos de lo político. Ciudadanía, que permitió indagar en el reconocimiento, las calidades y el ejercicio de derechos y deberes políticos por parte de los miembros que se identifican con una comunidad. Y la acción política, como la práctica y performatividad desde el lente y énfasis de la participación social y ciudadana.

Se reconoce en las formas de participación de las y los jóvenes dinamizadores un sentido de lo político que puede aludir a la reproducción del orden establecido (tanto en lo micro como en lo macro) o a la construcción de nuevos significados que compiten con él. En este punto, se precisa atender a las maneras cómo convergen, diferencian y tensionan las representaciones de lo político y la acción política realmente ejercida; es decir, los sentidos expresados y los repertorios de participación como práctica. Y entender, en este marco, la incidencia de la intervención que tiene el proyecto en ambas dimensiones, para así no solo aportar en la comprensión de la cultura política de los jóvenes de la ciudad, sino además dar luces sobre la capacidad de ser interpelada por procesos de formación ciudadana con jóvenes.

De este tipo de análisis surgen indagaciones más concretas que, además de haber orientado el curso de la investigación, se convierten en la línea discursiva del presente artículo: ¿cuáles son los escenarios locales de la política? ¿Cómo se conciben y cómo interaccionan las y los jóvenes con ellos? ¿Cómo sus prácticas los recrean, los resisten o los revierten? Y, finalmente, ¿cómo influye la participación de estos jóvenes en el Proyecto en las significaciones y prácticas políticas que vivencian en sus territorios? El texto cita de manera generosa la voz de los participantes de la investigación con el fin de compartir las narrativas que sustentan los análisis.

Tal como ha sido resaltado por varios estudios, el ejercicio ciudadano de los jóvenes no se suscribe necesaria ni principalmente a los mecanismos provistos institucionalmente por los Estados, lo que lleva a cuestionar las perspectivas con las que puede ser leído y las nociones de democracia que le sustentan. En este sentido, el concepto hegemónico de ciudadanía adscrito a las tradiciones liberales, el cual se sostiene en el estatus jurídico que otorga al *individuo* derechos civiles, sociales y políticos al ser parte de una comunidad política, ha sido cuestionado en tanto ha reducido la participación en lo público a un asunto individual expresado en el voto, lo que ha conducido a la constitución de una ciudadanía pasiva y a la erosión de la cohesión social. Adicionalmente, ha sido revisado críticamente la abstracción del sujeto libre y a histórico en la que se sustenta esta tradición, pues ha servido para excluir sujetos subalterizados por razones de género, edad, etnia, racialización, entre otros; del supuesto goce indiscriminado de derechos.

De otro lado, la tradición republicana condice la ciudadanía a la participación política como forma de coexistencia social y, por tanto, el centro de las vidas de las personas. Por su parte, el comunitarismo señala la necesidad de comprender a un sujeto situado, dotado de identidad(es) y miembro de comunidades que no se agotan en la nación, lo que genera posicionamientos y pertenencias que configuran las prácticas ciudadanas. Asimismo, contribuyen a la discusión la noción de ciudadanía insurgente propuesta, quien identifica en los pobladores periféricos de las ciudades de Brasil, en su investigación el ejercicio de una ciudadanía que se escapa a los ejes de la política de las democracias liberales, y que se caracteriza por una membresía definida por la residencia urbana y la reivindicación de derechos concretizados en el derecho a la ciudad. En resonancia con estos enfoques, desde una perspectiva que entiende que la ciudadanía ejercida por las juventudes locales excede los cánones de los enfoques liberales y, en este sentido, no se agota en el estatus jurídico determinado por la pertenencia a una comunidad política y un sujeto abstractos, se realizó un desplazamiento hacia su dimensión práctica e histórica.



Ahora, si bien la idea de lo referido por el término de cultura política puede rastrearse desde el pensamiento clásico, como categoría se vincula a los desarrollos teóricos adelantados por Almond y Verba en el campo de las ciencias políticas en los años 60. A partir de la caracterización de la cultura cívica concebida como el tipo ideal de cultura política, estos autores integraron la variable cultural en su trabajo por responder al cuestionamiento de por qué solo algunas sociedades democráticas alcanzan determinados estándares. En su enfoque behaviorista, la cultura política hace referencia a las orientaciones de orden psicológico cognitivas, emotivas y evaluativas que tienen los individuos respecto a los objetos políticos (procesos de decisión, roles, decisiones, entre otros que constituyen el sistema político. Orientaciones que determinan la manera que se produce la acción política.

La adscripción a un modelo ideal de cultura política representado por países como Inglaterra o Estados Unidos sustentó que el enfoque behaviorista fuera tachado de etnocéntrico, lo que implicaba una lectura sesgada a otras construcciones políticas que no necesariamente se ajustan a ese modelo ideal, y especialmente la manera en que estas construcciones políticas se desenvuelven dentro de contextos particulares. En consecuencia, desde la corriente *interpretativa* desarrollada en el marco de las ciencias sociales en los años 80 es planteada una perspectiva de la cultura política que reconoce su carácter histórico, y en la que tienen lugar la observación de aspectos subjetivos e intersubjetivos, además de una comprensión de la política que va más allá del sistema político institucionalizado.

La corriente interpretativa embebe del interaccionismo simbólico, la fenomenología y la teoría interpretativa de la cultura de Geertz. En este marco, es comprendida como sistemas de significado de lo político, los cuales son elaborados en procesos de socialización política a partir de las experiencias individuales y colectivas vinculadas a la vida cotidiana. En esta línea, la política institucionalizada, aunque centro de poder, no logra contenerlo y este se diluye en el mundo social en escenarios de micropoder e informalidad. Así, la cultura política no define una categoría abstracta, sino relacional referida a los sentidos construidos y negociados de manera intersubjetiva en contextos históricos y geográficos en torno a lo político. De allí que sea necesario estudiar la acción política inserta en las prácticas sociales y los escenarios locales de la política; las representaciones sociales de la vida política valores, creencias, discursos, etc. y cómo son construidas intersubjetivamente a lo largo de la vida de las personas; y las maneras en que se desenvuelven y significan las relaciones de poder, entre otros, con el fin de decodificar los sentidos de lo político construidos por determinados actores o sociedades.

El estudio se apoyó en la sistematización de experiencias. Este método de investigación de carácter cualitativo concibe las experiencias como procesos históricos y sociales dinámicos y complejos. De acuerdo con Jara (2000), permite explicitar las lógicas y la comprensión teórica de una o varias experiencias a partir de la reconstrucción de los factores que intervinieron, su ordenamiento e interpretación crítica. Esta estrategia metodológica permite la construcción de conocimiento sobre las prácticas desarrolladas mediante ejercicios dialógicos y reflexivos, los cuales se realizan sobre narrativas y registros escriturales que permiten recuperar, tematizar y apropiar las acciones realizadas con el fin de relacionar analíticamente sus componentes prácticos, teóricos, técnicos, éticos y políticos y, con ello, comprender los sentidos y aspectos problemáticos de la experiencia.

El eje de la sistematización lo constituyeron las prácticas pedagógicas apropiadas por los jóvenes dinamizadores que participan del Proyecto y su incidencia en la transformación de la cultura política, del cual se desprendió analíticamente un subeje de indagación: la comprensión y la transformación de la cultura política desde los dinamizadores como sujetos situados, sobre el cual se basa el presente artículo. En esta línea, el diseño metodológico estableció un primer momento de recuperación y reconstrucción de la práctica de la participación de las y los jóvenes dinamizadores en el proyecto por un período de tres años (2013, 2014, 2015). Entre los procedimientos contemplados estuvieron la identificación de referentes generales de la experiencia: institucionales, situacionales y teóricos; la realización de inventario documental con la información ya generada por la experiencia documentos orientativos, informes de los equipos técnicos que acompañan el Proyecto y material de registro, entre otros y la generación de información con los actores de la experiencia. La producción de información con las y los jóvenes participantes contempló la realización de tres grupos focales, la observación participante de cuarenta y dos sesiones formativas (de profesionales sociales con dinamizadores y de dinamizadores con niños y niñas), veinte entrevistas semiestructuradas a jóvenes dinamizadores y el diligenciamiento de catorce instrumentos individuales que convocaban a la reflexión y el relato de las experiencias de esta población juvenil.

Dado que los Semilleros Infantiles para la participación usualmente⁸ tienen presencia en todas las comunas y corregimientos de la ciudad en varios de sus barrios, las y los jóvenes que participan en calidad de dinamizadores tienen a su vez orígenes y características diversos, lo que, en parte, es determinado por los criterios de operación del Proyecto, pues se precisa que sean jóvenes entre los 16 y 25 años provenientes de los barrios en los que se desarrollan los semilleros. La caracterización realizada en el período de estudio arrojó, entre otros, que el segmento de edad de mayor proporción está entre los 21 y 23 años; de acuerdo con la estratificación socioeconómica municipal, un promedio de 27% pertenece a un nivel socioeconómico bajo-bajo, 54% a uno bajo, un 21% entre niveles medio-bajo y medio y un 1% a un nivel medio-alto; en promedio, el 75% son mujeres; y alrededor de un 50% a 60% ha cursado o se encuentra cursando educación técnica, tecnológica o universitaria. En este marco, del grupo de los alrededor de doscientas dinamizadoras y dinamizadores que participan cada año, la aplicación de las técnicas se hizo a partir de un muestreo cualitativo de tipo teórico, en el que la selección de los participantes tuvo como base el cubrimiento de una variabilidad de individuos que representan tipos significativos para el tópico de investigación, en este caso se tuvieron en cuenta criterios de género, edad, comuna de pertenencia y antigüedad de participación en el Proyecto.

Un segundo momento de tematización y análisis de la información tuvo como objeto develar y construir de manera reflexiva los sentidos de la experiencia. En coherencia con la sistematización como método, la construcción de las categorías de indagación y análisis obedecieron a un proceso constante, que partió del enfoque teórico pero que estuvo atento al refinamiento y la emergencia de categorías emergentes. Así, de acuerdo con el eje de la pesquisa, el enfoque teórico y la producción de la información, la propia investigación permitió señalar la plausibilidad de las categorías de indagación y análisis definidas: poder (significaciones, despliegue e implicaciones en los escenarios locales), socialización política (representaciones y valoraciones de la participación en la vida cotidiana y de los escenarios locales de participación), ciudadanía (reconocimiento, defensa y ejercicio de derechos y deberes e identificación con una comunidad política) y acción política (prácticas y repertorios participativos en los escenarios locales). Como puede leerse en el presente texto, estas categorías sirvieron a la profundización y organización del análisis, sin ello desconocer sus conexiones y mutuas afectaciones.

Finalmente, fue implementado un tercer momento de socialización y discusión de resultados.

La comprensión que realizan las y los jóvenes de los elementos constitutivos del entorno político deviene en gran medida de representaciones que expresan a través de narrativas asociadas a su ser y estar en los territorios; a sus experiencias y lecturas del mundo, dentro de las cuales sobresalen las discusiones en torno al poder, pues la manera en que este se desenvuelve en sus contextos configura las relaciones con lo público, constriñe o posibilita la acción política, contextualiza y determina el ejercicio ciudadano y, por ende, condiciona los escenarios colectivos que identifican los jóvenes. En este sentido, el análisis de los escenarios locales de la política, desde la lectura de las y los jóvenes, parte por preguntarse: ¿quiénes ostentan el poder en los territorios? ¿Cuáles relaciones favorecen que algunos actores ostenten el poder? ¿En qué escenarios se despliegan y son identificados?

De acuerdo con el foco de la investigación, los escenarios sociales y comunitarios de participación, por un lado, y los que conforman los actores ilegales, por el otro, configuran campos de tensión en cuanto a las relaciones de poder que se tejen dentro de los contextos de las y los jóvenes. El primero, pautado por la influencia que ejercen quienes tienen más representatividad y trayectoria (sobre todo en espacios como las Juntas de Acción Comunal); el segundo, por las limitaciones a las libertades de expresión, las amenazas y el ejercicio de la violencia. Adicionalmente, un tercer actor emerge en las narraciones de los jóvenes, pero de manera menos representativa: el Estado y el gobierno asociado más directamente al poder de decisión frente a los recursos públicos.

Vale apuntar que, en los discursos de las y los jóvenes dinamizadores, se identifican lecturas poco favorables del poder ejercido por los y las líderes tradicionales de los territorios, pues, desde su acervo político, este no propicia la construcción de relaciones plurales y el encuentro de colectividades, sino que constriñe, limita y hasta anula las posibilidades de participación en los barrios y comunas. Se develan rasgos que aluden a una ciudadanía restringida, determinada por estructuras formales en las que se establecen divisiones arbitrarias entre menores y mayores de edad, en las que los primeros carecen de los suficientes derechos y capacidades para participar de la esfera pública.

La tensión entre los liderazgos juveniles y tradicionales obedece en buena parte al desencuentro que vivencian los primeros cuando quieren integrarse a los escenarios de participación establecidos. De esta forma, sobresalen comentarios que indican cómo se manipulan los espacios de participación para que no tengan cabida nuevos actores e ideas: Porque ellos ya tenían toda la «dinámica» completa. Entonces hay unos líderes que manejan todo el grupo y es lo que ellos digan o los líderes ya tienen planeado qué van a hacer. Entonces no están dispuestos a nuevas ideas. Entonces al uno ver que uno no tiene cabida contra esa mayoría, se va. O se incluye en esa dinámica que no es correcta. Hay muchos jóvenes. pero siempre tenemos la pared ahí que nos impide. porque los que tienen el poder quieren sobresalir.

Este tipo de acotaciones advierten una desestimación del ejercicio de la ciudadanía de los jóvenes en los territorios, que se alimenta del *statu quo* reproducido por los marcos de actuación de los liderazgos tradicionales: Nunca uno se da cuenta de lo que pasa en nuestra comuna. Cuando eligen a un presidente de la JAC no cuentan, entonces siempre va a tener la misma persona el mismo poder. Tal como se evidencia en otros escenarios formales de participación, los jóvenes tienden a ser marginados, especialmente cuando no se adecúan a los patrones legitimados por los más adultos. Con todo esto, en las expresiones juveniles emerge un sentido crítico frente a cómo se despliega el poder por parte de los líderes tradicionales, quienes erigen y consolidan micropoderes hegemónicos impuestos mediante el control de quién participa y cómo lo hace. De esta manera, los escenarios de participación más convencionales en los territorios enmarcan luchas de poderes entre quienes lo ejercen y quienes pretenden revertir su fuerza.

En los escenarios de participación se convierten en campos de poder en los que se negocia el orden vigente. En este caso, quienes dominan el campo y, por tanto, toman las decisiones. Y es en este marco de tensión por la disputa del poder que los jóvenes sienten la fuerza del ser desconocidos y, por tanto, excluidos. Lo cual se alimenta e incide en la reproducción de una imagen estereotipada de los liderazgos ejercidos por los adultos como interesados y monopolizadores de los recursos públicos de los territorios locales.

Sin embargo, a pesar de ser referida esta tensión como un aspecto sobresaliente y determinante, también lo es que, en la negociación por la reproducción del orden vigente, se han dado intersticios que cruzan los abismos intergeneracionales en la participación. De esta forma, algunos jóvenes refieren transformaciones en cómo se están relacionando con los liderazgos adultos: Y hay algo muy importante: que acá se logró trascender esas barreras intergeneracionales entre los jóvenes y adultos, esa bobada de ¡qué pereza ir y participar en un espacio con los adultos, teniendo la idea errada de que ellos tenían el monopolio de todo.

Pero ahorita los jóvenes y los adultos se han venido comunicando y relacionando de otras maneras. De hecho, se han hecho muchos proyectos intergeneracionales donde se pueden sentar en un mismo espacio y dialogar de una manera muy bonita.

Ahora bien, como se mencionó, existe otra clase de actores en la ciudad que, con su poder ilegal, determinan el curso de muchas dinámicas participativas en los territorios. Estos son mencionados como los combos, los muchachos, los grupos armados, los grupos criminales o «los vándalos», pero, en general, se refiere a un actor que intimida y se impone por medio de la violencia y el crimen organizado y, con ello, influye de manera determinante en los espacios de participación de los territorios de la ciudad, pues son los grupos armados los que toman la mayoría de decisiones en la mayoría de conflictos. La comunidad de hecho acude más fácil a ellos que a la misma policía y en espacios públicos uno se siente amenazado, entonces uno no puede decir abiertamente lo que piensa.

Las bandas criminales ejercen influencia en el desarrollo de la participación juvenil no solo a partir de las dinámicas propiamente delictivas, ya que reproducen y fortalecen su poder precisamente al integrarse a las prácticas sociales y comunitarias cotidianas de los territorios. Es así como interfieren y se traslapan con el ejercicio de los poderes ejercidos por los liderazgos sociales y comunitarios: ¿Y no hay conflicto entre la JAC y esos combos? No. Antes trabajan muy de la mano. A veces los mariguaneros le dicen a la JAC que vamos a hacer un torneo relámpago (de algún deporte) y de la JAC les consiguen medallas, refrigerios. Las bandas criminales coaccionan la participación. De cierta manera, los líderes también han legitimado ese actuar, entonces esas personas están inmersas en todos los proyectos y uno no puede participar libremente de todas las cosas.



Tácitamente se teje una sintonía entre las acciones de unos y otros que puede ser controversial, pero que, en cualquier caso, evidencia en los territorios una marcada influencia de los actores ilegales muy cercano a la intimidación, pues las y los jóvenes hablan de ellos con impotencia y temor. Son actores que no se interpelan porque es poner la propia vida en peligro.

En el horizonte de comprender los sentidos de la participación contruidos por los y las jóvenes en el contexto de su cultura política, abordar su concepción adquiere un lugar protagónico, pues sustenta tanto su marco de relacionamiento con lo público, como las acciones políticas que despliegan en sus cotidianidades. Así, los matices que adquiere la participación desde la interpretación de las y los dinamizadores resultan de experiencias y lecturas personales en los que tienen lugar; por un lado, apreciaciones focalizadas en aspectos más políticos de la participación, en tanto resaltan su atributo decisorio; por el otro, aquellas que la identifican con la posibilidad de reunión: Para mí, la participación es la oportunidad de incidir en ciertos espacios como personas, de dar nuestra opinión, de poder participar desde nuestro ser, desde nuestro hacer y que no necesariamente son escenarios políticos o institucionales.

Puede afirmarse que al señalar la posibilidad de acordar, incidir y decidir se atiende a la dimensión política de la participación. No obstante, para este grupo de jóvenes la connotación política entraña una tensión. Algunos de ellos y ellas expresan rechazo respecto a lo político como si se tratara de una esfera externa y pesada: «Me dicen algo de político, yo digo no, ¡qué pereza! El interés de uno no es hacia eso, entonces es como falta de incentivar de que los proyectos sean como más del interés de nosotros.

Esta suerte de despolitización o distanciamiento de la política del concepto de participación, se soporta en una representación negativa del ejercicio público convencional en el ámbito local e incluso nacional. Una desconfianza hacia las instituciones que se hace reconocible en la construcción de las ciudadanías juveniles. Así, se rechaza aquello que se identifica con la política tradicional, y su espectro se amplía hacia la posibilidad y la riqueza de encontrarse con el otro, el acercamiento a escenarios de reunión e interacción o la adherencia a grupos y equipos.

También pueden ser muchos otros espacios, yo considero la participación desde el punto donde hay cuatro o cinco pelaos (jóvenes) reunidos, tocando guitarra, departiendo, hablando sobre asuntos que nos interesan a todos. Y es tener la oportunidad de tomarse la palabra.

Pese a que este tipo de significaciones sobre la participación buscan apartarse de lo político, la mayoría de las concepciones terminan moviéndose hacia su génesis; opinar, discernir o al menos propiciar espacios para ello; pero siempre brindando mayor relevancia a los ejercicios cercanos a la cotidianidad y a la reunión, lo que le otorga a la participación un carácter habitual, colectivo y socializador. Se encuentra entonces que los procesos de participación se ofrecen y a la vez son resultado de la construcción intersubjetiva en los que la interacción con el otro y los otros da paso a la construcción de un sentido del nosotros y unos objetivos comunes.

Ahora bien, el concepto que expresan de la participación obedece a las lecturas que realizan respecto a las condiciones, circunstancias y formas en que se emprenden acciones políticas en sus territorios. Las reflexividades que transmiten sus voces como dinamizadores/as de un proceso formativo de participación ciudadana permiten acercarse a una suerte de diagnóstico del estado de la participación en sus territorios, en el que pueden distinguirse tres ejes de discusión, además de los conflictos intergeneracionales ya mencionados, a saber: apatía política, deficiencias en la articulación de procesos y representatividad de los escenarios tradicionales.

En esta línea, para las y los dinamizadores, en la mayoría de los espacios de socialización en los que participan especialmente familia y escuela se expresa y reproduce una apatía por lo político. De esta forma, el desconocimiento del ejercicio político local o la evasión frente al tema de lo político se convierten en factores clave de los procesos de socialización política de las y los jóvenes, pues instalan valoraciones que orientan sus concepciones y accionar político: Desde mi experiencia en el colegio, no nos preparaban para tener una conciencia política, por el contrario, desde este espacio, se generaba y se afianzaba la apatía puesto que los mismos docentes hablaban de la corrupción, de que los políticos eran unos ladrones, pero nunca nos enseñaron los escenarios donde podemos participar y la importancia de estos procesos.

La manera en que se inserta el tema de la apatía política en el proceso de socialización política, entendido como la relación entre las experiencias que configuran la identidad social y la interacción con el sistema político y sus instituciones, explica en buena medida esa despolitización formal del concepto de participación de la que se habló antes. Y, si bien las y los jóvenes denuncian de manera crítica el no ser formados para comprender y dinamizar los espacios políticos, siguen reproduciendo esta misma apatía con sus discursos acerca del ejercicio político convencional.

A pesar de la desafección política que identifican genéricamente en su sociedad las y los jóvenes, existe en la ciudad una diversidad de escenarios de participación. Pero desde su mirada diagnóstica, una de las principales falencias del ejercicio participativo en los territorios es que el funcionamiento de estos escenarios sufre de desarticulación entre procesos y actores. El asunto neurálgico es que la segregación de los procesos impide que se produzcan los resultados e impactos esperados, pues las y los jóvenes atestiguan cómo nacen y languidecen proyectos en los territorios, sobre todo cuando obedecen a acciones puntuales propias del activismo tanto institucional como comunitario. Desde el acervo político de las juventudes, esta no es otra cosa que restar incidencia a los ejercicios de participación, pues el que hace la escuela de fútbol es aparte, el que hace el grupo de baile es aparte, entonces no se unen para nada. Ahí es donde falla la participación y no se genera un impacto grande para la comunidad. Entonces se ven como entes, así, aislados. Entonces la gente no les da la importancia que se merecen.

Por otro lado, aunque la mayoría de las y los jóvenes refiere a formas alternativas de participación acordes con las diversas expresiones del *ser joven*, los escenarios promovidos o acompañados por las instituciones gozan de alto reconocimiento en la significación y valoración de la participación. La constante referencia a los espacios tradicionales de participación comunitaria (como Juntas de Acción Comunal), de representatividad comunal (como Juntas Administradoras Locales) y de presupuestación participativa, refleja no solo su vigencia dentro de los territorios, sino que devela su vinculación al sentido que se construye de la participación. A pesar de suscitar fuertes críticas, la representatividad de estos escenarios tradicionales de participación parecen constituir centros gravitacionales de los sentidos construidos por los jóvenes sobre la política local, especialmente el programa denominado Planeación Local y Presupuesto Participativo (PL y PP) que es referido como un componente inherente al ejercicio de participación en los territorios, quizás porque en él convergen (o al menos se convoca) prácticamente todos los actores que hacen parte del tejido organizativo de los territorios, convirtiéndose así en plataforma de interacción y en espacio de dinamización.

Ha sido la concepción de las juventudes frente a la participación la que se ha venido tratando hasta este punto con el fin de abordar esa dimensión de la cultura política asociada a las significaciones de los escenarios políticos locales, entendidos como escenarios de socialización política: cómo se comportan desde el lente de las y los jóvenes. Sin embargo, es preciso ahondar en la lectura que ellos y ellas realizan de sí mismos en su condición de jóvenes y la manera cómo se vinculan precisamente a estas significaciones, pues referencian la manera en que se viven, reproducen, interpelan y redefinen en sus prácticas ciudadanas y de participación; entre otros, los espacios de participación que impulsan, las particularidades que aducen de sus formas de participar y las valoraciones y los horizontes de sentido que les sustentan.

Conforme con lo expuesto, la apatía como respuesta generalizada a los espacios formales de participación también se extiende a las mismas juventudes, quienes encuentran pocas motivaciones para vincularse a ellos. Sin embargo, lo que para algunos representa una nula participación juvenil, para otros es la expresión de formas de incidencia política que actúan de manera alternativa respecto de los canales formales. Como se apuntó antes, no es que las juventudes no consideren la importancia de la participación, sino que le otorgan significaciones distintas, la recrean desde sus propias visiones y opciones contextuales, trascendiéndola más allá de lo convencional o de la vinculación a la institucionalidad: Hay que diferenciar las formas de participar. Por el hecho de que el joven no vaya a un grupo, no significa que no está participando. Está participando de otra manera y está poniendo otras cosas que para él son de más interés.

Este tipo de afirmaciones, esencialmente reivindicativas, demuestran que, aunque los escenarios tradicionales siguen dominando el campo de representaciones que configura los escenarios políticos locales, en sus fisuras emergen otras formas de ser y ejercer la participación y lo político más acordes con las diferentes expresiones del ser joven. Nos habla entonces de una *ciudadanía juvenil* que interpela miradas adultocéntricas de la participación y el ejercicio de la ciudadanía, las cuales redefinen los sentidos de lo público y las prácticas, para así ampliar con ello la propia concepción de lo político y vincularla con los afectos y las experiencias cotidianas que viven las y los jóvenes en sus territorios. Particularidad que obliga alejarse de interpretaciones rápidas que les tildan de apáticos y desinteresados frente a las problemáticas colectivas y, en cambio, reconocer cómo reconfiguran lo político desde sus subjetividades.

Emerge así un amplio abanico de repertorios de participación en los que se incluyen los convencionales y los no convencionales. En este sentido, se expresan como escenarios de participación tanto los que ostentan reconocimiento institucional (mesas de jóvenes de la comuna o corregimiento, comisiones de juventud, asambleas barriales), como aquellos espacios de encuentro e interacción que usualmente escapan a las categorizaciones de participación ciudadana. En esta línea, desde las narrativas de las y los jóvenes dinamizadores, la música y la danza adquieren un lugar protagónico, especialmente el hip-hop, que es rescatado como dispositivo y ventana de expresión juvenil desde la denuncia y el reconocimiento de contextos históricamente desiguales y de exclusión. Pero más allá de las particularidades y énfasis puestos en cada repertorio, lo importante para las juventudes es que estamos transformando esa idea de que los jóvenes no participamos, porque «son ya los jóvenes líderes los que quieren aportar a su barrio, quieren aportar a proyectos y quieren sacar proyectos para ellos. Afirmaciones comunes que coinciden con los hallazgos de otras investigaciones en las que las y los jóvenes se autorreferencian como sujetos transformadores de sus realidades.

En las narrativas de las y los jóvenes, se revela una autopercepción como seres llenos de pasión y convicción en el despliegue de su ejercicio político. No obstante, la efervescencia subyacente a ellas simultáneamente es asociada con la inconcreción y la inconstancia, lo que dificulta pasar de la reflexión a la acción. Así, paradójicamente, su crítica o valoración sobre la incidencia y constancia de los jóvenes en los escenarios locales de participación se vincula con una suerte de desbordamiento de la pasión juvenil.

El emprendimiento de acciones directas en los escenarios de participación depende de la manera en que se asume aquello de «ser ciudadano/a»; trascender el concepto más allá del plano jurídico para trasladarlo a la cotidianidad del encuentro y la relación con los otros, permite asumir la posibilidad y responsabilidad de construir realidades colectivamente. Es en la acción política que los jóvenes interpelan y amplían el sentido de lo político a partir de sus creaciones, afectaciones y movilizaciones.

En general, el grupo de jóvenes sujeto de la investigación señala ejercer una participación constante y activa. En su mayoría, los dinamizadores y las dinamizadoras de procesos formativos del Proyecto afirman estar vinculados(as) a alguna organización o iniciativa comunitaria. La necesidad sentida de ser agentes de cambio y la cercanía previa a procesos de participación se destacan como importantes motivaciones del pleno ejercicio político, lo que también impulsa a emprender iniciativas de las que las y los jóvenes son cofundadores, tal como se expresa en la cita: La participación llega a mi vida en el 2013, un año en el cual empezaba a ser parte del equipo de trabajo. En el 2014, junto con otros seis amigos/as jóvenes que nos encontramos en P.P creamos la Mesa de Jóvenes de la Comuna 14, una organización social sin ánimo de lucro que se preocupa por la participación de los jóvenes en la comuna y la inclusión de los mismos en los diferentes espacios públicos y privados; es así como todos los temas tratados con los niños los puedo practicar en la organización de la cual hago parte.

Participar en ciertos espacios motiva su articulación con otros. Así, se da una conexión estimulante entre la participación en un proceso y el establecimiento de vínculos con otros escenarios. De esta manera, se diversifican los repertorios de participación para las juventudes, fenómeno que ellas suelen asociar a la pasión característica de su ejercicio político, ya mencionada, y al dinamismo que en la mayoría de las ocasiones impulsan nuevas interacciones, adherencias e inquietudes: Aparte de la Junta, soy la gestora editorial del periódico La Pupila, estoy como dinamizadora en esto, algunas veces realizo acompañamientos parcialmente a lo que viene sucediendo en Presupuesto Participativo, también estoy en la Escuela de Comunicaciones de la comuna, y también tengo una afiliación política, lo que me genera contacto con un partido político en el cual yo he tenido la posibilidad de conocer personas y también a comprometerlas con mi territorio.

Ahora bien, no necesariamente las múltiples experiencias participativas a las que se vinculan las y los jóvenes dinamizadores generan satisfacción; al contrario, también se hacen manifiestos tránsitos participativos que desestimulan el ejercicio político. De esta forma, se nombran experiencias que agotan la convicción y pasión juvenil que afirman poseer, lo que deriva en un repliegue de su acción en los territorios: Literalmente eso es una mierda (SIC). Yo trabajo en la Comuna 2 con un proyecto de articulación juvenil no podemos obtener recursos del PP sino de la Secretaría de Juventud.

En cualquier caso, las y los jóvenes vinculados al Proyecto en calidad de dinamizadores y dinamizadoras enuncian redefiniciones en sus posicionamientos respecto a la participación y su ejercicio político como consecuencia del rol que asumen en este. Se identifica en las y los dinamizadores una transformación de las maneras en que significan las relaciones de poder desplegadas en sus entornos inmediatos y la comprensión de los escenarios de acción política desde la participación y el ejercicio de la ciudadanía; de entrada, esto denota aperturas cognitivas que potencian las capacidades transformadoras de las juventudes como sujetos políticos, pues el ejercicio del rol de formadores al interior del Proyecto, permite que se fisuren anteriores ideas para ampliar percepciones, sentidos y en general, marcos explicativos del mundo de lo político que determinan sus motivaciones y formas de participación en sus territorios.

Los dinamizadores y las dinamizadoras afirman que el trabajo que desarrollan les permite adquirir aprendizajes significativos en línea con lo definido, en tanto no solo enseñan, sino que aprenden, y desde allí transforman muchas de sus concepciones, lo que también tiene una dimensión práctica, ya que estas transformaciones motivan otras formas de ser y estar en el plano personal, familiar y social. De acuerdo con el relato de sus experiencias y reflexiones, el Proyecto posibilita la construcción de un aprendizaje que atraviesa su ser como sujetos, ciudadanos/as, profesionales, padres o madres de familia, lo que genera redefiniciones de sus comprensiones respecto de sus escenarios de vida y, por ende, de las problemáticas que allí se presentan y las alternativas que eligen para hacerles frente.



Se sostiene que el reconocimiento o la profundización en el conocimiento de lo político se convierte en herramienta de poder que permite la construcción de sentidos más críticos, dado que estar en este proyecto y en este proceso nos permite tener conocimiento de herramientas que se pueden emplear para participar, para ser tenidos en cuenta. Entonces, con respecto a eso, sí he aprendido bastante. De hecho, uno de los elementos que más se moviliza es el de la apatía política, ya que se da paso a otras formas de pensar que desbloquean el imaginario de que no hay posibilidades de transformación de lo público: Y es que una cosa es la política y otra la politiquería. Entonces, nosotros tenemos una idea muy errada. Pero hasta que uno no conoce en sí la política, de pronto no llega a esa conclusión, sino que hace aportes o decisiones erróneas. Por ejemplo, para mí, política es tomar decisiones sobre asuntos públicos. Y eso hacemos en todos los espacios. Incluso aquí lo hacemos: hacemos política todo el tiempo; pero como la gente no entiende, entonces no lo aplica.

Cada una de estas aperturas cognitivas guarda una estrecha relación con nuevas visiones acerca de la ciudadanía, en la que los derechos y deberes dejan de ser un mero listado a enumerar, para convertirse en parte del sentido común. De esta manera, dinamizadores y dinamizadoras anudan su paso por el Proyecto a la adquisición de una mayor sensibilidad por las vulneraciones hechas a los derechos y de un mayor conocimiento sobre las iniciativas, programas e instituciones que aportan a su garantía y defensa: Pero también creo que a nosotros nos ha fortalecido más, y digamos que no nos dejamos tanto, por los conocimientos que hemos adquirido, entonces en toda esta parte de control social, de las veedurías, de que sabemos a dónde recurrir, qué hacer para que no se nos vulneren los derechos; entonces eso es lo que ha hecho, digamos, con nosotros los procesos en los que hemos estado: ha potencializado nuestras capacidades, que permiten que no nos dejemos tan fácilmente.

La inmersión en redes y escenarios políticos locales, ligado en cierta medida a las motivaciones y dinámicas del Proyecto, también permite que los dinamizadores y dinamizadoras transformen códigos de su cultura política. De esta manera, participar se convierte para las juventudes en un camino fértil, posible; se reafirma una credibilidad en los fines y logros de ser parte de escenarios de construcción colectiva.

Todo lo anterior repercute en las dinámicas concretas de los barrios y comunas de la ciudad en las que las y los jóvenes sienten contribuir a la transformación de las realidades de conflicto y violencia por medio del desplazamiento de poderes ilegales, ello al desinstalar aquellos dispositivos de socialización que potencian la inserción a bandas criminales. Las posibilidades promovidas desde el Proyecto de acceder a formas de vida diferentes compiten con otras que se imponen en sus contextos por los grupos criminales y combos: Hay muchas comunas que por más difícil que sea la situación de seguridad esos grupos de participación influyen en esos sectores y muestran otra mirada a la situación que opaca en la comunidad. No desconocemos que en casi todas las comunas o en toda la ciudad hay grupos armados. que van haciendo una carga negativa a la ciudad. Pero entonces hay otros grupos que van dispersando en espacios y escenarios canchas, ludotecas, entonces, al ver un grupo que se moviliza hacia ese lugar de manera positiva, crítica y constructiva hace que ese lugar cambie, tome otro foco. Entonces ya esos grupos (armados) van tomando otra salida. No con esto los grupos armados dejan de funcionar, pero estamos haciendo desplazar la violencia. Cuando a veces se presenta es lo contrario.

Sumado a ello, las juventudes se enfrentan con los comportamientos que interpretan como excluyentes, creyendo posible transformar las relaciones de poder que condicionan su participación dentro de los escenarios políticos locales, sobre todo aquellas que tienen que ver con el ejercicio de liderazgos tradicionales: Entonces claro, se pueden cambiar. Ya el señor de la Junta de Acción Comunal no es como años anteriores que a muchos de los pelaos jóvenes, cuando iban a pedir algo allá, él era “ah, déjame yo miro”. ¡Parce!, vamos a sacar la carpa para hacer eso”, sí se pueden cambiar esas relaciones de poder.

Ahora bien, pese a que la investigación no contó con una línea base que permitiera evaluar cómo aumenta o no la vinculación de las y los jóvenes a escenarios de participación y el número de acciones que ejercen en el ámbito de lo colectivo luego de su vinculación al Proyecto, es posible identificar transformaciones en el ejercicio político consecuentes con las aperturas antes mencionadas. En general, las y los jóvenes se identifican como agentes de cambio en sus territorios como resultado de los procesos participativos con los que se comprometen, sean estos formales o informales, y la labor que desarrollan como formadores de niños y niñas.

Sí comprendemos que una de las dimensiones de asimilación de la cultura política es por medio de los mecanismos de autorreferencialidad, a través de los cuales los sujetos construyen sus procesos identitarios y de conciencia reflexiva, es posible identificar cómo las discusiones planteadas a los niños y niñas llevan a los dinamizadores y dinamizadoras a discernimientos morales sobre sus roles y posturas en la construcción de lo público. Situación que permite aducir que el proyecto aporta a la configuración de una subjetividad política, al entender que la subjetividad e identidad políticas constituyen al sujeto en constructor de realidades y de posibilidades colectivas para la vida en común. Así, los conceptos y realidades que pretenden que los niños y niñas conozcan y problematicen, generan en ellos una reflexividad que motiva inserciones más activas en los escenarios de participación: Cuando me inicié por allá en el 2012 sentí la necesidad de hacer parte de procesos de la comuna, porque implicaba que había que adquirir la información mínima de tu territorio para compartirla con los niños y niñas. Y creo que ahí fue donde empecé a vincularme más. Yo hacía parte muy superficial muy someramente iba a encuentros y reuniones. Pero realmente con la convicción de que era necesario hacerlo. fue a partir de la entrada a semilleros estoy desde el 2013, donde la Alcaldía hizo la prueba piloto de poner por primera vez un semillero en El Poblado. Y también fue para mí una prueba piloto empezar a participar en proyectos sociales. Lo mío es trabajar en proyectos sociales. desde eso no he parado de trabajar. Porque, si yo estaba incentivando a los niños a que participaran, ¿yo por qué no lo voy a hacer? Entonces eso también me sirvió para ser el fundador de la Mesa de Jóvenes de mi comuna.

Ahora bien, junto con esta participación activa que dicen asumir motivados por su vinculación al Proyecto se encuentran las transformaciones que agencian en los niños y niñas, en un marco en el que las juventudes extienden los cambios en las significaciones y el ejercicio de la ciudadanía a los sujetos que acompañan. Esto da paso a resignificaciones del presente, sostenidas también en la consideración del futuro, la generación de expectativas y la confianza en la transformación de otros y otras. Los conceptos que aprehenden y las discusiones que movilizan los convierten en mediadores para que niños y niñas construyan su posición frente a la sociedad y sus entornos, y así en multiplicadores de esas significaciones que construyen y reelaboran: Bueno, uno con eso hace un acercamiento. Por ejemplo, tengo una niña que cumplió 14 años y aún va al semillero como invitada... Y cuando fueron las asambleas barriales, ella fue y votó porque ya tenía 14 años. Entonces, yo digo ¿de qué manera los semilleros están influyendo para que ellos, desde tan pequeños, estén en esas cosas de participación? Y ya muchos niños son ay, cuándo cumpliré 14 para poder votar. Y también se interesan más por lo que está haciendo la Junta, o por qué no los tienen o sí los tienen en cuenta.

Por otro lado, la representatividad adquirida en las comunidades por el hecho de ser dinamizadores y dinamizadoras genera en las y los jóvenes confianza a la hora de interlocutar y actuar en colectivo, propicia el reconocimiento como referentes en las comunidades, impulsa la vinculación a nuevos procesos y suscita el afianzamiento de sus liderazgos. Para este grupo de jóvenes, se abre un espacio para generar nuevos círculos de actuación y relaciones solidarias, pues las comunidades los identifican como actores de consulta y apoyo en asuntos políticos y estatales, dado el conocimiento que demuestran tener sobre ellos: «Somos como referentes de líderes sociales, a nosotros siempre están preguntándonos cualquier cosita, así sea de estudio o alguna cosa.

Conclusiones

Los resultados de la investigación evidencian que el Proyecto opera como un espacio de socialización política para las y los jóvenes, que, junto con otros escenarios, posibilita una socialización lateral, asumida esta «como [parte de un amplio abanico de opciones entre diversos modelos de socialización, que se amplía continuamente por las conexiones laterales entre iguales en la socialización política. Así, el Proyecto se convierte en una opción significativa para las juventudes, pues genera fisuras en los sentidos cimentados en otros campos de socialización que tienen lugar en los territorios de la ciudad y que les plantean desesperanza, desconocimiento y vulneración de derechos. De tal forma que, desde el lenguaje de sus afectividades, estéticas e intereses abrazan la opción de reivindicarse, reconocerse e identificarse como sujetos constructores de cambio y agentes de transformación de realidades concretas.

En línea con otras investigaciones, fue posible determinar cómo los y las jóvenes reivindican que su ejercicio ciudadano sea comprendido desde la condición de juventud, y así aludir a una ciudadanía juvenil que cuestiona el sujeto abstracto y a histórico sustentado en posturas liberales de la ciudadanía. De tal forma que, desde el lenguaje de sus afectividades, estéticas e intereses abrazan la opción de reconocerse e identificarse como sujetos constructores de cambio y agentes de transformación de realidades concretas. No obstante, este ejercicio ciudadano está tensionado por la cultura política que referencian y la manera que se despliega y reproduce en los escenarios locales. De allí que se resalte cómo los jóvenes que participan del Proyecto logren con sus prácticas interpelar los escenarios locales de la política a la vez que producen otros, lo que hace que esta ciudadanía juvenil se comporte como prisma que interfiere en la configuración de la cultura política local: sus significados, relaciones de poder, interacciones con actores y escenarios, en las acciones políticas se negocia el orden vigente.

En este punto, es importante reconocer la manera en que el Proyecto, como escenario, provoca a su vez otros escenarios de socialización política en los que sobresalen los compartidos con los niños y las niñas pero que no se agotan con ellos al liderar y ser partícipes de diversas experiencias que se gestan y emergen en sus territorios, tales como mesas barriales, voluntariados y medios de comunicación alternativa en los que multiplican sus resignificaciones de la cultura política. En consecuencia, las movilizaciones que operan en los sentidos y las prácticas participativas no se anclan solo al mundo juvenil, pues este tipo de relacionamientos y vinculaciones hacen que se desborden y extiendan hacia otros sectores y poblaciones, dando paso también a nuevos campos de reflexividad sobre el mundo de lo político.

CULTURA

POLÍTICA Y POLÍTICA DE LAS CULTURAS JUVENILES

04

CULTURA POLÍTICA Y POLÍTICA DE LAS CULTURAS JUVENILES

Oscar Aguilera Ruíz⁴

Significados de la democracia y la ciudadanía

La democracia deja de ser concebida exclusivamente en términos normativos y se incorpora la discusión por la propia definición y características de la forma de gestión política que propone. El nudo central de estas discusiones está puesto en primer lugar en la relación entre representación y participación: la concepción democrática de los jóvenes se fundamenta en la necesidad de ser agentes activos en los procesos de toma de decisiones y monitoreo de las acciones públicas que desarrollan los administradores del Estado y los representantes públicos. Ante esa disposición subjetiva, los canales ofrecidos por el actual modelo político están circunscritos a la posibilidad de votar cada cuatro años, pero no a la idea de transparencia y monitoreo de las acciones públicas o la revocabilidad del mandato político otorgado a los representantes, una práctica que se transforma en cotidiana en las agrupaciones juveniles.

⁴ Aguilera Ruiz, Oscar. Cultura política y política de las culturas juveniles. En: Utopía y Praxis Latinoamericana. Vol. 15, No. 50, julio-septiembre del 2010. Págs. 91-102

Algo similar sucede con la ciudadanía en tanto su puesta en práctica está restringida a algunas personas de la sociedad, y deja fuera a parte importante de ella convirtiéndola en una de las principales reivindicaciones juveniles en tanto su uso es negado y por extensión es negada la propia juventud. La negación de la ciudadanía se funda siempre sobre la exhibición de alguna diferencia antropológica discriminatoria. Y eso es lo que encontramos hoy en Chile, cuando por una parte se rebaja la edad de imputabilidad penal a los 14 años mientras se mantiene el otorgamiento de los derechos civiles y políticos a los 18, sólo por nombrar un eje de discriminación cultural que se anida en la propia definición ciudadana: una otredad queda excluida y permite, por ese ejercicio, afirmar la pertenencia de un nosotros político que se constituye.



Todos estos asuntos tienen la potencia de pensar las posibilidades de una construcción democrática que no escape al conflicto. Al respecto, es interesante analizar la forma “polémica” en que los jóvenes constituyen sus relaciones al interior de sus organizaciones como en relación a la institucionalidad. De acuerdo a la etimología, la palabra política tiene al menos dos raíces: una de ellas es *polis*, y de ahí la idea de “vivir conjuntamente” propio de las polis, y la otra es *pólemos*, que no es otra cosa que el antagonismo y el conflicto. Y lo que ocurre es que la democracia hasta ahora no les ofrece a los jóvenes la valoración de su propia cotidianeidad: imposibilitada de reconocer la fuerza del *pólemos*, privilegia la polis (es decir, la norma). ¿Y qué otra cosa nos encontramos en las opiniones juveniles desarrolladas en sus propios micromedios de comunicación, en los grandes medios de comunicación a los que son invitados, y en los encuentros a los que son convocados por parte de las autoridades sino la necesidad de reconocerse diferentes y antagónicos al mundo adulto e institucionalizado? De allí que autoritarismo, democracia, seudodemocracia, democracia a medias sean temas ligados a este debate desde el mundo juvenil. Conversar socialmente, desde la diferencia y con respeto, parece ser la propuesta de acción que lanzan los jóvenes a través de sus diversas formas expresivas y sus opiniones; asumiendo que polis y pólemos, constituyen el fundamento central de una política democrática.

Desde ese lugar es que se establecen entonces las diferencias con las generaciones anteriores, y sólo allí cobran sentido las distinciones respecto a los procesos político-culturales experimentados por las diversas generaciones: es decir, dictadura-democracia, partidos políticos generación descreída de la política partidaria, la cultura del consumo, las tecnologías, la globalización, el individualismo, las formas disímiles de organizarse y participar, los temas por los cuales “abanderarse”, etc. Todos estos matices reflejan las diferencias que pueden perjudicar la comunicación y el entendimiento entre generaciones y con ello la no comprensión de las diferentes formas de participar, de ejercer la democracia, de ser visibles en la sociedad y el ser sujetos políticos. En definitiva, se desafía a que exista una mayor comprensión y valoración de las prácticas juveniles por parte del mundo adulto, tal como dejan en evidencia las palabras de la Ministra de Educación sobre el activismo juvenil y que sintetizamos en la interrogante que ella formuló: ¿por qué anda en la calle desde los 11 años? ¿por qué ella se ha convertido en una activista desde los 11 años? ¿Es eso lo que esperamos de un niño de 11 años, que ande reclamando como decían ellos, hoy por las ballenas, mañana por la Ley General, pasado mañana por la causa mapuche?

Muy vinculado con lo anterior, los sentidos y orientaciones otorgados a la participación dejan de tener una connotación prescriptiva (lo que hay que hacer) y se acaba la exclusividad (dónde se participa). El desplazamiento hacia otras áreas y zonas de participación emerge como lo más relevante de los discursos juveniles analizados. El paso de organizaciones juveniles definidas orgánica y temáticamente a grupalidades en que las formas de estar juntos no están predefinidas y los temas que movilizan a la acción pueden ir cambiando en el tiempo son cuestiones que han pasado a formar parte de la mayoría de las prácticas de los jóvenes. Asimismo, una fuerte crítica los actuales modos de participación ciudadana se complementa con el desarrollo de acciones cotidianas que fomentan y profundizan unos modos participativos y activos de desarrollar el compromiso con la sociedad. En este contexto emerge la necesaria relación entre estilos juveniles y participación política, en que de modo performativo los jóvenes (hombres y mujeres) van descubriendo a partir de una práctica concreta (musical o cultural), articulando experiencia y construcción de subjetividad, sus propios significados y acciones de participación.

De la misma forma es posible analizar la relación con la institucionalidad pública. Desde las organizaciones juveniles se plantea que la lógica de los fondos concursables como modo de apoyar desde la institucionalidad a las acciones juveniles por un lado “es perversa”, en tanto los obliga a vivir una tensión entre objetivos propios y definidos de acuerdo al diagnóstico que realizan y construir sus acciones a partir de una agenda definida desde la institucionalidad pública. Fruto de la tensión se constituiría acuerdo tácito entre Institución Pública y Organizaciones Juveniles, donde las posibilidades de participación se inscribirían en una lógica polar: 1) la que despliega el Estado a través de sus instituciones (voto, proyectos concursables, organizaciones con personalidad jurídica); y 2) la que proponen los jóvenes en función de una democracia participativa, alternativa, de autogestión o marginal a lo establecido.

Si bien podemos reconocer la existencia de organizaciones juveniles que participan “por fuera” de la lógica de proyectos concursables (autogestionadas y alternativas), la riqueza de la discusión está definida por aquellos que si participan al interior de los diseños y circuitos institucionales pero que reconocen las dificultades de estos procesos y por lo mismo proponen que la relación que debiera establecerse con la institución fuera de complementariedad, de retroalimentación y de incorporación en la toma de decisiones. Es decir, ejercer la democracia y la participación juvenil, “una política que les sirva a los jóvenes, no que se sirva de ellos”.

La actividad política ha consagrado una temporalidad específica y unos espacios concretos para el despliegue de sus acciones. La temporalidad ha sido conceptualizada a largo plazo (la idea de utopía, como algo que nunca llega es su mejor expresión) con objetivos estratégicos y tácticos (largos y medianos plazos), y con sus propios rituales y escenificaciones (Mensaje Presidencial, Hora de Incidentes en el Parlamento, Votaciones). Todo ello configura a la política como una actividad que se hace en un tiempo excepcional, por hombres que son facultados para dejar sus actividades cotidianas y dedicarse a realizar lo que otros no pueden hacer (Gobernantes, Parlamentarios, Dirigentes de Partidos). Lo mismo ocurre con la espacialidad de la política, que ha consagrado sus propios lugares de actuación: Parlamento, Palacio de Gobierno, Sedes Partidarias, etc. Este relato, tributario del ordenamiento liberal moderno, es interrumpido por los discursos y prácticas que reclaman una política capaz de transformar determinadas situaciones aquí y ahora (decidir y actuar), que los discursos no se encuentren separados de las acciones (coherencia entre el decir y el hacer), y que vuelva cotidiana la política en tanto su objetivo es gestionar las relaciones entre sujetos hombres y mujeres concretos, que tienen interacciones permanentes y que diariamente tienen que relacionarse con otros.

Es aquí donde entran en escena las producciones culturales (medios de comunicación, sellos discográficos autónomos, talleres artísticos, etc.) en su relación con los procesos políticos. Así como la televisión ha sido el punto culmine de la mediatización política, los propios actores juveniles ha comenzado a desarrollar estrategias y medios de comunicación que sirvan a los propósitos de sus objetivos políticos y culturales, en tanto se asume que estas prácticas de comunicación juvenil debieran constituirse en una voz alternativa, reflejando lo que está mal enfocado o dejado de lado por las políticas sociales, culturales y económicas y siendo un sujeto crítico de los procesos que se llevan adelante y fortaleciendo aquellas iniciativas que son valorables. Es decir, promoviendo prácticas que hagan más participativa la democracia, vigilando la actuación de los representantes políticos y gubernamentales, y ofreciendo su espacio (simbólico) como mesa de conversación para el debate y la confrontación democrática entre los ciudadanos (jóvenes) y con las autoridades, lo que habla de los procesos de reappropriación de los medios y técnicas presentes en la sociedad pero que aquí encuentran un uso social al servicio de la democracia intergeneracional.

Lo que podemos apreciar a partir del análisis de las prácticas y acciones colectivas de los y las jóvenes es que estamos asistiendo a una transformación de orden cultural respecto a cómo concebir la política: nos encontramos con una cultura ciudadana del siglo veintiuno y una política del siglo veinte, y los propios jóvenes nos señalan que ellos tienen una cultura política del siglo XXI y un sistema político que es del siglo XIX, todo lo cual nos instala sobre un eje temporal de concebir la política y la ciudadanía juvenil.

Al respecto, es necesario señalar que no hablamos tanto de discontinuidades temporales pues las prácticas juveniles en su quehacer político tienen sus propias referencias históricas por lo que tampoco podríamos afirmar que nos encontramos ante una manifestación novedosa enunciada así en abstracto. Sólo basta recordar que muchos de los jóvenes refieren sus prácticas políticas a procesos como el de los sindicatos en resistencia, las mancomunales obreras, colectivos políticos y otras organizaciones desarrolladas a principio del siglo veinte pero con la dificultad de que no están los viejos que hicieron esas prácticas, por lo cual los jóvenes no tienen a quien mirar, no tienen una figura de referencia a partir de la cual socializarse políticamente, y sólo en algunos casos se conservan ciertas memorias familiares y ciertas referencias a la influencia del hogar en las motivaciones para participar y ejercer la ciudadanía.

Lo que sí es novedoso es que esas prácticas y referencias históricas se ubican y desarrollan en un modo cultural de hacer política, que es el que se ha venido construyendo desde el siglo XIX hasta ahora en términos hegemónicos, y es lo que efectivamente hoy día se está agotando. Si la cultura política contemporánea fue situando a los sujetos en función de sus ubicaciones en el aparato productivo (patrones/obreros) y a partir de allí se construían las doctrinas partidarias, hoy nos encontramos con que emerge un nuevo lugar para configurar proyectos políticos: la propia cultura.

Podemos agregar, por otra parte, que existe una cultura política específica de esta generación, pero coexiste en su configuración con formas antiguas, pero tan centrales como la gestión del poder en las organizaciones. Existe una ruptura generacional, se encuentran las condiciones culturales para generar una nueva cultura política a partir de los jóvenes que “ya no tienen referentes”, pero cuyas prácticas políticas no son completamente puras, no están exentas del conflicto, y eso es lo que apreciamos al analizar la acción colectiva juvenil y los procesos de movilización y protesta social.

Las prácticas juveniles, y que se traducen empíricamente en sus modos específicos de agrupamiento, están íntimamente relacionadas con los modos de relación social que establecemos y se constituyen en una metáfora de lo social. Poner al centro las formas de relación social existentes, discutir las relaciones entre mayorías y minorías, visibilizar las contradicciones entre un ordenamiento que consagra deberes, pero asegura cada vez menos derechos, son cuestiones que van definiendo el carácter profundamente cultural de la política juvenil.

Porque el concepto de democracia que tenemos y el concepto de ciudadanía del cual somos tributarios, operan y son producidos históricamente en un momento bastante concreto (la modernidad, propiedad del capital, modos patriarcales y adulto céntricos) que no es el que hoy existe para la juventud. Dichos conceptos hoy se ponen en juego en el contexto de una sociedad con altas expectativas de movilidad social, con capitales culturales mucho más grandes que los que tenían sus antecesores, lo que se traduce en que los jóvenes están mejores preparados hoy día que sus propios padres, aunque paradójicamente sus niveles de inserción social son cada vez más precarios.

Por lo tanto, el modelo de organización social del cual era metáfora el sistema democrático (meritocracia y representatividad) y la noción de ciudadanía (deberes y derechos), hoy día no resiste porque los jóvenes no tienen asegurado el derecho más básico: ser considerados y reconocidos como sujetos con capacidades y opinión. Si lo pensamos solamente en términos generacionales, los jóvenes chilenos a los catorce no pueden votar, pero sí pueden ser considerados responsables penalmente, por lo tanto evidenciamos un desconocimiento al joven como sujeto político (decidir y participar del rumbo de la sociedad) y eso es una dimensión cultural en tanto la sociedad estructura la relación entre los grupos de edad que la componen de una determinada manera, otorgando atributos y significados diferenciados, que son los que hoy están en disputa.

Afirmar el carácter cultural de la ciudadanía juvenil no significa desconocer o eliminar del análisis de lo juvenil todas aquellas cuestiones que remiten a tópicos más estructurales (justicia social, el sistema electoral binominal, la desigualdad, etc.) sino más bien intenta ubicar en el centro de la discusión los parámetros de la democracia, o al menos, con toda certeza, las fronteras de lo que debe definirse como el escenario político: sus participantes, sus instituciones, sus procesos, sus programas y alcances. Los propios jóvenes reconocen los límites de la democracia para gestionar de buena forma las relaciones sociales porque se ha privilegiado una concepción altamente normativa del actuar ciudadano, señalan la inconsistencia de la convocatoria hacia el mundo juvenil a participar electoralmente a través de las votaciones cuando el descrédito por la forma de actuar que tienen las clases dirigentes es bastante profundo y en los discursos y prácticas juveniles se observa claramente que los cambios en la administración del gobierno en nada inciden en sus aspiraciones y proyectos político-culturales.

Emerge un discurso y una práctica juvenil que le presta mucha atención a los significados que tienen sus acciones, a los valores que ellos vinculan con su cotidianeidad y que da forma a la política, que no es otra cosa que unas formas de organización y modos de relación social que se establecen entre los sujetos. Se observa así un retorno de lo político, una recuperación de aquellas dimensiones sociales que ayudan a construir una sociedad más inclusiva y modelos más recíprocos de convivencia entre los sujetos que forman parte de una comunidad.

Si anteriormente nos ocupamos de aquellas formas culturales de representar y actuar la política, interesa ahora abordar aquellas dimensiones políticas involucradas en el conjunto de luchas por las representaciones y los significados que los sujetos despliegan en sus prácticas sociales y culturales. Ahora bien, es interesante considerar que no sólo estas nuevas formas de hacer política ponen en marcha o hacen visibles estas dimensiones culturales, sino que todas las manifestaciones colectivas comienzan a poner en marcha políticas de la cultura independientemente de si son viejas o nuevas formas de agregación o modalidades de participación juvenil. Dicha aclaración es necesaria en tanto que la propia conceptualización de la cultura ha atrapado y cosificado las definiciones de la política restando y desactivando las capacidades de agencia de los sujetos, y como señala Escobar la propia manera convencional de entender la cultura en varios campos del saber cómo algo estático engastado en un conjunto de textos, creencias y artefactos canónicos- ha contribuido grandemente a hacer invisibles prácticas culturales cotidianas como terreno y fuente de prácticas políticas.

La noción de política cultural se presenta como útil en tanto permite aproximarnos a ese campo emergente de conflictos y luchas por los significados y representaciones que las instituciones hacen de los sujetos así como al interior de las propias prácticas político-culturales llevadas a cabo por los individuos ya sea en términos individuales y/o colectivos, y aunque no sean conceptualizadas como políticas por los propios actores sociales, como ocurre en los casos de los movimientos juveniles articulados en torno a estilos de vida y/o estéticas particulares y que desarrollan prácticas (de)codificadoras del cuerpo como en el caso de corrientes ambientalistas y/o vegetarianas o veganas, algunos movimientos como los straight edge, entre otros. Esto implica no suponer que existe una relación mecánica entre las formas de representación de las prácticas y el ejercicio del poder y sus resistencias pues esos vínculos, sin embargo, no siempre son explícitos de forma que iluminen los intereses reales o potenciales o las estrategias políticas de actores sociales específicos. Nosotros afirmamos que estos vínculos son evidentes en las prácticas, en las acciones concretas de movimientos sociales latinoamericanos. Es importante hacer énfasis en el hecho de que en la América Latina actual todos los movimientos sociales ponen en marcha una política cultura.

La legitimación de las relaciones sociales de desigualdad y la lucha por transformarlas son preocupaciones centrales de la política cultural. Fundamentalmente, ésta determina los significados de las prácticas sociales, y más aún, determina también cuáles grupos o individuos tienen el poder para definir dichos significados. La política cultural también se preocupa por la subjetividad y la identidad, puesto que la cultura juega un papel crucial en la constitución de nuestro sentido de nosotros mismos. Las formas de la subjetividad que habitamos juegan un papel central en determinar si aceptamos o cuestionamos relaciones de poder existentes. Más aún, para grupos marginales y oprimidos, la construcción de identidades nuevas y de resistencia es una dimensión crucial de una lucha política más amplia por la transformación de la sociedad.

Ello se refleja en la propia práctica de los jóvenes que participan en juventudes políticas donde la tensión está centrada en cómo compatibilizar la herencia política del partido (la tradición) con lo que están viendo en términos culturales de que sus propios jóvenes no quieren asistir a reuniones de cuatro horas para discutir y después traducir en acción lo discutido, o que uno de ellos sea el que los representará al interior del propio partido o en conversaciones con otras organizaciones.



El caso de las movilizaciones de los estudiantes secundarios el año 2006 en Chile muestra cómo a pesar de las amenazas y las posibilidades de ser sancionados no se impidió que los jóvenes ejecutarán las decisiones de la asamblea en un proceso consensuado y en que no se recurre a la figura de la elección y la votación para dirimir sino más bien se apuesta por la lógica de la negociación y del consenso. Eso sí, para no construir un sujeto juvenil idealizado es necesario aclarar que la idea de consenso que manejan no implica uniformidad de pensamiento, sino que más bien remite a un convencimiento moral de la necesidad de la acción. No se trata, dicen los jóvenes, de que todos estamos de acuerdo en la forma en que se actuará, sino que se está de acuerdo en que algo hay que hacer y eso es lo que faculta a la asamblea para actuar. Lo anterior es un ejercicio muy interesante de práctica ciudadana que necesariamente deber ser estudiando en profundidad y de acuerdo a cada modalidad de adscripción. Lo central, en todo caso, es que este tipo de práctica recupera la idea de la política y la ciudadanía como una construcción, como un ir haciendo que no puede ser resuelto administrativamente y exento de conflictos. Se trata más bien de la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, de unas concepciones de política y ciudadanía sustentadas en el conflicto, en la polémica que posibilita la construcción de la comunidad.

Este proceso no sólo contribuye a la construcción de una ciudadanía juvenil activa que se moviliza en contra de la acción gubernamental. Las relaciones entre ambos actores revitalizan al propio sistema democrático, tal como reconocen los discursos juveniles cuando se refieren a los impactos positivos que tuvo el movimiento estudiantil secundario para la sociedad chilena, en una dirección que es coincidente con lo planteado por Escobar cuando señala que los movimientos sociales no sólo han logrado en algunas instancias transformar sus agenda son políticas públicas y expandir las fronteras de la política institucional, sino que también, muy significativamente, han luchado por otorgar nuevos significados a las nociones heredadas de ciudadanía, a la representación y participación política, y como consecuencia, a la propia democracia. Tanto los procesos mediante los cuales el programa de un movimiento se convierte en política pública, como los de búsqueda de una nueva definición del significado de términos como desarrollo o ciudadano, por ejemplo, implican la puesta en marcha de una política cultural.

De lo que se trata, en síntesis, es de un desplazamiento en la mirada sobre lo político en su relación con las prácticas juveniles: si en su forma tradicional el foco estaba puesto en los significados y sentidos construidos alrededor de la política (cultura política), sin que ésta fuera mayormente problematizada dada la transparencia de su ubicación y homologación en/con el sistema político, en la actualidad se requiere pensar políticamente las culturas dada la centralidad que esta dimensión ocupa en las sociedades contemporáneas y en especial en los mundos juveniles. De allí que a partir de la noción de políticas de la cultura considero relevante, debido a las conflictividades que desde aquí se presentan a la sociedad y a la incapacidad de las políticas públicas de procesarlos de una manera comprensiva, presentar tres procesos socioculturales que están tensionando a la sociedad chilena: a) las políticas de la visibilidad; b) las políticas de la violencia y c) las políticas de la identidad, que expresan la lucha por el derecho a tener derechos, el derecho a ser reconocidos, el derecho a definir de qué deseamos ser parte integrante, y el derecho a un nuevo proyecto de sociabilidad. Estos procesos que emergen como nudos de tensión en las prácticas juveniles exigen una profundización investigativa que pasa necesariamente por leer las acciones juveniles como prácticas político-culturales y que supone politizar aquello que no se considera político, al presentar como público y colectivo aquello que se considera privado e individual, presentan un reto al escenario político, para que extienda sus propias fronteras y amplíe su agenda.

LA JUVENTUD FRENTE A LA POLÍTICA: ¿DESENGANCHADA, ESCÉPTICA, ¿ALTERNATIVA?

05

LA JUVENTUD FRENTE A LA POLÍTICA: ¿DESENGANCHADA, ESCÉPTICA, ¿ALTERNATIVA?

Jorge Benedicto⁵

La habitual percepción negativa de la vida política juvenil

Parece obligado que cualquier reflexión sobre jóvenes y política comience haciendo mención a la habitual y reiterada visión negativa de la relación que los jóvenes mantienen, por lo menos en las tres o cuatro últimas décadas, con la política, entendida en términos generales. La imagen del joven pasivo y desinteresado de todo lo que ocurre en el ámbito político ha adquirido tal fuerza en el discurso social que se ha convertido en una de las señas de identidad de la juventud contemporánea. Esta percepción, que a veces parece casi unánime entre la opinión pública, también tiene su correlato en la investigación académica, en la que predominan los análisis sobre la desafección y el desinterés político juvenil o sobre la baja predisposición a participar en la vida política de las sociedades democráticas, utilizando los canales e instrumentos institucionales diseñados a tal efecto. Sin embargo, si antes de aceptar como evidentes las conclusiones a las que suelen llegarse, nos preguntamos por los presupuestos que las sostienen y el tipo de análisis que se realizan, algunas de estas ideas pueden empezar a ser puestas en duda.

⁵ Benedicto, Jorge. La juventud frente a la política: ¿desenganchada, escéptica, alternativa? En: Revista de estudios de juventud. Jóvenes y participación política: investigaciones europeas. No. 81, junio del 2008. Págs. 13-29

La sociología de la juventud, sobre todo tras la popularización de las perspectivas postestructuralistas, ha insistido en los últimos años en la pluralización de los caminos que llevan a los jóvenes a la vida adulta y en la diversidad interna que caracteriza a la condición juvenil en la sociedad actual. Sin embargo, ambas características no están presentes en la gran mayoría de explicaciones que se construyen para comprender la vida política de los jóvenes, sus discursos, intereses, comportamientos, etc. Se ponga donde se ponga el énfasis, el argumento de fondo suele ser común. La gran mayoría de los jóvenes parece relacionarse con el mundo de la política de una forma uniforme, distante y desconfiada, encerrados en una maraña de factores estructurales e institucionales que escapan de su capacidad de decisión. De la metáfora, tan utilizada actualmente para referirse a la juventud de este inicio del siglo XXI, del joven que navega en un mar de incertidumbre, negociando su propio camino entre oportunidades y riesgos, pasamos en el terreno de lo político a la imagen de un joven que asume pasivamente un universo político de significaciones negativas y pesimistas. De este escenario solamente se escaparía una pequeña minoría, expuesta a unos procesos de socialización muy específicos.

Nos encontramos, por consiguiente, con un claro predominio de las argumentaciones genéricas, en las que el factor principal de diferenciación interna del colectivo juvenil es la edad, bien entendida en términos evolutivos como etapa del ciclo vital, o como criterio generacional. En ambos casos, la heterogeneidad social, cultural, ideológica de los jóvenes y de sus procesos de incorporación al espacio público juega un papel secundario como factor explicativo de las posiciones políticas de las nuevas generaciones, las cuales tienden a ser valoradas desde posiciones más morales que sociopolíticas. En esta misma línea de análisis también hay que subrayar la habitual ausencia de una perspectiva intergeneracional que permita entender los rasgos de la vida política juvenil en relación a lo que piensan y hacen los ciudadanos del resto de generaciones. Los jóvenes parecerían, en este sentido, estar aislados del contexto social y político en el que se construyen las relaciones entre las diferentes generaciones.



Profundizando un poco más en la crítica de los presupuestos sobre los que se sostienen buena parte de las explicaciones académicas sobre las posiciones políticas de los jóvenes, conviene prestar atención a tres aspectos que considero fundamentales. En primer lugar, el enfoque predominante en la investigación dentro de este campo está basado en una concepción de la politización de raíz individualista que concibe la juventud como una etapa de inestabilidad e indefinición y la política como el ámbito de expresión y contraste de los intereses individuales. Desde este punto de vista, el desinterés juvenil hacia las cuestiones políticas encuentra una cierta justificación, en tanto en cuanto sería el correlato obligado a su situación periférica en el entramado social. Conforme los jóvenes vayan realizando su transición a la vida adulta e integrándose socialmente irán definiendo unos intereses específicos que les llevarán a interesarse por los temas que se discuten en el espacio de la política, ya que las decisiones que allí se adopten empezarán a afectar a sus intereses. En último término, la politización queda reducida a un fenómeno básicamente individual, influido por una serie de factores externos, que se traduce en una serie de comportamientos explícitos. En consonancia con esta posición, la mayor preocupación de los especialistas se dirige a cuantificar las actividades que se realizan en vez de poner el énfasis en los contenidos y significados de la implicación política de los jóvenes.

En segundo lugar, demasiadas veces se olvida el contexto de transformación de las actitudes políticas en las sociedades desarrolladas que lógicamente afecta a todas las generaciones, tanto a los adultos como a los jóvenes. Los ciudadanos de nuestras sociedades democráticas se relacionan con el ámbito político desde premisas bien diferentes de las que predominaban en décadas anteriores. Si en los años 50 o 60 existía un clima de confianza generalizada en las instituciones representativas y en las autoridades correspondientes, décadas después una de las constantes en todas las democracias es el deterioro de la confianza en líderes y partidos, junto al incremento del escepticismo en los resultados del sistema político, todo lo cual está en la base de la desafección política que caracteriza la coyuntura actual.

Esta necesidad de tener en cuenta las nuevas condiciones sociales, institucionales, culturales en las que se desarrolla la vida política también está presente en el tercero de los aspectos que quiero destacar. Los ciudadanos, en general, y las nuevas generaciones más en particular son partícipes de experiencias de lo político que ponen en cuestión los significados y las expresiones tradicionales, mientras que aparecen nuevas formas de relación que, en ocasiones, son interpretadas equivocadamente como un rechazo o un abandono de los compromisos colectivos. La transformación del modelo predominante de implicación política juvenil puede ser un buen ejemplo de cómo cambian las formas de politización al hilo de los cambios que también se producen en la experiencia social y colectiva de los jóvenes. La crisis del modelo de activismo militante de base partidista y su sustitución por formas muy diversas de implicación, de carácter más bien puntual y episódico, en múltiples campos (desde los más tradicionales de actividad política hasta los vinculados a temas de solidaridad cívica u otros relacionados con nuevos espacios de expresión juvenil), refleja en buena medida los propios rasgos culturales de buena parte de la juventud actual (individualismo, orientación al consumo), así como la estrecha interrelación que existe con sus experiencias e intereses más cotidianos

Antes de seguir, por tanto, hay que reflexionar brevemente sobre cómo se es joven en la modernidad tardía y sobre los procesos dinámicos que dan forma a sus experiencias vitales y alientan sus caminos hacia la vida adulta. Solamente sabiendo más sobre cómo viven los jóvenes su juventud podremos empezar a entender algo mejor como se plantean su relación con el mundo de los significados y las expresiones políticas.

La dinámica social de la juventud: entre la integración y la autonomía

La tradicional interpretación de la juventud como un periodo de transición en el que tiene lugar un complejo proceso de cambios que permiten a los jóvenes alcanzar el estado adulto nos ha acostumbrado a entender la juventud desde una perspectiva lineal y evolutiva, con un principio definido en términos negativos y un final definido en términos positivos. El principio de la transición sería la situación del niño o adolescente, dependiente en todos los aspectos de su vida de su familia de origen y/o de las instituciones sociales. El final correspondería, en cambio, al joven emancipado que se convierte en adulto gracias a la independencia económica, residencial y afectiva que ha adquirido. En términos mucho convencionales podríamos describir la transición a la vida adulta como el proceso al final del cual el joven abandona la casa de los padres y crea un nuevo hogar, gracias a su participación en el mercado de trabajo obtiene los ingresos suficientes para llevar una vida independiente y empieza a vivir de forma más o menos estable con su pareja, creando una nueva unidad familiar.

En esta visión lineal y evolutiva, se corresponde con la condición juvenil propia de la primera modernidad, la emancipación representa la culminación de la transición a la vida adulta, el reconocimiento social como individuo liberado de dependencias, capaz de gestionar sus proyectos vitales y de asumir sus responsabilidades como miembro de la comunidad. A través de la emancipación, el joven deja de serlo para convertirse, socialmente, en adulto y ciudadano, dos términos que se hacen equivalentes. El énfasis que ponen muchos sociólogos en los acontecimientos que definen la emancipación juvenil, tales como el tener un trabajo remunerado, una casa propia, una nueva relación familiar e incluso llegar a tener hijos, oculta o, por lo menos, dificulta darse cuenta del verdadero objetivo de estos procesos que no es otro que conseguir la integración de las personas en la organización social, estableciendo el lugar social a partir del cual desarrollar su proyecto biográfico. Lo significativo, desde este punto de vista, no es, por tanto, la liberación de las dependencias originales sino el destino al que se llega y el trabajo de adaptación que exige a los jóvenes para conseguirlo. La etapa de la juventud se puede interpretar, por tanto, como el proceso de adquisición por parte de los jóvenes de los recursos necesarios para integrarse en la organización social y asumir nuevas dependencias y responsabilidades. socialmente, y siempre desde esta perspectiva, el comportamiento de los jóvenes se puede interpretar como una incorporación o integración a formas de vida que les preceden y que les exigen una adaptación o acomodo Así, cuándo un joven se integra, deja de ser joven. Pero al tiempo que lo hace incurre en compromisos de tanto o más peso que los que mantenía cuando se limitaba a depender de su familia de origen".

Este cambio de énfasis desde la emancipación hacia la integración supone, a mi juicio, reorientar el debate desde la preocupación por el momento temporal de la emancipación juvenil hacia las condiciones de integración de los jóvenes en el mundo de los adultos. Así, por ejemplo, en España, al igual que en otros países europeos sobre todo del Sur de Europa, se discute muy a menudo sobre el retraso en la edad que los jóvenes abandonan la casa familiar y las repercusiones tanto sociales como políticas que ello supone. Bien es verdad que, según los datos de Eurostat, en países como España o Italia hay que esperar hasta los 30 y 31 años respectivamente para afirmar que el 50% de los varones ya no vive con sus padres; por el contrario, en Gran Bretaña, Alemania o Francia esta edad se adelanta a los 24 años. Sin embargo, el que los jóvenes se vayan antes o después del hogar familiar nos dice poco sobre sus dificultades para llevar adelante transiciones exitosas, sobre el carácter estratégico que para muchos jóvenes actuales tiene la permanencia en la casa familiar como forma de acumulación de capital social o sobre los problemas que en determinados colectivos sociales -especialmente mujeres de baja cualificación- implica un rápido abandono de ese hogar familiar. La nueva dinámica de la juventud en la modernidad tardía, con sus procesos transitorios y el incremento de la incertidumbre y los riesgos, exige reducir la centralidad de la emancipación, entendida como liberación de exigencias y obligaciones externas, sino queremos, correr el peligro de que muchos jóvenes, sobre todo los que están en situación más desventajosa, queden descolgados de las instituciones sociales que, de esta manera, tienden a liberarse de ellos.

Lo importante, por tanto, será analizar cómo influyen en cada caso las condiciones estructurales en sus procesos de emancipación familiar, en las diferentes decisiones que adoptan y en el tipo de integración social que alcanzan.

En resumen, una de las formas de pensar la juventud es desde la perspectiva de la integración en el mundo de los adultos, de la adaptación a las exigencias de una organización social en la que el joven busca su lugar social, asumiendo una serie de responsabilidades personales y colectivas. A pesar de la creciente importancia que la condición juvenil tiene en el desarrollo biográfico de las personas y de que tendemos a pensar en el mundo juvenil y en el mundo adulto como dos momentos contrapuestos dentro del recorrido vital, no podemos olvidar que la presión por lograr una forma u otra de integración en el mundo de los adultos siempre está presente en las decisiones y comportamientos de las nuevas generaciones en los más diversos campos de su vida. Tanto en el mundo del trabajo como en el de las relaciones afectivas o en el de la política es posible rastrear esa tendencia a adaptarse a los imperativos del orden social para así integrarse en las mejores condiciones posibles, incorporándose como otro miembro más de la comunidad.

Pero la necesidad de integrarse en el mundo adulto no es más que una de las caras de la juventud, la otra es la conquista de la autonomía, de la capacidad y competencias necesarias para gestionar sus proyectos vitales. Las transformaciones iniciadas en los años 80 y profundizadas en las décadas posteriores han puesto de relieve la necesidad de manejar una visión más compleja de la juventud en la que estructura y agencia mantienen relaciones de influencia recíprocalas metáforas de los nichos, los senderos o las trayectorias utilizadas para designar los procesos de transición a los roles adultos dejan paso en los años 90 a la metáfora de la navegación. Con esta nueva metáfora se hace referencia a la necesidad que tienen hoy los individuos de valorar los riesgos y las oportunidades existentes para lograr negociar su propio camino en un mar lleno de incertidumbre. La relación entre factores estructurales y factores individuales se convierte, así, en la clave para entender cómo se desarrollan los trayectos biográficos de los jóvenes y su profunda diversidad.

La ruptura de la linealidad de las transiciones y su sustitución por recorridos inciertos, vulnerables y reversibles junto al alargamiento del periodo necesario para conseguir la integración definitiva en el mundo adulto ha transformado la condición juvenil. En vez de hablar de un periodo transitorio, con unos objetivos claramente definidos, la juventud se convierte en una condición vital, en una etapa fundamental en el desarrollo biográfico de los individuos en la que se acumulan experiencias y se ensayan nuevos tipos de relaciones, nuevas estructuras valorativas y nuevos comportamientos, tanto en el ámbito personal como en el colectivo. Podemos afirmar que más que una condición de moratoria, típica de los procesos de transición, ahora la juventud asume, de manera en cierto sentido paradójica, las características de un fenómeno que encuentra en sí mismo los presupuestos de su propio desarrollo y definición.

Las nuevas condiciones en que los jóvenes viven sus vidas y sus procesos de transición han permitido establecer una distinción clave entre independencia (entendida en términos de situación material) y autonomía (entendida en términos de competencia y capacidad). Se trata de dos procesos diferentes que en los momentos actuales siguen lógicas también diferentes. El paso de la dependencia a la independencia económica que en momentos anteriores constituía el paso previo para la conquista de la autonomía individual, en la sociedad actual no supone un requisito para el desarrollo de un sujeto autónomo, capaz de tomar decisiones y de realizar las elecciones más convenientes para su futuro. Por el contrario, en el entorno incierto en el que se mueven hoy los jóvenes proliferan las situaciones de semi-independencia, en otros casos la independencia económica es algo transitorio y reversible debido a las continuas entradas y salidas del mercado de trabajo y, por último, también nos encontramos con bastantes jóvenes que, aun siendo dependientes económicamente de su familia de origen, han ido conquistando importantes niveles de autonomía y libertad individual en terrenos significativos de su vida como las relaciones afectivas, las pautas de consumo, los estilos de vida o los comportamientos colectivos, etc.

La construcción y conquista de la autonomía, entendida como capacidad de manejar los proyectos vitales, se convierte, pues, en el objetivo principal de este amplio periodo del curso vital. Así lo corroboran los propios jóvenes, los cuales, según diferentes investigaciones, consideran que llegar a ser adulto tiene que ver con la adquisición de la responsabilidad sobre las propias decisiones y no con haber finalizado las diferentes transiciones (laboral, residencial y familiar), excepto cuando se llegan a tener hijos. Pero lo que resulta fundamental de entender es que este proceso de conquista de la autonomía se realiza en la actualidad dentro del contexto de relaciones de dependencia en que los jóvenes desarrollan sus vidas y que, indudablemente, está condicionado por los factores estructurales que pueden convertir las oportunidades en riesgos y viceversa. La importancia que esta búsqueda de la autonomía tiene en la vida de los jóvenes convierte, además, a la juventud en un periodo de frecuente experimentación. El alargamiento del periodo de dependencia familiar, la relativa ausencia de responsabilidades y, sobre todo, la pluralidad de situaciones vitales que observan a su alrededor lleva a los jóvenes a ensayar y desarrollar nuevas formas de relaciones sociales, nuevos planteamientos y pautas de actuación en los más diversos campos de la vida como el consumo, el trabajo, la política o la vida familiar. Esta experimentación, en bastantes ocasiones, no se plasma en resultados significativos quedándose limitados a ser la característica distintiva de una minoría de jóvenes, pero en otras ocasiones constituye la semilla de importantes procesos de cambio que explican algunas de las profundas transformaciones de la vida social a las que estamos asistiendo en estos últimos años. Las nuevas formas de convivencia familiar, la aceptación activa de comportamientos como la homosexualidad, las distintas formas de consumo

político o la utilización masiva de las Tics como instrumento de relación interpersonal son algunos ejemplos de fenómenos que empezaron siendo elementos distintivos de subculturas juveniles minoritarias -la mayoría de ellos transgresores en una u otra forma de las normas sociales mayoritarias- para posteriormente empezar a generalizarse en la sociedad, provocando una profunda reformulación de los sistemas de valores y las pautas de comportamiento predominantes en nuestras sociedades. Integración y autonomía constituyen, pues, dos dimensiones imprescindibles para entender la dinámica social de la juventud, tanto en general como en los diferentes campos en los que los jóvenes desarrollan sus vidas. El análisis de la relación dialéctica de ambos elementos en cada momento histórico, los factores que presionan a favor de la importancia relativa de uno u otro elemento y cómo se articulan entre sí en los diferentes contextos sociales, culturales y políticos proporciona una información fundamental para comprender cómo se es joven en cada circunstancia y el ritmo de cambio al que está sometida la condición juvenil.

Sobre las actitudes políticas de los jóvenes

Como ha debido quedar claro, esta doble perspectiva de integración y autonomía también debe resultar de gran utilidad cuando se aborda el análisis de la vida política de los jóvenes. La tensión para integrarse en el mundo político de los adultos junto a la búsqueda de expresiones políticas novedosas, acordes con los contextos de experiencia y acción en los que los jóvenes viven, configuran un espacio multiforme en el que adquieren sentido las variadas relaciones que los diferentes grupos de jóvenes mantienen con el ámbito político.

Es, precisamente, en este espacio de persistencia y cambio en donde hay que situar las actitudes que los jóvenes expresan sobre la actividad política que se realiza de acuerdo a los procedimientos establecidos institucionalmente y sobre aquel otro tipo de actividad política que utiliza canales y formas no reguladas institucionalmente, pero que en las últimas décadas se ha convertido en una expresión normalizada de la presencia de los jóvenes en el ámbito de las decisiones públicas, así como de sus preferencias y demandas. Contrariamente a lo que a primera vista podría parecer, cuando se empiezan a analizar las evidencias disponibles se observa que las actitudes políticas juveniles no se rigen por un patrón único de rechazo y desinterés hacia la labor de las instituciones y de las autoridades y ni mucho menos puede hablarse de despolitización como un rasgo inequívoco de la juventud actual. La situación, sin duda, es bastante más compleja de lo que a veces se quiere hacer creer, a partir de un superficial examen de los resultados de los sondeos de opinión pública. Según bastantes especialistas estaríamos asistiendo a una disminución de la implicación política formal de la juventud que, sin embargo, se vería compensada por la expansión significativa de su presencia en otro tipo de actividades políticas no convencionales, pero más acordes con su forma de experimentar la vida colectiva, como los movimientos de protesta, la participación en organizaciones voluntarias, la utilización de Internet como instrumento de activación política, etc. Todo ello, no obsta, para admitir que las cuestiones políticas tienden a ocupar una posición secundaria dentro de las preocupaciones vitales de una mayoría de jóvenes, tal y como corresponde a esta etapa de la modernidad caracterizada por intensos procesos de individualización y por el declive de las principales instituciones de socialización.

La necesidad de no dejarse empujar por las apariencias y de reconocer la complejidad de la situación parece evidente, pero conviene corroborarlo acudiendo a los datos. El caso español es un buen exponente de esta complejidad y de la inutilidad de los diagnósticos simplificados a la hora de valorar la vida política de los jóvenes. Aunque soy consciente de que las opiniones políticas expresadas por los jóvenes en sondeos de opinión no son más que un pálido reflejo, simplificado, de su compleja vida política, y dejando claro que no es mi intención realizar un análisis en profundidad de las actitudes políticas de los jóvenes españoles, a continuación resaltaré algunos de sus rasgos más distintivos para comprobar empíricamente la afirmación anterior sobre la inexistencia de un patrón único o predominante de rechazo hacia lo político, tal y como nos quieren hacer ver muchos medios de comunicación y líderes de opinión.

Cualquier análisis, por somero que sea, que se haga sobre este tema debe tener en cuenta el contexto sociopolítico en el que estas actitudes adquieren sentido. Por una parte, estamos hablando de las primeras generaciones socializadas completamente en democracia. Se trata de jóvenes que empiezan a incorporarse a la vida política cuando el sistema democrático ha adquirido ya un grado de estabilidad considerable, el sistema de partidos se configura definitivamente en torno a dos grandes partidos, uno de centro izquierda y otro de centro derecha, de manera similar a otros países europeos y cuando el Estado de bienestar, construido durante la década de los 80, comienza a dar resultados evidentes (protección social, universalización de la educación y de la sanidad). Pero, por otro lado, esta generación juvenil se ha socializado en una cultura política con unos niveles de desafección institucional muy considerables y donde los comportamientos participativos no tienen incentivos suficientes para romper la tradición de pasividad y antipoliticismo heredada de la dictadura. Además, la vida política española en los últimos diez años ha pasado por momentos complicados debido a los escándalos de corrupción de mediados de los 90, las tensiones territoriales o el alto grado de enfrentamiento político de los últimos años del gobierno del PP y los actuales del gobierno socialista.

Junto a estas circunstancias específicamente derivadas de la historia y la política española, no se puede olvidar la enorme importancia del espacio de significaciones culturales en el que se mueve la vida política de los jóvenes en las democracias occidentales. Porque si algo caracteriza al caso español es su rápida incorporación a las tendencias ideológicas y culturales predominantes en el occidente europeo. Cuando se comparan los datos, tanto de los jóvenes como de los adultos españoles, con los procedentes de otros países de su entorno aparecen, como es lógico, algunos rasgos específicos en aspectos determinados pero las semejanzas son mucho mayores. Los jóvenes españoles pueden mostrar menos interés por determinados temas que la mayoría de europeos o pueden manifestar actitudes más reformistas ante el orden social existente, pero, en general, puede decirse que viven sus vidas políticas desde coordenadas muy parecidas al del resto de jóvenes de los otros países europeo.

De manera muy resumida, se pueden resaltar cuatro rasgos básicos en las actitudes políticas de los jóvenes españoles, de acuerdo con los datos procedentes de diferentes sondeos del Instituto de la Juventud y del Centro de Investigaciones Sociológicas. Para comprobar las semejanzas y diferencias con el entorno europeo se utilizarán datos de la investigación comparativa internacional en la que se han recopilado datos de ocho mil jóvenes de 15 a 24 años pertenecientes a ocho países de la Unión Europea, entre los que no estaba España.

El primero de estos rasgos es la centralidad y legitimidad que posee la democracia en los universos políticos de los jóvenes. A pesar de las deficiencias en el funcionamiento del sistema político que se han puesto de manifiesto en estos años y de los problemas que han ido apareciendo -y a los que antes me refería- la democracia como forma de gobierno goza de un elevado grado de legitimidad entre los jóvenes: 8 de cada 10 jóvenes entre 15 y 29 años consideran que es preferible a cualquier otra forma de gobierno, solo un 5% admite soluciones autoritarias (se mantiene constante en todos los grupos de edad) y el 11% manifiesta su indiferencia. Lo más interesante es la escasa importancia que las soluciones autoritarias tienen no solo entre los jóvenes actuales sino también entre las anteriores generaciones. Desde principios de los 90 la distribución de las opiniones no presenta variaciones significativas, manteniéndose una distribución muy similar a la que aparece en la población adulta. Además, según varias investigaciones realizadas, la legitimidad de la democracia no está asociada ni a la posición social del entrevistado ni tampoco a la satisfacción con el funcionamiento de la democracia. Este último resultado es especialmente significativo porque una de las preocupaciones habituales entre los especialistas cuando se estudian los regímenes salidos de procesos de transición es la posible deslegitimación del sistema democrático como consecuencia de un incremento del descontento social. A estos datos podemos unir los de otros indicadores referidos a la legitimidad con que cuentan otros componentes del sistema democrático como los partidos políticos, la importancia que se concede al Parlamento o la consideración del voto como un deber cívico.

En todos los casos, esta opinión favorable no impide que se realice una fuerte crítica a su funcionamiento. Precisamente la distancia que separa ambos planos es una de las características de la cultura política española y que se puede explicar, en parte, por las raíces culturales en la que se sustenta la democracia en España.

La principal inquietud puede venir, sin embargo, por la indiferencia que determinados grupos de jóvenes, especialmente los menores de edad, muestran respecto a la democracia, que además se repite en muchos otros indicadores. Así, 3 de cada 10 menores de edad se muestran indiferentes o no contestan respecto a la forma de gobierno preferida. Es verdad que estamos ante un evidente efecto del ciclo vital, que convierte al grupo de 15 a 17 en el sector juvenil más desvinculado de lo que pasa en la esfera pública (este porcentaje se reduce al 18% entre los de 21 a 24 y al 10% entre los de 25 a 29). A primera vista, parece que la mayoría de edad sigue manteniendo su carácter de rito de paso que activa aquellos mecanismos que hacen posible la politización. Sin embargo, deberíamos reflexionar más sobre este tema por la repercusión que puede tener en temas como el aprendizaje cívico o las estrategias de socialización. Conforme la juventud se extiende, la entrada se retrasa y, en consecuencia, los menores de edad son progresivamente desplazados hacia una posición más cercana a la subordinación de la infancia que a la de transición que define a la juventud.

El segundo rasgo a destacar es la importancia de la desafección política entre la juventud española. Cuando hablo de desafección me refiero al predominio de una actitud de distanciamiento cognitivo y afectivo respecto a todo aquello que se califica explícitamente como político o que los jóvenes le atribuyen ese significado. Esta actitud se expresa a través de múltiples síntomas, entre los que se encuentra el desinterés, la ineficacia y la impotencia. Pues bien, los jóvenes españoles manifiestan estos síntomas de desafección política en grado elevado y bastante por encima de la media europea.

Por ejemplo, si nos centramos en el indicador más habitual, el interés político, las nuevas generaciones españolas se distinguen por el escaso interés que manifiestan hacia las cuestiones políticas (cuadro 1). Solo el 22% dice estar muy o bastante interesado por estos temas mientras que la media de los países participantes en EUYOUPART se sitúa en el 37% e incluso países como Gran Bretaña, donde los indicadores de politización juvenil son sorprendentemente reducidos, el porcentaje de interesados llega al 30%.

Estas bajas tasas de interés político parecen tener, como era de esperar, algo que ver con el ciclo vital, sin embargo, la mejoría entre los grupos de más edad tampoco es espectacular porque entre los jóvenes de 21 a 24 el interés se sitúa en el 28%. La explicación, sin embargo, rebasa el ciclo vital porque según los datos de una reciente encuesta del CIS a la población mayor de 18 años, sólo el 32% dice estar muy o bastante interesado en la política. Es evidente, por tanto, que la política por lo menos tal y como se define socialmente- no implica personalmente a una buena parte de los jóvenes, tal y como se deduce del hecho de que sólo una pequeña minoría trate de persuadir o convencer habitualmente a su círculo más inmediato. La comparación con Italia y Francia es muy significativa. Si más de la mitad de los jóvenes italianos y el 36% de los franceses tratan de convencer políticamente a sus amigos o familia, menos de un tercio de los españoles dice hacerlo frecuentemente o a veces, frente a un 47% que no lo hace nunca. La posición secundaria de las cuestiones políticas en la vida de la mayoría de los jóvenes españoles parece bastante evidente.

Esta falta de interés parece tener bastante que ver con la escasa receptividad que los jóvenes perciben en las instituciones políticas y en los políticos. Tanto las instituciones como sus responsables, en opinión de muchos jóvenes, no responden de manera eficaz a las necesidades y demandas de los ciudadanos en general y de ellos en particular: alrededor de un 30% dice que "ningún partido defiende los intereses de los jóvenes. Nuevamente las diferencias con el resto de la población no son significativas.

Los jóvenes y adultos creen que a los políticos no les preocupa lo que piensa la mayoría de la gente", lo que demuestra que la ineficacia política externa está relacionada con una diversidad de factores como la herencia de la dictadura, el tipo de vida política que se configura tras la transición y la práctica democrática desarrollada durante estos años. En cambio, cuando analizamos la eficacia política interna, aquella relacionada con la competencia y capacidad política que el individuo se atribuye a sí mismo, si se observan diferencias, pero en este caso a favor de las nuevas generaciones. En efecto, este es uno de los pocos indicadores actitudinales en los que los jóvenes muestran mayor politización que los adultos. Este resultado confirma además una evidencia que venía repitiéndose en los últimos años y es que conforme la cultura democrática va asentándose y desarrollándose los ciudadanos valoran más su capacidad como actores políticos, especialmente entre las nuevas generaciones.

El tercer rasgo a mencionar tiene que ver con la participación y las transformaciones que se observan en el repertorio de actividad política de los jóvenes. Tradicionalmente, uno de los rasgos más distintivos del caso español respecto a los otros países europeos era la escasa implicación política de los españoles que se traducía en un grado muy reducido de participación en actividades políticas. La visión limitada de la participación en la cultura política española y los pocos espacios que la estructura institucional deja para la participación de los ciudadanos han explicado hasta ahora el escaso activismo político en la sociedad española. Sin embargo, en los últimos años se viene observando un crecimiento espectacular de lo que tradicionalmente hemos denominado participación no convencional y, sobre todo, de aquellas actividades que llevan incorporado un componente de protesta, hasta el punto de que según los datos de la Encuesta Social Europea (2002-2003) los españoles son después de los luxemburgueses los europeos que más participan en manifestaciones.

Pues bien, esta transformación se hace especialmente significativa entre las nuevas generaciones. Si se comparan los datos obtenidos en el Estudio de Juventud del 2004 con los resultados obtenidos en la Encuesta Social Europea, los jóvenes entre 15 y 29 años realizan más actividades políticas de protesta que el conjunto de la población y sólo son superados cuando se trata de actividades convencionales como contactar con un político. Pero donde se observa la magnitud de este tipo de activismo político es cuando se compara con otros casos, como el italiano o el francés, que suelen puntuar más alto en prácticamente todos los indicadores de politización. más de la mitad de los jóvenes españoles dicen haber participado en manifestaciones y casi un 40% haber firmado una petición, mientras que menos de un 10% reconocer haber contactado alguna vez con un político. Los jóvenes italianos, por su parte, muestran un mayor equilibrio en su repertorio de actividad política. Las actividades de protesta y las más convencionales como participar en mítines aparecen bastante similares. En cuanto a los franceses, contrariamente a lo que podría pensarse, muestran un grado de activismo político más reducido.

Este nuevo tipo de activismo que ha irrumpido en la vida política española plantea, sin embargo, muchas interrogantes que la investigación tendrá que ir desvelando. En este sentido es fundamental profundizar en las motivaciones que llevan a gran parte de los jóvenes a preferir este tipo de participación a otros que hasta ahora habían gozado de mayor aceptación social. En este sentido habrá que evaluar en qué medida las actividades de protesta, como las que han proliferado últimamente, constituyen un instrumento expresivo que utilizan los jóvenes para mostrar su implicación en los asuntos de la comunidad en la que viven, al tiempo que se construyen como ciudadanos. No hay que olvidar que, como recuerda a menudo Salvador Giner, las frecuentes protestas ciudadanas contra decisiones gubernamentales, que llegan a ser altamente movilizadoras, no están compuestas por ciudadanos activos en sentido estricto.

El cuarto rasgo que quiero destacar es el predominio de una concepción de la ciudadanía bastante despolitizada, en la que los significados más explícitamente políticos son sustituidos por una concepción difusa de la solidaridad y el respeto a las normas como base de la vida cívica. Una investigación cualitativa que llevé a cabo a principios de esta década con jóvenes entre 16 y 18 años ya apuntaba claramente en esta dirección, los datos cuantitativos de encuesta sirven para corroborarlo. Cuando se les pidió, en el sondeo del INJUVE que venimos utilizando, a los jóvenes de 15 a 29 años que valoraran la importancia de distintas conductas para ser un buen ciudadano, una gran mayoría valoró por encima del resto aquellas conductas que proponían ser solidarios con la gente del propio país y del resto del mundo, seguidas de aquellas que proponían cumplir las normas establecidas (no evadir impuestos y obedecer las leyes). Entre un tipo y otro de conductas se intercalaba la importancia de tratar de entender a la gente, una actitud que según confirman análisis posteriores tiene tanto un componente relacionado con la solidaridad como con la dimensión política como base de la convivencia democrática. En un segundo plano se sitúan las obligaciones de contenido político más explícito y entre ellas el voto se considera más importante que la participación en asociaciones.

FOTO 10

Si se profundiza un poco más en estos datos y se les compara con los del conjunto de la población española, aparecen diferencias importantes, ya que los adultos en general conceden más importancia al cumplimiento de las normas que a las conductas solidarias, al tiempo que también conceden más importancia a las obligaciones políticas, sobre todo el voto. Aunque no se dispone de suficiente información para saber si estamos ante un verdadero cambio generacional, el hecho cierto es que hoy por hoy jóvenes y adultos parecen partir de premisas diferentes cuando se plantean la naturaleza de la vida cívica: los adultos desde el orden social y los jóvenes desde la solidaridad. Entre las nuevas generaciones las obligaciones políticas como campo privilegiado de expresión de la condición de ciudadano han dejado paso a la obligación de reforzar los lazos de solidaridad con los otros miembros de la comunidad. A fuer de simplificar en demasía, podría decirse que, si antes ser ciudadano implicaba respetar el orden y participar políticamente ahora, para los jóvenes, ser ciudadano implica ante todo ser solidario con los otros.

Los complejos universos políticos de los jóvenes

163

La pregunta inmediata que surge es: ¿estos resultados corroboran nuestra argumentación inicial sobre lo inadecuado de los diagnósticos negativistas, resaltando, por el contrario, la complejidad de la vida política juvenil? La respuesta parece que tiene que ser positiva si atendemos al hecho de que cada uno de los rasgos seleccionados apunta en una dirección opuesta, lo que, cuando menos, confirma la necesidad de abandonar la visión tradicional sobre unos jóvenes mayoritariamente desinteresados de lo que pasa a su alrededor, como si todo lo que rebasara el estrecho margen de sus intereses inmediatos individuales lo consideraran fuera de su incumbencia.

Como demuestran los datos españoles y los de otros países europeos, a los jóvenes les preocupan muchas cuestiones de índole colectiva que constituyen el sustrato de la discusión pública. No obstante, esta postura es también compatible con el hecho de que exista un alto grado de rechazo, en ocasiones, y en otras de escepticismo respecto a los discursos e instrumentos de la política al uso, esto es la política más institucionalizada, que es la que concentra la atención de los medios de comunicación y los sondeos de opinión. Según donde pongamos el énfasis, construiremos una visión u otra de la vida política de los jóvenes: se puede insistir en las evidencias de apatía y desinterés juvenil por la actividad política, corroborando así la tesis de la creciente despolitización de los jóvenes y los pronósticos pesimistas sobre su falta de compromiso colectivo; también es posible resaltar la semejanza de las posiciones escépticas de los jóvenes con las de los adultos, ofreciendo en ese caso una visión más normalizada de la juventud actual; o, por el contrario, se pueden subrayar los indicios de que los jóvenes viven la política y lo político de una forma diferente a la de los adultos, prestando atención a nuevos temas y utilizando nuevos instrumentos y canales para expresar sus intereses y preocupaciones.

Sea cual sea la posición discursiva a la que nos apuntemos siempre aparece en el fondo el debate entre aquellos que creen que los jóvenes con sus estilos de vida y sus actitudes ante el mundo que les rodea estarían convirtiéndose en una generación despreocupada, desenganchada de lo colectivo y los que, por el contrario, creen que los jóvenes poseen un tipo de politización diferente, alternativa a la de generaciones anteriores. Un debate que amenaza con convertirse en uno de esos enfrentamientos estériles a los que estamos acostumbrados en las ciencias sociales. Muchos son los aspectos que se discuten: cuestiones metodológicas sobre la forma de recoger los datos de la polémica, planteamientos opuestos sobre el funcionamiento de nuestro sistema democrático o valoraciones dispares de las actitudes y comportamientos de los jóvenes. Sin embargo, es muy difícil decantarse por completo por alguna de las posiciones, porque cada una de ellas refleja una parte de la compleja realidad juvenil. En todas las dimensiones que podamos analizar, encontramos evidencias en uno y otro sentido, reflejo, en buena medida, de esas tendencias hacia la integración y la autonomía a las que antes me refería y que aparecen entrelazadas en la vida política de los jóvenes.

Esta estrategia analítica de contraponer unas visiones a otras o la también muy habitual de construir tipologías de jóvenes según la forma predominante en que se enfrenten a los temas políticos no conduce a ningún sitio, porque en el primer caso se olvida la complejidad de las evidencias empíricas (como hemos comprobado en el caso español) que impide un diagnóstico claro en un sentido u otro y en el segundo caso se extreman de tal manera las diferencias entre unos tipos de jóvenes y otros, olvidando las tendencias culturales homogeneizadoras que atraviesan la condición juvenil en las sociedades contemporáneas.



Desde mi punto de vista, resulta más fructífero pensar en estas posiciones como distintas culturas políticas en las que las nuevas generaciones de las democracias europeas están insertas (la de la apatía y el cinismo político, la del escepticismo democrático y la de la redefinición de la política). Unas culturas políticas que, a pesar de que remiten a estructuras significativas en ocasiones contrapuestas, coexisten en los contextos de experiencia y actividad de los ciudadanos. Y son los propios ciudadanos, en este caso los jóvenes, los que combinan sus significaciones y los usan para comprender los acontecimientos y actuar en la esfera pública. Mientras en la sociedad moderna la incorporación de los jóvenes a la sociedad seguía unas pautas institucionales bien establecidas y como consecuencia sus identidades reproducían los cleavages de la sociedad política adulta, en esta segunda modernidad, donde las transiciones han perdido las certezas anteriores, la situación es bien distinta. Las identidades políticas de los jóvenes se caracterizan por su carácter híbrido e inestable en el que mezclan referencias a diferentes mundos políticos, incluso entre aquellos que poseen identidades más definidas. De esta manera, es habitual encontrarse entre los jóvenes activistas un discurso de negación del carácter político de su actividad, entre los jóvenes militantes en partidos políticos una crítica intensa a la actividad institucional de los adultos o una reivindicación de la competencia cívica juvenil entre jóvenes apáticos y desinteresados por las cuestiones colectivas.

Para entender bien esta idea de unos universos políticos en los que se entremezclan los significados, los símbolos, los discursos de diferentes culturas políticas hay que abandonar la concepción mentalista de creencias privadas y valores internalizados que explican las opiniones y comportamientos de los individuos. Por el contrario, hay que tener en cuenta, como sostienen que la cultura estructura la forma en que los actores crean sus estrategias, perciben su campo de acción y definen sus identidades y solidaridades. En vez de seguir hablando exclusivamente de valores, actitudes y opiniones hay que referirse a representaciones compartidas sobre la sociedad política, códigos culturales que organizan los discursos públicos, vocabularios políticos, narrativas, así como a las prácticas cotidianas de los actores en el mundo de lo colectivo.

Pero la acción de las culturas políticas no se produce en un vacío social, sino que se inscribe en lugares y momentos concretos, en escenarios sociales y políticos que les dan forma y las singularizan. De ahí que cuando hablemos de las culturas políticas de los jóvenes no se pueda dejar de pensar en la influencia que las condiciones vitales de los jóvenes, su búsqueda de integración y autonomía tiene sobre la forma en que definen, se oponen y redefinen lo que conciben como político.

En suma, los jóvenes desarrollan sus experiencias, forman sus opiniones y realizan diferentes tipos de acciones alrededor de estos diversos conjuntos de significados políticos, apropiándose de ellos en función de sus circunstancias vitales. No hay que olvidar que los jóvenes suelen vivir en varios mundos a la vez, con lógicas diferentes, y que combinan estas lógicas de manera singular para formar sus universos políticos, a partir de los cuales explican, argumentan y justifican su relación con lo político. En vez de seguir discutiendo sobre si la juventud actual está desenganchada, si es escéptica o, por el contrario, es alternativa habría que empezar a pensar en que la mayoría de los jóvenes son las tres cosas a la vez.

LA POLÍTICAS GUBERNAMENTALES PARA LA JUVENTUD 06

LA POLÍTICAS GUBERNAMENTALES PARA LA JUVENTUD

Héctor Castillo Berthier⁶

Entre la utopía y la cooptación política

La historia de la acción gubernamental orientada a atender los problemas y/o demandas de los jóvenes tiene una genealogía comprobable de sesenta años, ya que en 1938 surgió la Primer Confederación de Jóvenes Mexicanos, aunque en los documentos oficiales, la primera Oficina de Acción Juvenil dependiente de la SEP (Secretaría de Educación Pública) data de 1942.

Dicha tradición debería permitir la reconstrucción y valoración de un amplio número de propuestas, planes, estrategias, proyectos, ideas, aspiraciones, programas e intentos de las más diversas índoles para propiciar una relación estructurada y organizada entre la juventud mexicana y los respectivos gobiernos posrevolucionarios. Pero ello no es posible ya que, aunque existen diversas referencias sobre las acciones realizadas a lo largo de este período, no hay, en términos generales, ninguna sistematización de las mismas que permita conocer sus niveles de impacto y sus alcances sociales entre la población juvenil. En otras palabras, ésta es una historia que aún está por escribirse.

⁶ Castillo Berthier, Héctor. Juventud, cultura y política social. México: INMEJUVEN, 2008. Págs. 67-83

Pese a ello, intentar una revisión general de los distintos períodos históricos por los cuales ha transitado la relación Instituciones gubernamentales- juventud puede resultar sumamente útil para comprender el estado que guardan actualmente las políticas sociales sobre el tema.

Primer período (1930-1946)

Esta etapa está caracterizada por el sentido que le dan los jóvenes a congregarse para transformar su presencia en un elemento político con un peso real.

Pérez Islas cita un trabajo inédito de recopilación histórica sobre el tema realizado por Brito y Herrera en 1989: [...] recordemos que a partir del triunfo de los ejércitos constitucionalistas, los congresos estudiantiles [fueron] el espacio donde ellos adquirieron su conciencia de grupo; y desde entonces se formaron las federaciones de estudiantes y más tarde las organizaciones juveniles que reprodujeron los conflictos y enfrentamientos que se habían generado entre las corrientes socialistas y católicas que se acentuaron con el gobierno de Lázaro Cárdenas.



En la primera etapa de consolidación del Estado mexicano (anterior al general Lázaro Cárdenas) los gobernantes de ésta época se caracterizaban por: a) La gran mayoría tuvo una participación directa en la Revolución y algunos desde el período maderista; b) la mayor parte de ellos se hicieron militares al calor del movimiento revolucionario de 1910; c) contribuyeron a la pacificación del país y a su reconstrucción en los años posteriores a 1917; d) permitieron vincular sistemáticamente el poder político regional con el nacional; e) fueron fundadores incesantes de empresas industriales, comerciales, bancarias, de servicios agrícolas, etc., logrando reunir cualidades de políticos, militares y empresarios que fueron decisivas en el proyecto de industrialización del país, y f) debido a estas actividades prioritarias, su concepción de los jóvenes como grupo social activo y participativo en la sociedad, quedó permanentemente relegada a un segundo o tercer plano y sus acciones se concretaron a la entrega de diplomas a los alumnos sobresalientes o a la inauguración de las competencias deportivas juveniles.

Con todo esto, la consolidación del Estado mexicano empezaba a tomar forma y el “carro de la Revolución” caminaba sobre sus tres vías principales: la estabilidad, la legitimidad y el desarrollo económico.

Cuando en 1937 Cárdenas planteó la necesidad de reorganizar el PNR (Partido Nacional Revolucionario), dado el radicalismo que existía en esos años, se llegó a proponer que el nuevo organismo se llamara “Partido Socialista Mexicano” con el lema “por una sociedad sin clases” (el cual se lo adjudicó posteriormente para sí la Confederación de Trabajadores de México CTM); sin embargo, pensando en los problemas que enfrentaría una organización con este nombre, dentro de un régimen capitalista, se optó por matizar tan delicado asunto y el 30 de marzo de 1938 se reorganizó con el nombre de PRM (Partido de la Revolución Mexicana) con el lema “por una democracia de los trabajadores” pero conservando uno de sus postulados principales: “la unión de todos los sectores populares contra las maniobras agresivas del capitalismo”.

La efervescencia política durante el período cardenista fue palpable, sin embargo el PRM se transformó en un partido hegemónico con base en la construcción y el control de cuatro sectores sociales principales: el sector obrero representado por la CTM; el sector popular, representado originalmente por la FTSE (Federación de Trabajadores al Servicio del Estado) y que hasta 1943 se transformó en la CNOP (Confederación Nacional de Organizaciones Populares), en la que ya no sólo participaron los empleados del gobierno; el sector campesino, representado por la CNC (Confederación Nacional Campesina), y el sector militar: que sólo se consideró como tal de manera temporal, ya que a partir del 10 de diciembre de 1940 se acordó que los militares sólo podrían afiliarse al partido en forma individual.

Dentro de estos cuatro sectores, los jóvenes representaban una mayoría. Por otra parte ante el impulso de las ideas y la educación socialista surgieron en 1938 la Confederación de Jóvenes Mexicanos, y un año después la Central Única de la Juventud, desde las cuales se empezó a perfilar la necesidad de crear una oficina especializada para atender a la juventud.

Fue así como en 1942 se creó la Oficina de Acción Juvenil, bajo la tutela de la sep que tuvo como objetivo central [...] crear un Consejo Nacional Directivo de la Juventud, integrado por los representantes de las diversas centrales juveniles del país[...].

De esta forma se perfila, desde su inicio, el tipo de relación que el gobierno aspira a tener con la juventud, basada ésta en una correspondencia y afinidad políticas, en la cual sobresalen los grupos de jóvenes organizados: los universitarios, los deportistas, los obreros, los empleados, etc., con sus distintas formas de organización colectiva.

Segundo período (1946-1977)

La maquinaria del partido del gobierno trabajaba amplia y eficazmente para conseguir sus fines, pero la orientación socialista que había tenido desde sus orígenes no era del todo aceptada ni dentro ni fuera del país. Por ello, durante el segundo día de la Asamblea del Comité Ejecutivo Nacional del PRM en 1946 se acordó un nuevo cambio de nombre para aminorar las tendencias radicales, de lo cual surge el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el 18 de enero de 1946 con el lema “democracia y justicia social”, bastante ambiguo como para despertar suspicacias, pero ya sin el tinte “rojo” que había tenido su inmediato antecesor. Respecto al impulso que se le dio a la educación socialista, ésta tuvo diversos reflejos a través de la capacitación obrera, campesina e incluso a través de los libros de texto escolares.

Con la llegada de Miguel Alemán a la presidencia de la república a fines de 1946 se consolidó el impulso del período identificado como del “Desarrollo estabilizador”, y en 1950 se fundó el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana (INJM) cuyas principales orientaciones fueron: Preparar, dirigir y orientar a la juventud mexicana en todos los problemas básicos nacionales para alcanzar el ideal democrático, su prosperidad material y espiritual, llevando a cabo el estudio de esos problemas, formulando las soluciones adecuadas y proponiendo a los organismos oficiales o sociales correspondientes, las iniciativas que convengan o realizándolas, en su caso, cuando no sean de competencia o naturaleza de aquellos[...] El Director General y el personal técnico y administrativo del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana será designado y removido por la Secretaría de Educación Pública[...]

El INJM dio inicio a sus actividades con cuatro ámbitos de acción, que, en su perspectiva, prepararían la inserción futura de los jóvenes en la vida adulta: Capacitación física: deporte, atletismo, etcétera. Capacitación para el trabajo: orientación vocacional, capacitación obrera. Capacitación cultural: alfabetización rural, enseñanza agrícola, curso de artes plásticas y manuales, concursos de oratoria, etcétera. Capacitación ciudadana: fomentar valores nacionalistas, la patria, el himno, civismo básico, etcétera.

Durante el tiempo que existió el INJM se consideraba que la juventud era aquella etapa de la vida que transcurre entre los 15 y los 25 años. A pesar de que en un principio y debido a las limitaciones presupuestales su influencia estuvo más enfocada hacia la ciudad de México y algunas zonas rurales prioritarias, a partir de 1958 se amplió la presencia del Instituto en diversas regiones del país a través de la creación de las “Casas de la juventud”.

El trabajo de estos centros mantuvo las cuatro líneas de acción señaladas anteriormente, pero ahora con una nueva variable que incluía actividades intramuros (aquellas dedicadas específicamente a la capacitación juvenil) y actividades extramuros (que fomentaban el servicio social y la acción directa de grupos juveniles en distintas zonas).

La primera Casa de la juventud se construyó en Guadalajara, Jalisco y se inauguró el 6 de diciembre de 1960; le siguieron proyectos similares en Aguascalientes, Tabasco, San Luis Potosí, Querétaro y Zacatecas. A las instalaciones se les dotó de aulas, auditorio, biblioteca, servicio médico, salón de exposiciones, sala de gimnasia, piscina, salón de juegos, campos deportivos y zonas de prácticas agropecuarias.

Hasta aquí, la idea del gobierno parecía clara: afiliar jóvenes al INJM, promover ciertas áreas de capacitación, realizar concursos culturales y cursos de civismo y conseguir con todo ello nuevos cuadros que pudieran irse incorporando paulatina y sistemáticamente a las filas del partido oficial (PRI).

Pero una visión más amplia de la situación por la que atravesaba la juventud en ese momento nos da una lectura paralela de estos “avances” en la política social para jóvenes: la exclusión y la marginalidad de miles de poblaciones rurales e indígenas era palpable; las altas tasas de migración a la ciudad de México no contemplaban la llegada de estos nuevos jóvenes urbanos; no todos los jóvenes estudiantes participaban de la idílica propuesta del gobierno, y fue así como al surgir el movimiento estudiantil de 1968 pareció tomar por sorpresa a las instituciones oficiales juveniles para las cuales, según sus reportes de trabajo, ni el movimiento, ni la masacre de Tlatelolco, ni la represión militar y policiaca, ni los miles de jóvenes muertos en este período parecen existir.

En el lapso que va de 1970 a 1977, el INJM cambió de siglas por las de Injuve (Instituto Nacional de la Juventud) pretendiendo con ello modificar la imagen del instituto y tratando de abrir una oferta nueva que incorpora a los jóvenes que se mantenían ajenos y renuentes a participar institucionalmente. Numerosos programas, diagnósticos sociales, seminarios, simposios, congresos, foros y mesas redondas se llevaron a cabo en este período para analizar la temática juvenil contemporánea y sus problemas.

En este período el Injuve contaba con 15 Casas de la juventud, cuatro subdelegaciones estatales, tres subdelegaciones en el Distrito Federal y tres albergues; además abrió una serie de espacios llamados “Centros de la juventud” donde desarrollaban también actividades culturales, deportivas y políticas.

Una palabra clave podría definir este período de 27 años de la acción gubernamental para la atención a los jóvenes: politización, para fortalecer los cuadros políticos del partido y, en consecuencia, del gobierno.

Es muy poco lo que se conoce sobre el impacto real del INJM-Injuve en la sociedad. Para algunos, esta instancia se dedicó a la formación física y atlética de miles de jóvenes que posteriormente se reclutaban como guardaespaldas, “guaruras”, o bien, que eran incorporados a la policía judicial y federal. Para otros, el proyecto sirvió para constituir fundamentalmente el Frente Juvenil Revolucionario del PRI, ambas propuestas alejadas de la gran mayoría juvenil que prácticamente no conocía estas formas de política social.

Se estableció así una separación entre jóvenes e instituciones, hecho que, aunado al debilitamiento del modelo económico y al inicio de la crisis (debacle) generalizada, hizo que las nuevas generaciones caminaran cada una por su cuenta, así la década de los setenta se caracterizó por la construcción cultural de los jóvenes en cuanto a las (nuevas) conductas, el rock, la marihuana y la cultura alternativa, mientras que el Injuve organizaba vueltas ciclistas, (concursos de oratoria), promovía el servicio militar y mucho deporte.

En nuestra opinión, esta separación tajante marcó profundamente entre los jóvenes su modo de percibir la institucionalidad pública, lo “oficial”, como algo siempre ajeno a la vida cotidiana de los individuos, sin trascendencia, de baja calidad, manipulador y que no ofrecía espacios para una participación plural y abierta. Sin embargo, por otra parte, sí sirvió eficientemente para desarrollar los procesos de cooptación de individuos y la formación de grupos (de todo tipo) que se mantenían permanentemente a las órdenes absolutas del autoritarismo gubernamental.

Tercer Período (1977-1988)

Los cuatro ámbitos de capacitación en los que se había sustentado la orientación asistencialista del Estado hacia la juventud se habían mantenido incólumes, igual que se había mantenido intacta también la desconfianza de un amplio sector juvenil en las propuestas provenientes de gobierno.

Fue así como se pensó en la urgencia de replantear el concepto de la institución juvenil oficial que, ahora sí enfrentara de lleno las diversas problemáticas de la juventud en todos los niveles.

El 29 de noviembre de 1977 se expidió el decreto que daba nacimiento al Consejo Nacional de Recursos para la atención de la Juventud (Crea), cuyos objetivos centrales fueron: Fomentar el desarrollo integral de los jóvenes a fin de prepararlos para que asuman plenamente sus responsabilidades [sic] y se incorporen a los procesos sociales como factor de cambio en la justicia y en la libertad [...]

Programar las acciones del Gobierno Federal orientadas a la promoción de los jóvenes con respeto a su personalidad y conforme a los grandes objetivos democráticos [sic] de la sociedad mexicana; y establecer, alentar y coordinar planes que favorezcan el desenvolvimiento y la expresión de los jóvenes[...]

El Crea, como organismo del gobierno federal, tuvo un impacto mayor que el de su antecesor (Injuve) y durante sus poco más de 10 años de existencia abrió cuatro áreas principales para el trabajo con los jóvenes, a saber: Estudios y publicaciones periódicas sobre la problemática juvenil. Creación de una infraestructura básica para apoyar el turismo juvenil-estudiantil. Organización de eventos culturales de muy diversa índole que permitieran la participación e incorporación de “nuevos creadores” juveniles. Apoyo para la “organización” (social y política) de diversos grupos juveniles con la finalidad posterior de incorporarlos paulatinamente a los programas del Partido Revolucionario Institucional.

En los tres primeros rubros hubo avances, como la publicación de varias revistas enfocadas a tratar diversos temas juveniles. Asimismo, hubo financiamiento directo para proyectos originales de investigación sobre jóvenes. En otro renglón, los “Albergues del Crea” tuvieron una aceptación casi inmediata por numerosos grupos de jóvenes (principalmente estudiantes) que aprovecharon las bajas tarifas, los descuentos y la privilegiada ubicación de los centros recreativos vacacionales que fomentaron el turismo juvenil nacional.

Por su parte, los eventos culturales favorecieron el surgimiento y consolidación de numerosos grupos musicales, de escritores, periodistas, poetas que encontraban en la promoción cultural del Crea un “espacio libre” lo cual también se reflejó en un aumento del número de publicaciones y discos independientes, concursos, recitales y conciertos que daban a los jóvenes la imagen de tener un gobierno abierto y atento a escuchar a quienes serían sus futuros ciudadanos.

Pese a estos valiosos puntos a favor del proyecto juvenil gubernamental una de las funciones más controvertidas del Consejo fue la permanente integración política que pretendía hacerse con los diversos grupos juveniles. Para muchos de los asistentes al Crea esto pasaba “medio desapercibido”, pero ello no fue así para los más activos, quienes empezaron a llamar al organismo el: No-Crea. Para otros este proyecto gubernamental tuvo numerosos aciertos entre los que se encuentran: 1) constituirse como un consejo descentralizado cuya Junta de Gobierno estaba integrada por 11 secretarios de Estado corresponsables de sus programas; 2) estructurar una imagen novedosa y acorde con los avances publicitarios y visuales del momento; 3) integrar una sistematicidad en sus programas adecuada a las expectativas juveniles; 4) desarrollar el conocimiento de los jóvenes; 5) prefigurar la relación y la conciencia plural entre todas las corrientes políticas (que no eran fuertes a decir verdad en ese entonces), y 6) responder a las nuevas manifestaciones que surgieron a finales de la década de los ochenta.

Pero aun sus mismos apologistas señalan que el Crea volvió a incurrir en varios de los errores de las instituciones que le habían antecedido como su incapacidad para separar las actividades deportivas de las prioridades de promoción cultural y de integración social, el acentuar el carácter partidista de muchas de sus acciones y el no poder superar el carácter asistencialista de la institución en su conjunto.

Era frecuente escuchar en las críticas cotidianas que el Crea pretendía ser “la liga menor del partido” (PRI) y algunos de sus directivos se encargaron de llevarlo a un extremo que sólo provocó su desprestigio (como organismo independiente) quedando identificado públicamente, entre los jóvenes, como brazo del gobierno para el apoyo directo del partido oficial.

Un ejemplo particular de esto se dio en la relación establecida con los llamados “chavos banda” (ejemplo típico pero erróneo de la juventud popular) y su posterior integración política al PRI en los Consejos Populares Juveniles (CPJ), lo cual se comenta con mayor profundidad en otros capítulos de este trabajo.

Quizá el principal revés que tuvo el Crea fue su imposibilidad para poder convencer a los jóvenes de la necesidad de una efectiva política social para este grupo mayoritario en el ámbito nacional y su incapacidad para crear los canales de legitimación social, económica y política para sostenerla a largo plazo.

Cuarto período: (1988-1997)

Casi dos semanas después de haber llegado a la presidencia Carlos Salinas de Gortari, mediante un decreto oficial desapareció el Crea y lo sustituyó con la Comisión Nacional del Deporte (CONADE). En uno de sus múltiples discursos de campaña, Salinas de Gortari habló sobre la juventud ante un auditorio formado por los “chavos banda” llevados por los Consejos Juveniles Populares y afirmó: [...] la modernidad del país plantea el reto de encontrar mecanismos de concertación entre el gobierno y la juventud, que transformen la rebeldía, la insatisfacción y la crítica de los jóvenes en factores de innovación productiva⁷⁵ y de cambio social [...] [...] medio para canalizar la energía juvenil, alentar su participación y su movilización nacional. La promoción masiva del deporte se integrará al programa de gobierno que yo me propongo encabezar, y se volverá fin y medio en la tarea del Estado.

Con estas palabras, Salinas de Gortari anunció la creación de la Comisión Nacional del Deporte, la que se concretó en 1988 una vez que asumió la presidencia.

En su organigrama quedaron integradas, la Dirección General del Deporte y la Dirección General de Atención a la Juventud. La primera tuvo a su cargo la promoción del deporte a nivel profesional, estudiantil y popular, a través de incentivos en subsidios a deportistas seleccionados, apoyo a centros educativos para la formación de estudiantes, capacitación y dotación de infraestructura a los diferentes estados.

La Dirección de Atención a la Juventud fue responsable de los programas de Bienestar económico, o de la obtención de descuentos en servicios como hoteles en centros vacacionales, restaurantes, y compras de artículos varios de uso estudiantil; la Promoción social, encargada de la organización de conferencias sobre drogadicción, derechos humanos o ecología; y la de Organización y participación juvenil, que ofreció “apoyo” a todos los grupos juveniles tales como los Consejos Populares Juveniles, extendidos en varios puntos del Distrito Federal y de la república.

Así quedaron establecidas en 1989 las alternativas de solución a los problemas de la juventud en México: el deporte como “generador de cambio”, dio nombre a un gran aparato burocrático alrededor del cual el Estado mexicano concentró los esfuerzos en torno a las políticas para el sector juvenil. La organización y la participación juvenil, cuyos significados primordiales atravesaron los cedazos semánticos de la política y se situaron en los sótanos del edificio construido en los planos utópicos de los Consejos Juveniles. Pero el gobierno de México cada seis años se transforma y los programas sociales para los jóvenes no son la excepción.

El Lic. Ernesto Zedillo, candidato del PRI a la presidencia se reunió con otros “chavos banda”, en 1994, durante una de sus giras de trabajo. El periódico “La Jornada” del 20 de mayo de ese año reseñaba así este encuentro: En algún lugar de la selva de concreto ante un sorprendido Ernesto Zedillo, una asustada María de los Angeles Moreno (candidata a Senadora en el D.F.) y un boquiabierto Fernando Solana (candidato a Senador), un grupo de chavos banda dialogaron con el candidato presidencial priista. Acudieron “a hablarle al chile”, “de cabrón a cabrón”, a decirle: “tu partido nos ha partido la madre”.

El encuentro se programó cuidadosamente. Se buscaba haberlo aparecer como un acto inusitado, espectacular. Originalmente se convocó a chavos banda “domesticados”, todos pertenecientes al PRI. Sin embargo, ya en la madrugada, algunos chavos banda “muy gruesos” presionaron y lograron colarse “para decir su verdad”.

Y esos “muy gruesos” hablaron grueso, dieron la nota, ante unos nerviosos guardias del Estado Mayor Presidencial que tuvieron que tragarse el lenguaje coloquial de la banda, no como un insulto, sino como una forma de expresión.

“Voy a ser concreto (dijo el chavo orador). Para empezar, te vamos a hablar al chile. No somos gente de partido porque tu partido sólo nos ha partido la madre cuando hemos pedido su apoyo, eso por un lado”.

“Por otra parte estamos hasta la madre de que el pinche dedo siga señalando a puro cabrón de corbata, riquillo, rififí, que no sirve más que para irse a estudiar al extranjero y regresar con unas técnicas que muchas veces no son aplicables en la realidad que vivimos”.

[...]el partido en el gobierno “sólo nos padrotea cuando quiere votos. Cuando nos apoya con un recurso es para padrotearnos y luego cuando nos padrotea, ni siquiera salimos en la prensa”, soltó[...]

Éste es un ejemplo claro de la enorme distancia que hay entre los distintos códigos culturales de nuestra sociedad y ejemplifica las formas y la separación social que existe entre un candidato a la presidencia y los jóvenes de los sectores populares, ambos pretendiendo integrarse (cada quien a su modo) dentro de un esquema de política social.

El lenguaje y las diferencias entre los grupos es abismal. Los proyectos sociales para la juventud, después de escuchar atentamente estas demandas, nuevamente fueron redefinidos, reprogramados y reincorporados por los políticos del nuevo sexenio para que “ahora sí y para siempre” se modernice la relación. El legado de modernidad del gobierno anterior, volvió a aparecer.



Sin embargo, en los últimos años, 1994-1997, la política gubernamental para jóvenes ha tenido un rumbo incierto. La Dirección General de Atención a la Juventud, cambió su logotipo y su nombre por el de “Causa Joven” tratando, como sus antecesores, de con esto desprenderse de los diversos estigmas de ser una institución oficial, sin embargo, esto no ha sido posible, al menos todavía. Su labor ha sido lenta y de alcances muy limitados, entre otras cosas por su falta de independencia y por el complejo y anacrónico aparato burocrático que rige la CONADE. Causa Joven ha tratado de revivir algunos de los objetivos básicos del Crea, los encuentros y seminarios, los estudios, la apertura política, no obstante, su gran protector, la SEP (Secretaría de Educación Pública) no parece todavía muy interesada en permitirle ampliar su margen de acción

La política para jóvenes: 1994-2000

Una de las propuestas formuladas desde las oficinas gubernamentales para la atención a la juventud, se encuentra en el Plan Nacional del Desarrollo 1995-2000 (PND) y fue avalada por la Comisión Nacional del Deporte y la Dirección General de Atención a la Juventud (Causa Joven) que a partir de principios de 1999 se convirtió en el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ).

La juventud mexicana es identificada como “uno de los grupos vulnerables de la sociedad”, y se agrega que de manera especial “ [...]se atenderá a los jóvenes con desventajas económicas y sociales, que requieren de apoyos especiales para su integración al desarrollo” (Ibid.).

Para lograr este adjetivo general se propone como estrategia central el impulsar “[...]una autosuficiencia basada en la superación personal y en la adquisición de capacidades para ejercer los derechos que están asentados en la Constitución Política Mexicana[...]” (Ibid.).

Este plan considera que la población nacional se incrementa anualmente en alrededor de 1.7 millones de mexicanos, y que para 1995 la población juvenil entre los 15 y los 29 años representaba el 30.6% del total de habitantes, lo que equivale a poco más de 27 millones de personas. Si a esto se agrega que el país cuenta con cerca de 35 millones de niños actualmente, bien se puede decir que durante las próximas dos décadas alcanzaremos los niveles máximos históricos de población joven en el país.

Ante esta situación la acción institucional propone que las demandas juveniles estén dentro de la agenda nacional con un lugar preponderante “[...]tanto por su número, como por su capacidad de presión. Estos jóvenes, integran una juventud que ya no piensa en pedir, sino en hacer; que ya no espera sino actúa; sus demandas no se restringen a un solo sentido, se han complejizado, demandando soluciones globales: requieren educación, pero ligada al empleo; requieren de un empleo, pero no a costa de su salud ni de la destrucción del medio ambiente; solicitan servicios, pero también respeto a sus manifestaciones culturales” (Ibid.).

Para alcanzar estos objetivos, planteados todavía en un nivel muy general, se planea recuperar diversas partes de las experiencias en las diferentes instancias gubernamentales que se han encargado históricamente de la atención a la juventud, para crear una “nueva estructura institucional” representada por un organismo público descentralizado en materia de juventud que permita establecer: [...]nuevas estrategias y nuevas fórmulas de coordinación que hagan posible la puesta en marcha de una política integral de juventud, sustentada en la incorporación del propio joven como elemento estratégico para el desarrollo del país, que cobre su mayor expresión y relieve en el ámbito local (descentralización), con la corresponsabilidad y participación de la sociedad, y que sea capaz de autoevaluarse mediante un proceso de comunicación permanente entre los involucrados (*Ibid.*).

La vida institucional de la federación, los estados y los municipios implica una permanente rotación de funcionarios, la creación de diferentes organismos, prioridades y programas, planes, estrategias y objetivos, lo cual hace cada vez más complicado el diseño de una política pública congruente, efectiva, moderna que pueda adecuarse y diseñarse de acuerdo a las necesidades y demandas de la población.

Las fórmulas “nuevas” (en apariencia) envejecen rápidamente al confrontarse con la realidad administrativa nacional, y las “soluciones impostergables” se transforman en soluciones que parecen cada vez menos creíbles. Los jóvenes, en su inmensa mayoría, no creen en el sistema, ni en las instituciones públicas, ni en el gobierno y mucho menos en el PRI, lo cual quedó claro en las elecciones de 1997, en el Distrito Federal, donde otorgaron su voto masivamente al PRD. Instrumentar una política social desde la perspectiva institucional del Estado es actualmente un complejo reto que requiere de diversas estrategias para poder concretarse y ser aceptado en el ámbito juvenil.

ALGUNAS **ACTITUDES DE LOS** **JÓVENES HACIA LA** **POLÍTICA**

07

ALGUNAS ACTITUDES DE LOS JÓVENES HACIA LA POLÍTICA

Igor Vivero Ávila⁷

Oniel Francisco Díaz Jiménez

Los jóvenes exhiben un alto grado de desafección política. Es decir, muestran actitudes y opiniones de desconfianza hacia las instituciones políticas, se perciben desatendidos por sus “representantes” políticos y presentan bajos niveles de eficacia política subjetiva y activismo comunitario. Además, tienen un conocimiento político construido con la información que consultan de los medios de comunicación y los valores que comparten como efecto de la socialización política en la que se han desarrollado.

La información utilizada proviene de la Encuesta Nacional de Cultura Política de los Jóvenes 2012, realizada por El Colegio de México, que se centra en las opiniones de jóvenes en zonas urbanas. Nos apoyamos también en la Encuesta Nacional de Cultura Política y Prácticas Ciudadanas 2012 y la Encuesta Nacional de Calidad de la Ciudadanía 2013 para poder apreciar ciertos valores y actitudes de los ciudadanos mexicanos. Nos interesa resaltar que el trabajo no pretende ser un estudio comparado de las encuestas mencionadas.

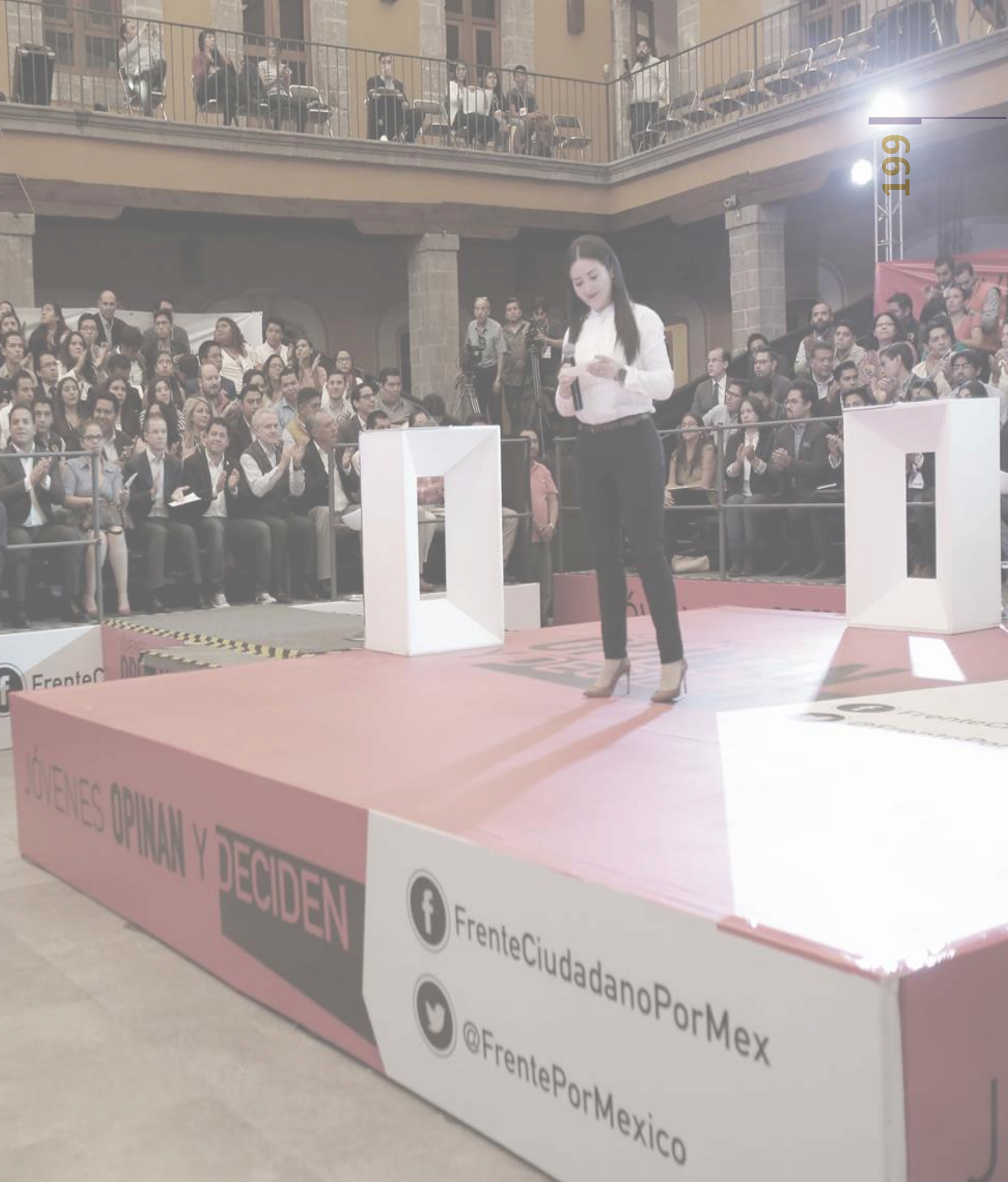
⁷ Vivero Ávila, Igor; Díaz Jiménez, Oniel Francisco. Algunas actitudes de los jóvenes hacia la política. En: La Cultura política de los jóvenes. México: El Colegio de México, 2017. Págs. 409-444

Los datos presentados permiten una primera aproximación para conocer a un grupo poblacional del que dependerá permanecer o cambiar la forma de hacer política en México.

Uno de los problemas en las democracias electorales son las asimetrías de la información; si los datos acerca de lo que los políticos hacen (y cómo lo hacen) es escasa, es probable que el voto de los ciudadanos sea arbitrario. Partir de la idea de que los antecedentes con los que cuentan los políticos profesionales son diferentes a los que tienen la mayoría de los ciudadanos implica que varios de los asuntos públicos no sean conocidos por la ciudadanía. La relación políticos-ciudadanos puede ser explicada por la teoría del agente, donde el “agente” (el gobierno) busca el apoyo del “principal” (los ciudadanos). Quizás no conocer lo que pasa en política por parte del “principal” no sea un problema para el ciudadano. El alejamiento de la política no inhibe que los ciudadanos tomen decisiones al respecto, como la acción de votar, independientemente de si se cuenta con mayor o menor información política.

La mayoría de los entrevistados, 67%, muestra poco interés en la política; si a este dato agregamos 17%, que dice no tener nada de interés, observamos que sólo una minoría, 15%, se interesa por la política.

Este dato no es nuevo; es coincidente con otros estudios, como el de la Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012, donde 89% dijo estar poco-nada interesado en política. Estas referencias abonan al desprestigio de la política y los procesos de desafección hacia ella, con lo que abren la posibilidad de llegar al cinismo hacia la política.



Que no se valore mucho la política no excluye que los ciudadanos, en este caso los jóvenes entrevistados, evalúen o perciban el interés que tiene el gobierno hacia ellos. El grado de interés e involucramiento hacia la política por parte de los ciudadanos depende, en buena medida, de las percepciones que éstos tienen acerca del grado de eficacia o ineficacia de su propia participación política. El concepto de eficacia política tiene dos dimensiones relacionadas, pero distintas: a) la eficacia interna, entendida como el grado en que el ciudadano se considera o no competente en política; y b) la eficacia externa, que se refiere a la percepción que tiene el ciudadano sobre la capacidad y la disposición de los actores y las instituciones políticas para responder a sus demandas

Parece una paradoja que dentro de las democracias representativas se tomen decisiones políticas con un gran desinterés por parte de la mayoría de los ciudadanos. Los ciudadanos adquieren su información política de algún emisor. Los medios de comunicación electrónicos, principalmente la televisión, constituyen la principal fuente de información política que mencionan los ciudadanos entrevistados por la ENCPJ 2012.

Las evaluaciones del “principal” hacia el “agente” se hacen con información asimétrica respecto a la que tienen los políticos. Los datos provienen principalmente de los medios de comunicación y, en el caso mexicano, la televisión tiene una preeminencia como generadora de información política.

Como se puede observar, existe una gran disparidad entre el principal medio por el cual se informan los ciudadanos entrevistados: la televisión, con 72%, y los otros medios, como el internet, con 9.5%; la radio, 7.4%, y en un sitio lejano los periódicos, con 5.3 por ciento.

La radio, a diferencia de la televisión en México, es más plural en su información y se pueden encontrar mejores contenidos; sin embargo, como lo muestran los datos, no es una de las principales fuentes de información, por ello es relevante conocer qué uso le dan los jóvenes.

Entre la programación que prefiere la mayoría de los entrevistados están los programas de música y entretenimiento, con 51%. Además, 38% respondió que no escucha radio. Los noticieros son poco escuchados, como lo muestra el bajo porcentaje de jóvenes radioescuchas (7%). Los programas de análisis y discusión, de donde se pudieran obtener fuentes de información diversa, prácticamente no tienen audiencia, sólo 0.4% de los jóvenes entrevistados dijo escucharlos.

La televisión es el medio que más influye en los entrevistados para informarse sobre política. Sin embargo, no es el “agente socializador” que más confianza generó sobre las noticias que se recibieron en la campaña electoral de 2012.

Como se puede apreciar en los datos anteriores, hay un porcentaje relevante: a 47% de los jóvenes no les dan confianza las noticias que emiten las televisoras en México. Por el contrario, el porcentaje de entrevistados que tiene confianza en las noticias televisivas es de casi 49. La desconfianza aumenta hacia la televisión cuando los programas que emiten la noticia son sobre opinión, también conocidos como tertulias o de análisis.

En este tipo de programas la desconfianza es mayor por parte de los jóvenes entrevistados; poco más de 50% no confía en las noticias que se presentan en los programas de opinión. Resulta relevante subrayar las respuestas presentadas sobre la televisión, si bien los datos nos indican que es el medio que mayor influencia tiene para informarse sobre política en temas específicos como la campaña electoral de 2012, no necesariamente es el agente socializador con mayor confianza respecto a las noticias que presentan. Sí lo es respecto a los otros medios de comunicación, como la radio, el internet o las redes sociales, medios que tienen una influencia menor en los entrevistados y que presentan mayores niveles de desconfianza.

El conocimiento político puede entenderse como la información que tiene la gente acerca de la política y el gobierno; igualmente puede incluir información diversa relacionada con la manera cómo funcionan el sistema y las instituciones políticas, las fechas de elección de los cargos de elección popular (senadores, representantes, gobernadores y otros funcionarios públicos) durante las campañas, la posición de los líderes y representantes políticos en determinados asuntos públicos, los puestos que se van a incluir en una elección, etc. La ENCUP 2012 mide los niveles de conocimiento político a través de una serie de preguntas sobre las instituciones políticas en el contexto mexicano. Las preguntas se utilizaron para construir un índice de conocimiento político que va de cero a cuatro respuestas correctas. En promedio, los encuestados respondieron un total de dos respuestas correctamente. Las diferencias entre el promedio de respuestas correctas entre los jóvenes y la población adulta son mínimas y estadísticamente no significativas.

La Encuesta Nacional de Cultura Política de los Jóvenes 2012 ofrece una medición del conocimiento político relativo a los niveles de información de los encuestados sobre los cargos públicos a elegir durante la campaña, utilizando la pregunta: “En las elecciones del 1 de julio del presente año, ¿qué puestos se van a elegir? ¿Algún otro?” (se registraron hasta tres respuestas anotando el orden de mención). Con el objetivo de evaluar los niveles de conocimiento político, se procedió a calcular un índice aditivo de tres ítems con base en tales preguntas. En promedio, los encuestados fueron capaces de mencionar 2.4 puestos de elección popular. Llama la atención que 57% de los jóvenes encuestados fue capaz de mencionar tres cargos de elección popular en la elección presidencial de 2012; sin embargo, 21% mencionó dos cargos, 15% sólo mencionó un cargo, y 6% no fue capaz de mencionar algún puesto de elección popular. Lo anterior sugiere niveles que van de medios a medios-bajos de conocimiento político-electoral entre los jóvenes.

En general, el nivel de confianza interpersonal e institucional en México es bajo. Particularmente preocupante es la falta de confianza de los ciudadanos en las instituciones representativas de la democracia, como los diputados y los partidos políticos, así como en los gobiernos locales (estatal y municipal) y, en menor medida, en el federal. La confianza en instituciones políticas y en los políticos no goza de buenos niveles de aprobación. Llama la atención que instituciones con un marcado carácter vertical y poca transparencia, como la Iglesia y el ejército, tengan buena aceptación en los ciudadanos. Los datos del Informe país muestran que 62% confía en el ejército y 55% en la Iglesia. Por el contrario, las instituciones políticas, que por su función de representación y pluralidad son indispensables en una democracia, como los partidos políticos y el poder legislativo, se encuentran en los niveles más bajos de desconfianza, de menos de 20%, inclusive por debajo de instituciones tan desprestigiadas como la policía. La valoración de los gobiernos en sus tres niveles tampoco es favorable, arriba de 30% están los niveles de confianza que expresan los ciudadanos. Los resultados son muy similares a los de la ENCUP 2012, estudio en el cual la familia, los médicos, la Iglesia, los maestros, el ejército, la televisión y los militares resultaron ser las instituciones mejor evaluadas por los ciudadanos, mientras que los sindicatos, los diputados, los senadores, los partidos políticos y la policía fueron quienes recibieron las peores evaluaciones por parte de los entrevistados.

La familia es la institución en la que más confían los ciudadanos entrevistados en diversos estudios de opinión. La familia es un actor fundamental en la vida social y de pertenencia del mexicano. Según datos de otros trabajos, implica una manera de relacionar y organizarse con su entorno a través de relaciones informales. Esta percepción de confianza hacia la familia también se ve reflejada cuando las noticias sobre política provienen de ella. En los datos de la encuesta del Colmex apreciamos que, de todos los medios anteriores, es la familia la que goza de mayor confianza.

Los jóvenes de zonas urbanas son un grupo poblacional donde la desafección política está presente; sus porcentajes de participación son los más bajos. A la gran mayoría de los entrevistados no les interesa la política. Su información sobre ésta proviene principalmente de la televisión, muestra de la escasa pluralidad y baja calidad de información política que pueden adquirir. Al contrario de lo que pensamos al inicio del trabajo, las redes sociales y el internet son herramientas poco utilizadas por los jóvenes dentro de sus interacciones políticas. La desconfianza que muestran hacia las instituciones políticas no es compensada por la credibilidad que tienen hacia la familia, donde se habla poco de política. Estas actitudes son coincidentes, en gran medida, con otros estudios de opinión pública, como la ENCUP 2012 o la ENCC 2013.



La información obtenida de la Encuesta Nacional de Cultura Política de los Jóvenes, 2012 permitió construir índices para apreciar, de una manera más precisa, ciertas actitudes de los jóvenes entrevistados con respecto a sus niveles de eficacia y discusión política. Los jóvenes muestran bajos niveles de eficacia política, se perciben sin instrumentos para influir en los políticos. Sin embargo, existen experiencias coyunturales de movimientos de jóvenes que lograron cierta presión en los políticos, como fue el caso del movimiento #YoSoy132. Pero estas manifestaciones no logran evolucionar a una organización que permita mayor influencia en los políticos, lo que ocurre es que se diluyen con el tiempo.

También existen bajos niveles de conocimiento político de los jóvenes; muchas veces los ciudadanos no saben con precisión las funciones de los cargos públicos que se presentan en una elección, a veces sólo logran identificar un número limitado de los cargos que se presentan en elecciones concurrentes; el índice de conocimiento nos muestra que los jóvenes encuestados sólo identificaron 2.4 puestos de elección popular a elegir.

Respecto al nivel de capital social de los jóvenes en el sentido de pertenencia a organizaciones sociales, 67% no pertenece a ninguna organización, lo que muestra una débil experiencia organizativa relevante entre los jóvenes.

Otro de los datos encontrados es que la desconfianza hacia las instituciones políticas es elevada; los partidos políticos y los diputados son mal valorados. Este dato no es menor; el comportamiento y resultado de estas instituciones es probable que refleje la poca satisfacción con la democracia que manifiestan los entrevistados. Si bien no es una relación de causalidad entre la baja valoración de las instituciones políticas y la satisfacción con la democracia, trabajos como el de Meixueiro y Moreno muestran que sí hay un incremento en la insatisfacción democrática de los ciudadanos mexicanos.

El índice sobre la discusión política presenta un nivel reducido de controversia entre los jóvenes. De siete agentes socializadores, sólo en uno los jóvenes entrevistados comentaron sobre política.

Tal vez como lo expresa Zambrano, la política sea la actividad más estrictamente humana, por ello el desapego y desencanto que muestran los jóvenes hacia la política es una llamada de atención no sólo para los políticos, sino para cualquier sociedad.

LA CONFIANZA Y LA PARTICIPACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA DEMOCRACIA

08

LA CONFIANZA Y LA PARTICIPACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA DEMOCRACIA

211

José Eduardo García⁸

En México se habla del desencanto con la democracia quizás porque las expectativas que se pusieron en las transiciones a la democracia de fines del siglo pasado eran demasiado altas. Como afirma Przeworski, la democracia no produce riqueza ni desarrollo ni genera igualdad en las sociedades donde existen grandes desequilibrios en la distribución del conocimiento y las capacidades productivas, sólo ofrece mayor oportunidad de ejercer la libertad de expresión y alcanzar mejores condiciones de vida para que los ciudadanos se organicen. Es un régimen político dinámico e inestable donde es posible que algunas instituciones de gobierno funcionen mejor como resultado de las exigencias de la población, ya que, en cierta medida, favorece la existencia de formas de participación y de expresión en el espacio público que permitirían a la población mantener algún control sobre las decisiones que toman los políticos, por lo que también es posible que se logren avances en el tema del respeto a los derechos humanos.

Como punto de partida, un rasgo distintivo de la democracia radica en las formas de participación de la población en las decisiones públicas y en que haya mecanismos de representación para agregar demandas y establecer formas de gobernabilidad acordes a los intereses de las mayorías.

⁸ García, José Eduardo. La confianza y la participación de la juventud en la democracia. México: INE, 2021. Págs. 18-34

Es un régimen que se rige por una serie de reglas para el ejercicio del poder y el acceso al mismo; pero no son las reglas por sí mismas las que le imprimen el dinamismo a la democracia, sino la interacción de los actores, que siempre estarán en un proceso de competencia y de transformación.

Entender la democracia en dos dimensiones permite entender que gobernabilidad y democracia no necesariamente corren en paralelo. Estas dos dimensiones fluyen en forma continua con los cambios constantes que se producen en las relaciones de los actores del poder político institucional o de facto, nacionales o internacionales. Consecuente con estas ideas se concibe a la democracia como un régimen en equilibrio inestable y en constante cambio que puede modificarse hasta un límite en el que, por un lado, puede llegar al caos si predomina la participación sin gobernabilidad y, por el otro, puede alcanzar las características del autoritarismo cuando se privilegia la gobernabilidad a cambio de cancelar los espacios de participación. Este esquema contribuye a entender el proceso vivido en México en los últimos 20 años, en este tiempo en el que se ha hablado de “transición” y de “desencanto” con la democracia; un periodo en el que se ha transitado de un régimen con escasa pluralidad y un presidencialismo bien establecido que ejercía el control sobre el territorio nacional con relativo éxito, a un régimen plural, con una participación importante de muchos actores políticos, con partidos competitivos en la arena electoral, pero con el consecuente deterioro de las condiciones de seguridad en el territorio y de la imagen de las instituciones públicas.



En este país se luchó durante décadas desde los partidos, pero también desde la sociedad civil, para alcanzar un régimen democrático con una normalidad procedimental aceptable y estable, que garantizara no sólo la celebración regular de elecciones, sino avances en la conquista de derechos políticos individuales y colectivos. Sin embargo, este proceso de democratización ha estado restringido al campo electoral; así, se pasó de un régimen fuerte y autoritario a un régimen más democrático, pero desorganizado, con múltiples ejes de poder y escasa gobernabilidad. Clasificar los países en una dimensión lineal que vaya de un polo autoritario a uno democrático resulta un ejercicio difícil y quizás ocioso, en primer lugar porque la democracia es un proceso complejo para lo cual habría que establecer una serie de núcleos (clúster) democráticos en un espacio multidimensional, donde se tomara en cuenta una combinación de factores como liderazgos, instituciones políticas, partidos, características de la ciudadanía, presencia de fuerzas armadas o crimen organizado, relaciones internacionales, etcétera. La constante transformación de las democracias por efecto de la interacción de actores políticos diversos y opuestos que la caracterizan. Por definición se trata de un régimen plural en el que hay una competencia entre grupos y mientras unos ganan, los otros candidatos o partidos se construyen como oposición. En tanto una dictadura subsiste hasta que el dictador es derrocado, en la democracia, en cada elección, con el cambio de gobernantes y representantes de los ciudadanos, se van realizando reformas en el marco legal en el que se desenvuelve, tanto del mismo sistema político, como del resto de las instituciones del Estado, produciendo resultados diferentes, que pueden entorpecer futuros desarrollos democráticos o favorecerlos.

En el caso mexicano, el cambio político y las tensiones entre gobernantes y opositores entre 2012 y 2018 se reflejan en parte en las reformas de 2014 a las leyes en el ámbito electoral.

La idea de analizar el régimen, no sólo como el conjunto de las instituciones políticas, sino en el contexto del Estado y de la construcción de ciudadanía, resulta sugerente para identificar esas otras dimensiones que tienen que ver con el Estado de derecho, con las libertades y los derechos de los ciudadanos, pero, principalmente, con la acción transformadora de los ciudadanos. La democracia puede entonces verse en dos tiempos, como el acceso al poder político y la renovación del poder con la participación ciudadana, y como el ejercicio del poder o el desempeño de los gobernantes y los legisladores; también, como la capacidad del Estado de ejercer el control (democrático) sobre el territorio, la población, y al mismo tiempo la capacidad de la ciudadanía de “agencia” o de organizarse y actuar para exigir sus derechos o, inclusive, modificar las leyes (acción colectiva contenciosa). Los procesos electorales son algunos de esos momentos clave para el desarrollo de la vida política, en la medida en que ofrecen la oportunidad a los ciudadanos de modificar el tipo de gobierno o, inclusive, el régimen político.

Las contradicciones e inconsistencias presentes en la democracia, que provienen de las tradiciones que le dieron origen, le imprimen una dinámica particular que la caracteriza como un régimen que puede evolucionar y autotransformarse, con la capacidad de ofrecer resultados que no están predeterminados. Cuando se piensa en la democracia como un sistema dinámico, y en las elecciones como uno de los recursos culturales al alcance de los ciudadanos para hacer que su voz sea escuchada, el resultado de una elección es indicador de la vigencia de ese régimen como democracia efectiva. Si se pensara en las opciones electorales como una circunferencia, ¿cuántos grados a la izquierda o a la derecha gira un régimen democrático después de un proceso electoral importante (de poder ejecutivo nacional o de congreso)? Para ello primero hay que pensar qué opciones se presentan en la elección y, segundo, cuál es el resultado: si produce un cambio de fondo o sólo un giro superficial (cambio de partido), o representa la continuidad, con el mismo partido a pesar de que cambie la persona, como ocurrió en México por más de 70 años. Después del 2000 hubo alternancia en la Presidencia de la República, pero con grandes afinidades entre el PRI y el PAN. Sin embargo, en 2018, gracias a la confluencia de diversos factores, tanto la elección presidencial como la elección de legisladores, es decir, el partido mayoritario en el Congreso y la persona que ganó la contienda electoral para la Presidencia, han significado un cambio importante.

En el siglo XX (desde 1945), todas las democracias asumieron la validez de la regla de un voto por persona, aceptando las elecciones como la vía legítima de acceso al poder político. Las elecciones permiten renovar constantemente la representatividad de los gobernantes, otorgan legitimidad a las élites del poder o permiten renovarlas por medios pacíficos.

Por ello es necesario recordar que, si bien la democracia no se agota en el voto, uno de los elementos específicos de un régimen democrático está en el hecho de que la lucha por el poder político se dirima principalmente en la arena electoral.

Muchas cosas han cambiado en el mundo desde la mitad del siglo pasado, el espacio público se ha transformado por efecto de la revolución en las tecnologías de la información y de la comunicación, adquiriendo múltiples dimensiones, a veces intangibles; las fronteras nacionales se han diluido en una globalización desigual que otorga privilegios al capital y castiga a la mano de obra, los partidos han perdido representatividad y prestigio y ha proliferado la corrupción en la política (dinero sucio en las campañas políticas). A pesar de todos los cambios que han ocurrido en las sociedades contemporáneas, las democracias que otorgan a cada ciudadano el derecho a un voto siguen concediendo una voz aun a los más desposeídos.

El papel de los ciudadanos ha sido discutido desde la mitad del siglo pasado por diversos autores que han venido sosteniendo la idea de que para que la democracia funcione se requieren “ciudadanos” responsables, informados, participativos, con una identificación ideológica definida y además satisfechos con los resultados económicos que ofrece el gobierno de su país. Esperar a que el ciudadano se “perfeccione” para ser considerado como un actor con el perfil adecuado para ser “demócrata” es una perspectiva teórica que no ofrece dar frutos para un análisis de la dinámica de las democracias en la vida real. Parece más prometedor tratar de entender qué hacen los habitantes de un país para conquistar los espacios públicos en los que su voz pueda tener resonancia e impactar su entorno inmediato. Y resulta más razonable pensar que en ese proceso de búsqueda de oportunidades la población se puede transformar en “ciudadanos” activos, responsables y con capacidad de organización. Esa población desposeída y no representada, sometida a prácticas clientelares, puede transformarse en sujetos sociales que desarrollen su capacidad de agencia e impacten el espacio público a través de sus acciones.

Se ha insistido en las distorsiones que ha sufrido la democracia, vinculadas en gran medida al desprestigio de los partidos, de las instituciones públicas, a la sobreexposición de los actores políticos en medios, entre muchas otras razones, todo lo cual ha llevado al “desencanto de los ciudadanos con la democracia”; sin embargo, la experiencia de varios países latinoamericanos, y la de México en particular, dan cuenta de elecciones competidas en las que se dirimen posiciones y proyectos de nación diferentes, en las que la población ha participado con gran intensidad, se le quiera o no reconocer la categoría de ciudadanos. Estas contiendas no transitan directamente por el eje izquierda-derecha ni se circunscriben a los esquemas de partidos políticos tradicionales. También es cierto que los liderazgos personalizados con un sello populista han jugado un papel preponderante en la convocatoria de muchos procesos electorales y México no parece ser la excepción.

Pero en México hay dos hechos que subrayar. Primero, no se puede hablar de “desencanto con la democracia” cuando en 2018 (en medio del desorden generado por la corrupción y el “dinero sucio” que fluyó en varias elecciones federales y locales durante varias décadas) la convocatoria de un candidato con un nuevo partido político logró agregar las demandas fundamentales de los mexicanos, atrapando a muy diversos sectores sociales, y movilizándolo a la población que masivamente salió a votar en las elecciones presidenciales. Ha sido a partir de esas elecciones que se han producido cambios importantes en la política nacional a través de esa participación ciudadana.

El resultado de estas elecciones pone en evidencia que no importa tanto si los “ciudadanos no son ejemplares” porque participan de redes clientelares, se interesan poco en la información sobre asuntos relacionados con la vida política nacional y no tienen definiciones ideológicas claras que permitan colocarlos en la derecha o en la izquierda; en ocasiones, cuando la población tiene una motivación fuerte para buscar un cambio y se presenta una convocatoria que merece la credibilidad de los votantes potenciales, éstos pueden participar activamente para lograr un impacto en la política.

La confianza

Desde esta perspectiva hay dos cuestiones que merecen atención por ser condiciones que contribuyen a la movilización electoral de la población, y son la existencia de un marco legal y de instituciones que garanticen los derechos políticos básicos para ejercer el derecho al voto y la confianza de los ciudadanos en que el sufragio es un recurso cultural efectivo para incidir en la vida política; pero también es necesario que haya convocatorias con credibilidad. La confianza es un rasgo de la cultura política asociado al desarrollo de la vida democrática que es necesario tener en cuenta.

Ludolfo Paramio sostiene que el acto de votar conlleva un esfuerzo, que los ciudadanos decidan destinar parte de su tiempo a realizar esta acción está vinculado a la identificación partidaria y también a la confianza que se deposite en las instituciones democráticas, de ahí la importancia de la identificación de los ciudadanos con los partidos. Pero en el mundo actual la volatilidad de las identidades políticas y el desprestigio de los partidos sugieren que en la democracia también se puede hablar de empatía o preferencia por líderes políticos destacados que movilizan a un electorado con expectativas de cambio, sin que haya identidades políticas con una definición ideológica como las que prevalecieron el siglo pasado.

Resulta prematuro hablar de la estabilidad de las reglas del juego político en el siglo XXI bajo nuevos principios, pero parece probable que estas democracias con partidos fragmentados y alianzas políticas que se redefinen en cada coyuntura electoral alrededor de liderazgos que tienen características populistas sea lo “viable”, dado que en la mayor parte de los países de América Latina y de otros continentes se observa que los partidos políticos sufren de un gran desprestigio. En este contexto, ¿qué tanto se puede hablar de “confianza” en las instituciones políticas, en los actores profesionales de la política y en los ciudadanos?

En torno a este tema hay un debate largo desde diferentes enfoques teóricos, que no se pretende agotar en estas páginas, pero cabe mencionar algunos puntos indispensables para el análisis de la cultura política de los jóvenes urbanos y su relación con las instituciones electorales y, en general, con las instituciones políticas.

La confianza interpersonal es esencial para la cooperación entre extraños, lo cual, es, a su vez, un requisito para organizaciones económicas a gran escala según Inglehart. Además, el autor observa que la pobreza puede ser un generador de desconfianza a menos que las normas de reciprocidad estén reforzadas por sistemas religiosos o éticos tomando como ejemplo sociedades protestantes y católicas. En ese sentido, menciona que las organizaciones con rasgos de horizontalidad y controladas localmente tienden a ser generadoras de confianza interpersonal, a diferencia de las organizaciones jerárquicas controladas remotamente. Sin embargo, en su estudio de 47 países, enfocado en la relación entre desarrollo económico y confianza, reconoce que la relación entre confianza y democracia no es definitiva, a pesar de que facilita la cooperación entre extraños. Este autor sugiere que los niveles de “bienestar subjetivo” que manifiesta la población son los aspectos que se relacionan en forma más directa con la confianza y la estabilidad democrática. Aquí nuevamente es necesario preguntarse si la democracia se trata de la estabilidad o del cambio.

La confianza puede ser considerada como un recurso cultural que facilita la coordinación de acciones en un periodo de tiempo y en un espacio social, lo que hace posible disfrutar de los beneficios de sociedades más amplias y diversas. Permitiendo simultáneamente que los individuos tengan una sensación de seguridad para mantener relaciones tomadas con normalidad, lo que hace posible expandir los horizontes de la acción. Por esto la democracia puede verse beneficiada por la cultura de la confianza, pues facilita la participación individual y la acción colectiva de los ciudadanos, para que éstos se apropien de los espacios públicos, no sólo de las elecciones.

La confianza que tiene la población en su acción colectiva o individual puede ser considerada como un recurso cultural para modificar el espacio público —o sea su entorno político y social—, por lo que es probable que se comprometan en acciones individuales o colectivas que tengan como objetivo “cambiar o incidir en el espacio público”. Esta idea se puede relacionar con la noción de “agencia” o capacidad de actuar.

Pero también es cierto que la democracia es un régimen fincado en la “desconfianza”, en el que la formalización de las relaciones asimétricas establece límites a las relaciones de poder (esto también acontece en las monarquías constitucionales), en contraposición con las relaciones patrimoniales en las que se desarrollan vínculos de lealtad y compromiso, frecuentemente desiguales, que pueden estar fincadas mucho más en la confianza que en el poder.

Las reglas de la democracia tendrían el propósito de “nivelar el terreno” para otorgar a todos los ciudadanos la protección de sus derechos a través de una normatividad diseñada desde arriba, por el Estado, que dispusiera el marco legal para encajar la acción de sectores sociales identificados por intereses particulares y potencialmente competidores políticos o adversarios. En ese campo de la definición de las reglas de competencia y de participación se encuentran las instituciones encargadas de organizar las elecciones, en un espacio donde se cruzan los intereses opuestos y la competencia fincados en la desconfianza entre competidores y la confianza que la población deposita en la existencia de un campo de lucha por el poder que garantiza una competencia equitativa entre adversarios.

La consolidación de la democracia electoral mexicana ha descansado en gran medida en las reformas legales que se han venido aplicando a las normas que rigen los procesos electorales, los partidos y las funciones de todas las instituciones involucradas en el proceso, con la finalidad de responder a los reclamos de los actores políticos más destacados o potentes en cada etapa. En el largo plazo, se ha fortalecido la vigencia de los derechos de los ciudadanos como respuesta a los conflictos postelectorales, pero también se han producido retrocesos autoritarios.

La reforma electoral de 2014, que dio vida al nuevo modelo de relación entre el INE y los Organismos Públicos Locales (OPL), surgió después de las elecciones presidenciales de 2012. Se decidió ampliar las funciones del Instituto para darle más injerencia en las elecciones locales a fin de garantizar mayor transparencia y autonomía en los órganos electorales locales. El resultado de esta reforma ha sido una compleja estructura electoral que otorga al INE facultades para intervenir en los procesos electorales locales, inclusive le concede autoridad para sancionar a los OPL, pero sin llegar a sustituirlos en todas sus funciones. La nueva ley tiene dos graves problemas: a) deja un margen amplio de incertidumbre respecto de qué tan extensa pueda ser la participación del INE en el proceso electoral local, lo cual ha sido motivo de conflictos posteriores; y b) incrementa los costos de la organización electoral al duplicar funciones del órgano federal y los órganos electorales estatales.

El Instituto Nacional Electoral tiene como objetivo organizar las elecciones con certeza, transparencia y equidad. Organizarlas supone establecer las normas para el desarrollo de la competencia y vigilar que los actores cumplan con las reglas; en caso de conflicto tiene cierto margen para sancionar a los participantes que cometan infracciones; pero la calificación del proceso y las sanciones recaen en los tribunales electorales locales y el federal. A pesar de la separación de funciones, no es muy claro qué le toca a cada institución, muchas veces discrepan en las decisiones que se toman o invaden el campo de una o de otra (institutos electorales y tribunales). Si en la ley hay margen para la interpretación, en el imaginario de la población la confusión es muy frecuente, de tal suerte que se responsabiliza a los institutos electorales de muchas decisiones que en realidad no están en su ámbito de responsabilidad. Una hipótesis de trabajo es que la confusión se ha incrementado a partir de la reforma electoral de 2014.

¿Cuáles son los recursos culturales de que disponen los ciudadanos?

Esta reflexión lleva a otro tema, que es el de la cultura política y cómo estudiarla. En primer lugar, hay que pensar la cultura como una experiencia colectiva de producción de significados e intercambios, y también de acciones y bienes materiales. Si la cultura política tiene que ver con la relación de las personas de una comunidad urbana, rural o virtual con el poder, es importante recordar que esta relación es en gran parte material —control de recursos, capacidad de movilizar personas, bienes, mensajes, valores simbólicos, entre otros—, es decir, que hay recursos materiales y valores intangibles.

En ese universo de repertorios de acción compartidos socialmente por un grupo de personas que constituyen una comunidad (porque comparten un sistema simbólico y de relaciones interpersonales, que normalmente se ubica en un territorio) la política es un eje que puede atravesar diversos campos de acción. Desde esta perspectiva, se pretende vincular las acciones a los “valores” expresados verbalmente, a los recursos materiales producidos en ese contexto social y a los objetivos que persiguen los actores. Según Rodríguez: La eficacia de las acciones políticas implementadas por los involucrados en un área política particular depende de la correlación de cuatro condiciones: a) los efectos derivados de la constitución de campos significativos -la cultura-; b) las características particulares de la participación ciudadana -la acción-; c) los beneficios que adquieren los actores políticos al establecer determinadas prácticas políticas -la intencionalidad-, y d) la porosidad del sistema político -el contexto-. Enmarcar analíticamente las acciones políticas desarrolladas en los ámbitos de condensación de la acción pública bajo el trinomio cultura/contexto/acción, posibilita el análisis de los matices culturales que impregnan los imaginarios y las prácticas políticas establecidas por los actores en dichos entramados sociales.

Tratándose de la visión de los ciudadanos sobre el régimen político en el que viven, destacan dos aspectos: La democracia como una contienda simbólica por el poder.



Todo esto configura una serie de condiciones que dan legitimidad a las elecciones porque genera confianza en la población y el reconocimiento de la validez del resultado. Por este motivo nuestro primer tema de análisis sería el conocimiento y la opinión que tienen los jóvenes acerca de las instituciones electorales: el INE, los OPL, el TEPJF (Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación), los tribunales locales, así como la confianza que depositan en estas instituciones y las labores que les asignan.

Las elecciones presidenciales de 2018 en el contexto en el que se produce la acción. Establecer el contexto político de la opinión, y las expresiones de intenciones para la acción ciudadana, porque si bien es necesario que los ciudadanos tengan confianza, también es importante considerar algunos criterios que permitan conocer las posibilidades reales que tienen de participar con éxito en la política o la forma en que pueden lograrlo.

En un régimen con un sistema autoritario en descomposición como el mexicano, por ejemplo, la organización de la población por la vía electoral puede rendir frutos y se pueden alcanzar cambios tendientes a fortalecer algunas instituciones, pero también se puede fracasar si en ese proceso no se generan condiciones mínimas para la continuidad del régimen democrático, como el respeto a la libertad de expresión, de sufragio o de organización.

Si se piensa en la experiencia reciente del norte de África después de los movimientos espontáneos que llevaron a derrocar varios gobiernos dictatoriales, los resultados de la Primavera Árabe han sido inciertos y no parecen encaminarse a una institucionalización de las relaciones políticas con rasgos democráticos. En México, la descomposición del régimen de partido hegemónico ha tardado 30 años o más, con constantes reformas electorales. En el camino el país ha sufrido el deterioro de la seguridad y el desorden de la corrupción (sin pactos de las élites) y apenas ahora después de las elecciones de 2018 se perciben indicios de un cambio político que podría modificar el régimen de fondo, sin que existan hasta el momento garantías sobre cuál será el desenlace.

Muchas veces pueden ser los reclamos sociales que se producen fuera de las “reglas institucionales de la democracia”, como las protestas sociales por el abuso de poder, los que motivan reformas legales. Un ejemplo fueron las prolongadas protestas por la falta de certidumbre y de equidad en las elecciones de 2006, que dieron por resultado, entre muchos otros cambios, el reconocimiento de mecanismos legales que permitieron exigir y realizar un conteo voto por voto en 2009. Después de las elecciones de 2012, la reforma electoral de 2014 intentó incorporar principios de equidad y transparencia en las elecciones locales, vulneradas por algunos gobernadores que sistemáticamente abusaron del poder en el ámbito de su competencia, habiendo distorsionado el carácter de tales contiendas.

A la luz de estas consideraciones, podemos reflexionar sobre el papel que juega el INE en un país donde la democracia política se ha venido construyendo a partir de sucesivas reformas electorales que han otorgado más y más facultades a las instituciones a fin de regular la competencia por el poder político; ante este panorama cabe preguntarse qué papel le corresponde al INE como promotor de la cultura política de los ciudadanos, en particular de los ciudadanos jóvenes que recién ingresan al ejercicio de sus derechos políticos.

Una de las preocupaciones a lo largo del texto es la relación entre los niveles de confianza que tienen los jóvenes mexicanos respecto de las instituciones públicas y en cuanto a la disposición o el interés de participar en acciones políticas. Se parte de la idea de que la confianza contribuye a incentivar la acción colectiva o individual de los ciudadanos para intervenir en el espacio público, o sea que puede ayudar a que los jóvenes participen para cambiar las características de su entorno social. Esta idea se puede relacionar con la de “agencia” o capacidad de organizarse para actuar sobre el medio ambiente “natural” o socioeconómico.

CULTURAS

JUVENILES Y CULTURA POLÍTICA

09

LA CULTURA POLÍTICA DE LOS
JÓVENES

CULTURAS JUVENILES Y CULTURA POLÍTICA

233

Maricela Portillo Sánchez⁹

El interés de esta tesis es explorar las maneras en que los jóvenes construyen su opinión política y participan en el espacio público. La hipótesis central de este trabajo es que los jóvenes comparten varias características que los diferencian de otros grupos sociales y que no se restringen a los criterios de edad y que es a partir de esa especificidad que producen particulares tipos de respuestas colectivas a los asuntos de interés público. Los jóvenes suelen responder a estos factores a partir de una pertenencia generacional en tanto que, como grupo social, están colocados en un lugar marginal o subalterno respecto de la cultura, hegemónica, integrada en gran parte por lo que aquí denominaremos mundo adulto.

Nos interesa la generación como una categoría de análisis que permite ubicar a la juventud en el tiempo y en el espacio. En este sentido, podemos observar desde mediados del siglo XX, la emergencia de unas culturas juveniles cambiantes que nos hablan de una ruptura generacional sin parangón en la historia. Este autor dice que los jóvenes han logrado conformar un nuevo sensorium a partir sobre todo de las nuevas realidades que los medios en particular, y las nuevas tecnologías en general, ofrecen como mediadores de la experiencia.

⁹ Portillo Sánchez, Maricela. *Cultura juveniles y cultura política: la construcción de la opinión política de los jóvenes de la Ciudad de México*. México: s/e, 2004. Págs. 31-43

A partir de estas transformaciones que se dan en su experiencia vital, conforman nuevas formas de identificarse y de vivir la ciudad, de acuerdo a distintas lógicas, la fragmentación y el flujo.

Las formas con las que los jóvenes se relacionan con los adultos (generación que les antecede), con lo grandes temas (agenda pública) y el espacio público pueden estar relacionadas con su particular manera de percibir el mundo, el espíritu del tiempo. Constituyen una generación a partir de una serie de elementos, pero el hecho de ser integrantes de una misma generación, no los hace ser iguales. Las diferencias vienen marcadas por otros elementos estructurales que no les son ajenos. Comparten además de la edad (coetaneidad), el tiempo y el espacio, pero responden frente a este primer elemento de identificación de diferente manera, en relación a la posición que guardan en el espacio social. Nos interesan ambas cosas: la similitud y la diferencia. En qué sentido responden de una manera homogénea y en qué sentido no. A partir de qué elementos se sienten parte de una generación y a partir de cuáles se diferencian entre ellos. La segregación generacional de la opinión política es una categoría analítica valiosa que ha sido poco tomada en cuenta en estudios de este tipo. Existen pocos trabajos que hayan abordado esta cuestión. Suelen integrarse otro tipo de categorías, pero no la generación.

Respecto a esta categoría diremos que hay muchos trabajos que, desde una perspectiva histórica, han abordado esta relación. Es el caso de Ortega y Gasset. Para este autor, el concepto de generación reviste una importancia central como método de investigación histórica. La importancia de este concepto radicaría en su potencial explicativo para comprender una época a partir sobre todo de la sensibilidad vital. De acuerdo a este autor, bastaría con verificar las variaciones en la sensibilidad vital a través del tiempo para entender la dinámica social que a partir de ciertos ritmos construyen el acontecer histórico. No vamos a entrar en detalles respecto al pensamiento de Ortega y Gasset. Sin embargo, nos parece útil rescatar algunas cuestiones planteadas por este autor y que nos ayudarán a caracterizar la cuestión generacional. Una tiene que ver con la *sensibilidad vital*, otra con lo que denomina espíritu del tiempo y el último con su distinción entre coetaneidad y contemporaneidad. El espíritu del tiempo asociado a las ideas mayoritarias de la época puede entenderse como ese telón de fondo en el que los sujetos sociales se mueven en el mundo. Desde que el individuo nace se encuentra inmerso en una realidad social en la que ha de transcurrir su existencia, conformada por un sistema de convicciones que ha sido construido socialmente a través del tiempo. Desde una perspectiva construccionista, sería explicado como ese conocimiento socialmente elaborado y desde una perspectiva más antropológica, se diría que ese sistema de convicciones está definido por la cultura. El *espíritu del tiempo* nos sirve para explicar esta realidad social en la cual se mueve el sujeto y que le permitirá moverse siempre en un marco de convenciones sociales, creencias y tradiciones que han sido acordadas mayoritariamente por el grupo al que pertenece y que, en conjunto, están definidas culturalmente.



Por otro lado, Ortega y Gasset) introduce una distinción que nos ayuda a precisar el término generación. Es la diferenciación que establece entre los términos *coetaneidad* y *contemporaneidad*. A este respecto, señala que en una misma actualidad histórica coexisten simultáneamente sujetos con diferentes edades. Conviven pues niños, jóvenes, adultos y ancianos. Si comparten un mismo tiempo son contemporáneos. Sin embargo, contribuyen a formar el mundo de un modo diferente porque no son coetáneos. Se es contemporáneo de quien comparte nuestro mismo tiempo, pero no todos los que compartimos el mismo tiempo somos coetáneos. La generación está definida por los criterios de coetaneidad: "El conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia, es una generación". Esto quiere decir que, en la visión orteguiana, si a toda generación le corresponde una dimensión en el tiempo histórico, le corresponde también una dimensión en el espacio. Constituyen una generación aquellos individuos que comparten comunidad de fecha y comunidad espacial. Pero aquí habría que introducir una aclaración. Para este autor, la edad constituye un cierto modo de vida que no se restringe a una fecha, sino a una *zona de fechas*. Los criterios de coetaneidad estarían regidos por esta *zona de fechas*. La generación estaría caracterizada por grupos de sujetos que tienen más o menos un cierto rango de edad y un cierto contacto vital. Ortega y Gasset sostiene que la generación histórica está compuesta de dos clases de hombres: unos que están en fase de gestación o creación (entre 30 y 45 años) y otros que están en fase gestionadora o al mando (entre 45 y 60 años). Ambas generaciones están empalmadas, unas instaladas en el mundo que han hecho, otras creándolo.

Establecer los criterios para decidir cuál es el rango de edad que caracteriza a una generación hoy en día seguramente sería un asunto complicado. Metodológicamente, podemos establecer distintos parámetros etéreos y sociohistóricos para ubicarla según los propósitos de la investigación y la perspectiva de la que partamos. Pero debemos aceptar que la generación responde, fundamentalmente, a la dinámica histórica. Las variaciones en el *espíritu del tiempo* han sido más espaciadas en algunos momentos de la historia y en otros, como el nuestro, están siendo más aceleradas. Además, la cuestión del espacio es ahora un asunto relativo, toda vez que los sujetos sociales se mueven en un espacio físico y virtual, producto de las profundas transformaciones que está experimentando la sociedad actual. La cuestión de las generaciones tendría que ser revisado. Sin embargo, nos sigue pareciendo una categoría útil que nos ayuda a pensar conceptual y metodológicamente las variaciones de opinión en los jóvenes que comparten *zonas de edad y espacio vital*

De la visión orteguiana nos interesa además lo que él llama el solapamiento o empalme de las generaciones. Esto quiere decir que podemos encontrar siempre a dos generaciones coexistiendo en un mismo tiempo y espacio. Señala que: "lo esencial en esas dos generaciones es que ambas tienen puestas sus manos en la realidad histórica al mismo tiempo. Por tanto, lo esencial es, no que se suceden, sino, al revés, que conviven y son contemporáneas". Esto explica las continuas tensiones -descritas a veces como *la brecha generacional*- que se experimentan entre jóvenes y adultos: la continua disputa por la definición del mundo. Entre las culturas que detentan el poder -los adultos- y los que no lo tienen -los jóvenes-. De ahí que para algunos autores la juventud sea entendida como formas particulares de subculturas.

Hasta aquí hemos caracterizado la categoría generación, desde la mirada historicista de Ortega y Gasset. Pero vale la pena introducir ahora algunos matices respecto a las diferencias que pueden surgir al interior de una generación, ya que ésta no describe de ninguna manera un movimiento homogéneo de sujetos que responden y actúan en el mundo siempre de la misma manera. Por eso resulta útil la diferenciación que establece Mannheim (1993) entre la posición (haber nacido en una determinada fecha y en un determinado lugar), la conexión (establecer un contacto con otros grupos sociales aún para marcar mi diferencia) y la unidad de la generación (pertenecer a un grupo social a partir de afinidades y visiones del mundo): "La *unidad generacional* es, por tanto, una adhesión mucho más concreta que la que establece la mera conexión generacional. La propia juventud que se orienta por la misma problemática histórica-actual, vive en una *conexión generacional*, dentro de cada conexión generacional, aquellos grupos que siempre emplean esas vivencias de modos diversos constituyen, en cada caso, distintas *unidades generacionales* en el ámbito de una misma conexión generacional". Este autor sitúa la discusión de la cuestión generacional en términos sociológicos y en ese sentido subraya la necesidad de integrar otros factores, más allá de la edad, para construir esta categoría. Entre ellos, la posición de clase y el contexto social.

En este trabajo estudiaremos la generación del relevo en México. Nos referimos a los jóvenes que están marcados por el periodo de transición política en el que ahora se encuentra este país. La transición mexicana debe entenderse a partir del sistema político que propició la existencia de un Partido de Estado que supo camuflarse durante todo el tiempo que estuvo en el poder, transitando de una ideología a otra para adaptarse a la realidad internacional y nacional, sorteando toda clase de obstáculos para conservar sus dominios. Así, durante algunos periodos enarboló la educación socialista con el gobierno de Lázaro Cárdenas a finales de la década de los treinta, impulsó la industria turística durante el gobierno de Miguel Alemán hacia finales de los cincuenta, pasó por el populismo en los tiempos de Luis Echeverría durante la primera mitad de los setenta, hasta llegar al neoliberalismo, política de diseño de los tecnócratas, y que durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari llegó a los límites del paroxismo.

La transición mexicana puede diferenciarse de algunas otras transiciones vividas por distintos países (por ejemplo España, Portugal o Chile) en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, sobre todo en lo que se refiere al funcionamiento de su régimen político. Este pudo mantener el funcionamiento de las instituciones con estilos que, sin llegar a ser democráticos, tampoco fueron completamente dictatoriales. Las peculiaridades del caso mexicano se relacionan con estas ambigüedades de su sistema político. Así pues, "el de México ha sido un autoritarismo más inclusivo que exclusivo, se ha basado más en el consenso y la negociación que en la represión abierta y permanente y ha contado con una Constitución ampliamente aceptada y un arreglo institucional formalmente democrático". En términos de Vargas Llosa, puede decirse que el proceso de transición mexicana podría muy bien ser descrito como el tránsito de un sistema de Partido de Estado que era una especie de dictadura perfecta a una democracia imperfecta. En el marco de este proceso de transición política se ubican los jóvenes que estudiaremos.

La articulación entre las culturas juveniles y la política suele establecerse en términos de negatividad, es decir, suele asociarse la juventud actual con un desinterés general hacia las formas clásicas de participación política. Se ha insistido mucho en que "uno de los rasgos característicos de la juventud de las sociedades democráticas contemporáneas parece ser el creciente distanciamiento que mantiene respecto al sistema político institucional y la falta de confianza en sus responsables".

Además, suele insistirse en que el vínculo entre estos ejes no es tan visible ni evidente. El silencio, la falta de participación, su desvinculación con la institucionalidad y su descrédito por las formas en las que se expresa la democracia en los países latinoamericanos, y en el caso específico de México, pueden derivar en la idea de que los jóvenes son apolíticos. Caracterización tan de moda en la década de los noventa, con la cual incluso se estereotipó a toda una generación de jóvenes apática y despolitizada en el ya clásico texto de Couplan, *La generación X*.

Este tipo de afirmaciones van asociadas con unos marcos conceptuales rígidos que descalifican los novedosos sentidos con los que hoy están produciendo las representaciones políticas los jóvenes. Existe una relación de correspondencia entre las transformaciones que sufre el sistema político y la cultura política de los jóvenes. Es necesario señalar algunas consideraciones al respecto, las cuales nos hacen pensar que la juventud hoy en día construye su noción de política a través de canales poco convencionales y que responden a una lógica cambiante que se da en buena medida surge de la compleja relación que se establece entre los medios de comunicación y el sistema político.

Resulta difícil establecer una relación de unidireccionalidad entre los cambios mediáticos y políticos. La lógica cambiante de estos dos sistemas obedece en parte a la lógica en la cual operan las industrias mediáticas que tienden a guiarse a partir de las reglas del mercado. Los medios de comunicación actúan como mediadores entre los grandes actores sociales y las audiencias, conformando un nuevo espacio público en el que se reagrupan las fuerzas sociales y se transforma el lenguaje. En este sentido y siguiendo una perspectiva sistémica, Berrio critica la forma en que la política y los medios masivos de comunicación actúan como dos sistemas autoreferentes. La diferenciación funcional de estos dos sistemas ha hecho que se guíen de acuerdo a sus propias lógicas e intereses. La política se define en lo mediático y los medios a su vez la utilizan como un insumo de consumo para la audiencia. Esta situación acarrea graves consecuencias para la política, pues han acabado por vaciarla de sustancia. La *videopolítica* acaba convirtiendo en espectáculo inmediato los debates y las propuestas apelando la mayor de las veces a la emoción de las masas y no a la razón del *ser político*, que es, a su vez, la esencia de la condición humana para Aristóteles.

Las transformaciones en el sistema comunicativo y en el sistema político afectan las formas en las que los jóvenes se relacionan con el espacio público. Hoy lo público se define por lo mediático y los públicos se han convertido en audiencias. Esta es otra transformación clave que debemos mirar con atención. Si esto es así, ¿cómo explicar el papel de las audiencias?, ¿cuál es el marco de acción de los públicos?, ¿cómo pueden participar de lo público, los públicos, devenidos en audiencias? La mediación tecnológica ejerce un papel relevante en el reordenamiento de las relaciones entre la cultura y la política. Esta última aparece representada en los medios como el simulacro hueco entretejido con base en los discursos de políticos y ministros y la presentación fragmentada de los sondeos de opinión, en donde se supone que puede ser contenida la voz de los ciudadanos.

Sin embargo, la dimensión política contenida en el discurso mediático no ofrece cabida al mundo ciudadano más allá de esta mera representación estadística. Los protagonistas son los grandes actores políticos. La política queda reducida a la representación mediática que logra adecuar a partir de géneros y formatos propios del lenguaje audiovisual, en donde impera la lógica de la instantaneidad y la fragmentación, una complejidad densa en un simulacro hueco. Los jóvenes, en su interacción con los medios, perciben esta falta de representatividad política y manifiestan su malestar en una aparente apatía del mundo de la política que sistemáticamente les excluye y con el cual no se sienten identificados.

Se convierten en *botín electorero* de los partidos políticos en los tiempos de campañas electorales. En estos momentos los políticos apelan a la juventud particularmente para pedirles su voto. Consecuencia de esta práctica utilitaria, los jóvenes han aprendido a sostener una relación instrumental con el poder: *qué quieres que te dé, qué me vas a dar a cambio*. En un país como México, en el que la lógica del Estado ha generado este tipo de relaciones durante décadas, se produce un *ethos* político que responde a un patrón paternalista de dádivas y favores. A partir de ahí los actores sociales han aprendido a relacionarse con la política y han generado particulares prácticos de participación pública. En este orden de ideas: "Ni el Estado ni los partidos políticos han sido -en lo general- capaces de generar matrices discursivas que puedan interpelar a los jóvenes". Para ellos, la construcción de lo político pasa por otros ejes: el deseo, la emotividad, la experiencia de un tiempo circular, el privilegio de los significantes por sobre los significados, las prácticas arraigadas en el ámbito local que se alimentan incesantemente de elementos de la cultura globalizada.



Frente a este vacío creado desde la esfera política, los medios de comunicación han logrado erigirse como actores sociales capaces de ofrecerse como intermediarios entre la institucionalidad y la ciudadanía. Han funcionado como articuladores de lo público y lo privado. En América Latina, la crisis de representación de los partidos políticos ha facilitado, como bien señala Landi (1992), la expansión de la televisión como escenario principal y también como actor de la política. Entre la quiebra financiera de los estados y el neoliberalismo, ha resultado central el papel que los medios masivos de comunicación han jugado como constructores de la escena pública y los nuevos lenguajes de la política. La incesante presencia de la televisión en las formas de hacer política en la mayoría de nuestros países latinoamericanos remite fundamentalmente a la contemporaneidad y los múltiples puntos de contacto entre procesos provenientes de esferas diferentes, como, por ejemplo, las alternativas de representación ciudadana a través de los partidos y la expansión e innovación permanente de la industria de las comunicaciones.

Cabe tener en cuenta que en la mayoría de los países de América Latina, la televisión ha corrido una historia muy diferente a la televisión en Europa, sobre todo porque ha respondido siempre a un patrón comercial. En México, por ejemplo, no ha existido prácticamente ninguna experiencia de televisión estatal. Sin embargo, las relaciones entre la televisión y el Estado han sido muy intensas. Es imposible hablar del PRI sin mencionar la alianza que mantuvo durante décadas con Televisa, el grupo de comunicación liderada hasta 1998 por Emilio Azcárraga Milmo y que hasta 1993 funcionó como un sistema monopólico. No exageramos si decimos que hasta muy poco antes de ese año, para hablar de la historia de la televisión en México, era necesario hablar de este consorcio. Televisa y el PRI sostuvieron una larga y simbiótica relación en donde uno y otro sacaban beneficios propios. En este sentido, "los críticos han señalado que a cambio de una autocensura estricta, de silenciar a las voces disidentes y de proporcionar una plataforma constante de propaganda para el PRI y el presidente, la Televisa de Azcárraga Milmo pudo disfrutar de más de cuarenta años de dominio monopólico de los medios y trato preferencial de las dependencias gubernamentales". Es por esta razón que muchos intelectuales solían llamar a Televisa, el *quinto poder*. Muchos años han transcurrido desde este dominio monopólico de Televisa en el panorama televisivo nacional. La irrupción en la escena de TV Azteca ha transformado el panorama. En sus inicios, esta cadena coincidió con el panorama de apertura democrática que comenzaba a respirarse en nuestro país.

No es casual que en los inicios, su apuesta más fuerte haya sido la producción informativa. Su principal noticiero, *Hechos*, ganó audiencia a base de un tratamiento informativo muy distinto al acartonado esquema que mostraba el clásico diario nocturno de Televisa, *Veinticuatro horas*. Más recientemente las cosas han cambiado, por más que en sus inicios TV Azteca irrumpiera con mucha fuerza, intentando vender una imagen de apertura y novedad, rompiendo con la lógica del sector televisivo mexicano, ahora se ha traducido en una permanente guerra de televisoras.

La televisión tiene una enorme importancia en la cultura mexicana e incide en la constitución de la agenda de temas políticos, pero desde el punto de vista de su lenguaje fue durante años un soporte del discurso y de los rituales de la lógica del poder del PRI. Curiosamente ahora ha sabido estar al lado del PAN (Partido Acción Nacional), partido de Vicente Fox, actual presidente de México, ganador en el pasado proceso electoral. Para bien o para mal, la historia del sistema político mexicano no puede leerse sin tomar en cuenta el activo papel que esta cadena televisiva ha jugado.

Así pues, asistimos a un proceso generalizado de mediatización creciente de la política, en donde los medios tienden a llenar las brechas entre la gente y los partidos. Como bien señala Landi: "el debilitamiento de los partidos políticos y el simultáneo desarrollo autónomo de la industria de las comunicaciones, hacen que en nuestras sociedades tiendan a escindirse el espacio de la representación institucional y el de la representación simbólica de la política". El sistema comunicativo, a través de la oferta televisiva, escenifica la política dotando de una lógica propia a la escena pública.

CUANDO LA **CULTURA VIRAL ATERRIZA EN LA POLÍTICA**

10

Aurora Espina Vergara¹⁰

Los tiempos actuales están enmarcados por una crisis del logos vs. la imagen, como lo señalaba Sartori, en donde esta preponderancia de la imagen imposibilita nuestro entendimiento de la realidad. A partir de estas afirmaciones es que se vuelve relevante discutir sobre lo que estas construcciones de la narrativa visual y de la cultura viral implican dentro del ámbito de la política; ya que, como lo afirmaba Feuerbach, nuestra época prefiere a la imagen por sobre la cosa, y desde esta lógica el meme constituiría uno de los elementos predilectos o característicos de nuestra época.

Aunado a ello, los esquemas de comunicación evolucionaron de un sistema unidireccional a uno pluridireccional, mismos que se ven reflejados en la modificación de las narrativas comunicacionales, y especialmente de las formas de relacionarnos con nuestro entorno más cercano y aquello que rebasa estas fronteras líquidas de las que Habermas hablaba.

Este nuevo esquema comunicativo dota de gran poder al individuo sobre el discurso, pues cualquier persona es capaz de replicar sus opiniones y posturas sobre cualquier tema, hasta el lugar más recóndito de nuestro planeta, y en los ámbitos más diversos que se pueda imaginar.

¹⁰ Espina Vergara, Aurora. Cuando la cultura viral aterriza en la política. En: Revista Bien Común. Año XXIII. No. 273, diciembre del 2017. Págs. 5-9

Siguiendo este marco, retomo a Manuel Castells³ que en su libro Comunicación y Poder afirma que el poder parte de narrativas comunicacionales, y en este sentido el abordar la política desde nuevas y disruptivas formas, como lo es el meme, nos habla de esta necesidad de mantener el poder dentro del nuevo contexto global e hiperconectado al que nos enfrentamos. Dentro de este mismo esquema, no resulta extraño que al investigar el trabajo orientado al mundo de lo virtual desde los equipos de campaña, tanto de Hillary Clinton como de Donald Trump a la Presidencia de los Estados Unidos Americanos, encontremos a equipos completos dedicados exclusivamente al diseño y creación de memes como un nuevo mecanismo de comunicación política.

Es así que la convergencia entre el entretenimiento y la política resulta fundamental para discutir sobre este nuevo rol que está desempeñando el meme, en el contexto de una cultura viral y en especial en la arena de lo político.

Debemos tener claro pues que la comunicación tiene como base el fundamento emocional; es decir, sobre este tipo de experiencias que nos hace vivir. Esta afirmación está ligada al planteamiento de Andrew Darley en su libro Cultura Visual Digital, en donde precisamente hace referencia a esta interrelación entre el entretenimiento y el juego de las emociones y sensaciones que son causadas por los productos de entretenimiento. En razón de ello, conviene seguir lo afirmado por Bosshart y Hellmüller, quienes acuñan el término *politeinment* justamente para discutir sobre estos mensajes políticos que son presentados a través de distintas formas o vías de entretenimiento, dentro de las cuales cabe destacar que no se consideraba al meme como tal.

A partir de esto podemos abordar la importancia que adquiere la cultura viral en este nuevo entendimiento del politeinment y de estas nuevas formas de aproximación a la política, pero surge entonces la interrogante sobre ¿qué es el meme político? y ¿qué implicaciones tiene en el contexto de una cultura viral? Para ello, primero empecemos por tratar de conceptualizar qué es el meme y cómo es que éste asume un rol dentro de la comunicación política.

De acuerdo con el doctor Richard Dawkins, un meme es “la unidad teórica de información cultural transmisible de un individuo a otro, o de una mente a otra, o de una generación a la otra”, y esta transmisión por parte de los individuos se da en distintos momentos, en distintas formas y en distintos escenarios. Bajo esta lógica deberíamos poder entender al meme político como un producto de entretenimiento para la transmisión masiva de una narrativa política, que puede llegar a ser traducida como un código cultural del estatus que guarda la actividad política en el momento de la generación de éste.

Es así que la utilización del meme en la arena de la comunicación política cobró relevancia, en el momento en que la cultura viral adquirió un peso significativo dentro de los procesos comunicativos de transmisión del conocimiento cultural, de esas audiencias que se rebelaron al esquema de comunicación unidireccional de los medios tradicionales de comunicación, para abrir paso a la generación de su propio código de lenguaje.

A partir de entonces, la generación de estos contenidos se vuelve necesaria, dentro de un contexto en el que la clase política no está cumpliendo con las expectativas de la ciudadanía, y de manera muy específica de los jóvenes, que son los que menos interés tienen de participar en política y quienes paradójicamente son factor decisivo en el proceso electoral del 2018 si se deciden por acudir a las urnas a emitir su voto; además de representar el segmento poblacional que se informa, interactúa y se comunica a través de los medios digitales. Y si estamos hablando de lograr generar un capital político dentro de un contexto de competencia, ya sea interna al partido político o en el ámbito electoral, se vuelve indispensable dar un salto a las plataformas digitales para poder llegar más fácilmente a las audiencias hiperconectadas.

La realidad es que en la actualidad el meme, en el terreno de lo político, no sólo está teniendo una función que sirve para plantear una narrativa política, sino también como una forma de entretenimiento para las audiencias en el mundo virtual. Esto confirma el planteamiento de Baudrillard sobre la desvinculación de los símbolos con los objetos, en donde los productos culturales dejan de tener una finalidad específica.

Podríamos llevar el debate a dos discusiones distintas sobre si el meme puede constituir o constituye un mecanismo comunicativo que contribuye al acercamiento de la ciudadanía a los asuntos políticos. O si al final, este reduccionismo o sinterización de las propias narrativas comunicacionales de la política tradicional contribuyen a una reconfiguración del espacio público que empobrece los procesos de deliberación pública.

En este entendido, vale la pena cuestionarnos sobre si los cartones políticos tuvieron un efecto en ese sentido: podríamos hablar de una estrecha relación entre el cartón político y el meme, pues pareciera que ambos encierran un anhelo de fungir como válvulas de escape de toda esta frustración y enojo con la clase política, para hacer llegar esta narrativa inclusive al público menos interesado e instruido en política.

La gran diferencia existente entre el cartón político y el meme, es que en ambos casos su origen y modo de transmisión es muy distinta, ya que mientras el cartón político está principalmente centrado en la prensa tradicional y su modo de transmisión está limitado de alguna forma al número de impresiones de los periódicos y/o revistas, en el caso del meme este puede surgir de distintas formas, sea en video, imagen, GIF, u otro; tienen capacidad para transmitirse viralmente, cualquiera lo puede producir y puede ser publicado en cualquier plataforma.

En su Tratado de Semiótica General, Umberto Eco afirma que “[...] la semiótica es, en principio, la disciplina que estudia todo lo que puede usarse para mentir”⁹; y dentro de esa misma lógica, si un objeto no puede ser usado para mentir, tampoco lo será para decir la verdad. Por lo que el meme representa así un ámbito de estudio desde el campo de la semiótica para analizar la construcción de las narrativas políticas. Este ámbito resulta novedoso y prácticamente inexplorado, pues la discusión “académica” en torno a las nuevas posibilidades que genera el meme como vehículo para la transmisión de narrativas comunicacionales es muy reciente y de poco volumen.



En lo personal considero como un área de oportunidad desde el ámbito de la comunicación, el explorar qué tan efectiva resulta la transmisión del mensaje político, construido a partir de una estructuración lógica y premeditada de símbolos que estén alineados a una narrativa política específica, a partir de la construcción del meme como unidad sintética de la información de la cultura política.

En este sentido hay quienes afirman que la llegada de la política a los memes los arruinó por completo, pues los despojó de esa originalidad, libertad e independencia que los caracterizaban antes de que la política tuviera algo que ver al respecto. Y en cierta medida esta crítica también tiene como origen que son pocos los ámbitos en los que el ciudadano de a pie, en la actualidad, no es bombardeado con cuestiones políticas partidistas y gubernamentales.

Resulta muy interesante explorar al meme como una nueva forma de interacción con estas audiencias hiperconectadas, pues representa una vía sintetizada para lograr transmitir más fácilmente el mensaje, de una manera más dinámica, y sobre todo de una forma mucho más atractiva y fuera de la propaganda y la política convencional.

Habrá que hacer un balance sobre los efectos positivos o negativos que esta evolución de la comunicación política está teniendo no sólo con finalidades electorales, sino de manera especial, como un nuevo mecanismo para lograr acercar a la política con la ciudadanía de una forma fresca, totalmente disruptiva y fuera del común. La desventaja de este mecanismo es que resulta en una visión bastante reduccionista de los asuntos políticos.

En fin, ya el tiempo dirá si los ciudadanos se apropian de los memes políticos como una forma de transmitir el modo de hacer política, o si simplemente funcionan como críticas temporales que mueren en un cierto periodo de tiempo; o si finalmente estos contenidos logran centrar el interés de los ciudadanos en los asuntos relacionados con la política. Considero que este es un camino por explorar y sobre todo por analizar.

LA JUVENTUD EN EL NUEVO ESPACIO PÚBLICO

LA JUVENTUD EN EL NUEVO ESPACIO PÚBLICO

Maricela Portillo Sánchez¹¹

Es un lugar común referir que somos un animal social ¿Qué quiere decir esto? En principio, que desde los inicios el hombre tuvo la necesidad de crear redes y lazos que le permitieran sobrevivir, en el sentido literal del término. De esta manera, sentó las bases para la construcción de unas redes primarias de socialización que le permitieron instalarse en el mundo. La familia nace justamente ahí, de la necesidad de contar con un núcleo básico para compartir las necesidades más elementales de alimentación, vestido y, más tarde, vivienda. La familia y, por extensión, los amigos constituyen el espacio privado por excelencia. El lugar de la socialización primaria, de los afectos y los saberes inmediatos. Ahora bien, cuando las sociedades se volvieron poco a poco más complejas, esta forma de acción resultó insuficiente. Con el surgimiento de la ciudad, la forma de organización social requirió una nueva forma de participar y decidir colectivamente acerca de asuntos comunes que iban más allá de la esfera privada.

¹¹ Portillo Sánchez, Maricela. La juventud en el nuevo espacio público. En: Cultura juveniles y cultura política: la construcción de la opinión política de los jóvenes de la Ciudad de México. México: s/e, 2004. Págs. 137-149

En el momento en el que el hombre comienza a encargarse de los asuntos del *bien común* es donde surge el concepto de la política. Y del espacio público. La arena de la confrontación y discusión para organizar la vida social. Es a partir de esta nueva forma de conciencia social que el espacio privado comienza a definirse por oposición a espacio público. Los conceptos espacio privado/ espacio público han sido contruidos a partir de un enfoque relacional. Uno se define por oposición al otro. Y ambos se presuponen mutuamente. Así, tenemos, por un lado, que el espacio privado alude al ámbito de lo íntimo, lo cercano, lo cerrado, lo próximo, lo inmediato. Y, por otro, el espacio público al ámbito de lo exterior, lo común, lo lejano, lo abierto, lo compartido. Sin embargo, si seguimos con una mirada constructorista para acotar el concepto, encontraremos diferencias importantes en el proceso de definición del término. Esto es así porque cada sociedad ha elaborado sus distinciones y delimitado sus fronteras entre lo privado y lo público.

Encontramos, en primer lugar, que en la época clásica la relación hombre-sociedad se planteaba en términos de identificación porque existía una clara delimitación entre el espacio público (*koyné*) y el espacio privado (*oikos*). La esfera de la vida privada correspondía a las actividades relacionadas con la conservación de la vida. Por su parte, la idea de una esfera pública estaría relacionada con la conciencia de la existencia de un mundo común. El *oikos* es el hogar, lugar de la reproducción y de las actividades destinadas a satisfacer necesidades transitorias básicas. El *koyné* es el sitio en donde el ciudadano liberado de las cargas domésticas participa en las actividades comunes, en donde interactúa con otros iguales y participa de la política.



La condición humana, Hanna Arendt explica acertadamente cómo la noción de política surge en la Grecia clásica, pero que luego fue mal traducido por los romanos que lo equipararon con lo social¹, cuando en palabras de la autora: "la aparición de la esfera social, que rigurosamente hablando no es pública ni privada, es un fenómeno relativamente nuevo, cuyo origen coincidió con la llegada de la Edad Moderna, cuya forma política la encontró en la nación-estado". Los griegos tenían una concepción muy distinta de la política de la que nos ha llegado hasta nuestros días. La esencia de la política radicaba en la existencia de una sociedad que estaba basada en el diálogo. Es mediante la palabra que se arreglaban los asuntos de interés público. Lo que caracterizaba al hombre civilizado, para los griegos, era la aceptación del diálogo como condición para llegar a un acuerdo. La polis funcionaba así. Era esa forma de organización social que funcionó como un espacio contrapuesto al de la familia y que le otorgó al individuo su esencia política, que es para los griegos la base de la condición propiamente humana. En este sentido, Arendt señala que la polis evidencia el reconocimiento que los griegos hacían de la existencia de un mundo común que iba más allá del espacio privado, la familia, el *oikos*.

La polis se instaura en detrimento de otras instituciones basadas en el parentesco, como es el caso de la *prhatría* y la *phylé*. Este hecho histórico nos ayuda a entender la contraposición que los griegos establecían entre el espacio público y privado. De esta manera, la polis reflejaba una idea de sociedad que no estaba basada en la familia, sino en la política, ámbito integrado por la acción y el discurso, a través de los cuales los individuos libres ejercían su condición humana para tratar de resolver la *res pública*, producto de un mundo común habitado por individuos diferenciados.

Los griegos dedicaban gran importancia al debate que surgía del diálogo entre ciudadanos libres. Esta era la razón de ser del ágora, espacio público que cumplía la función de posibilitar las asambleas populares en las que los ciudadanos deliberaban públicamente sobre asuntos de interés común. No se trataba de imponer al otro su razón a través de la violencia, sino a través de la palabra. La idea era convencer al otro mediante la persuasión. Tiempo después el foro romano cumpliría funciones equivalentes al ágora. No era exactamente lo mismo, dado que Roma constituye una realidad diferente a la griega. Sin embargo, era éste un lugar abierto para celebrar asambleas y tratar negocios públicos. Lo que intentamos señalar aquí es que, de alguna manera, primero en Grecia y después en Roma, la creación de espacios destinados exclusivamente al debate público era una cuestión central en estas culturas clásicas.

La delimitación del espacio público y el privado era muy clara. El individuo se desenvolvía en el *oikos* para desarrollar las actividades de acuerdo a sus exigencias naturales. La necesidad regulaba todas las actividades propias del *oikos*. En contraposición, la esfera de la polis, el *koyné*, constituía el espacio de la libertad. La relación que se establece entre estas dos esferas viene dada por la presuposición de que el *individuo familiar* antecedió al individuo ciudadano, por decirlo de alguna manera. Para los griegos, la familia se constituía bajo el signo de la desigualdad por contraposición a la polis caracterizada por la libertad, situación que implicaba una condición de igualdad entre los individuos.

En la Edad Media apenas hay alusión alguna a los términos *público* y *privado*. En todo caso, para hablar de ellos, habría que hacerlo utilizando los conceptos *común* y *particular*, en donde el primero tiene una connotación de accesibilidad universal y el segundo, de exclusividad. Las fronteras entre espacio público y privado no aparecen claramente delimitadas en este periodo. La esfera pública desaparece, subsumida en el espacio privado que en este periodo parece abarcar toda la vida social. Este hecho tiene que ver con la confusión entre lo público y lo religioso. Arendt lo explica de esta manera: "la esfera secular bajo el feudalismo fue por entero lo que había sido en la antigüedad la esfera privada. Su característica fue la absorción, por la esfera doméstica, de todas las actividades y, por tanto, la ausencia de una esfera pública".

Durante el medioevo las relaciones entre el poder y el pueblo se establecen verticalmente. En muy pocas ocasiones el pueblo, equiparado con su condición de súbdito, tiene posibilidad de emitir opinión. Esto tiene que ver con la monarquía absolutista y con el sistema estamental vigentes en este período de la historia. Las razones de Estado permanecían ajenas al conocimiento público. El concepto de accesibilidad universal estaba más que restringido: "... los procesos de toma de decisiones estaban por lo general justificados mediante el recurso del *arcana imperii*, esto es, la doctrina del secretismo de Estado, que sostiene que el poder del príncipe resulta más efectivo y veraz a sus propósitos si se oculta a la vista del pueblo, tal y como sucede con la voluntad divina".

El poder se manifestaba públicamente sólo para autoafirmarse. Y las cuestiones de la moral quedaban relegadas al espacio privado. La organización de la vida social reflejada en la creación de feudos, gremios y cofradías en donde se extendía la concepción familiar a la dinámica de todas las esferas sociales lleva implícita la idea del *bien común* como un concepto en torno del cual se regula la actividad humana. Pero esta idea no apela a una realidad política: "El concepto medieval de *bien común*, lejos de señalar la existencia de una esfera política, sólo reconoce que los individuos particulares tienen intereses en común, tanto materiales como espirituales, y que sólo pueden conservar su intimidad y atender a su propio negocio si uno de ellos toma sobre sí la tarea de cuidar este interés común".

El poder pasó de manos del jefe de familia al señor feudal. La esfera privada actuó en detrimento de la pública. O mejor dicho, la esfera pública aparece caracterizada por la privada. Se encuentran, ambas, compenetradas, hasta tal punto que es imposible encontrar la línea divisoria, "en donde lo económico era inmediatamente político, lo político inmediatamente social y lo social una representación naturalizada e imperecedera de lo económico y lo político". La esencia del ser emana de una representación continua que prevalece en todas las áreas de la vida, de tal forma que el súbdito, el noble o el vasallo eran tales por determinación insoslayable de la contingencia humana.

Entre muchos otros autores, Price sostiene que el concepto de opinión pública emerge con la Ilustración. La idea está íntimamente relacionada con las filosofías políticas de finales del siglo XVII y del siglo XVIII, es decir, con el pensamiento de Rousseau, Montesquieu y Locke. La palabra *público* aparece en Inglaterra y Francia ya en el siglo XVII. Al final de la introducción de Historia y crítica de la opinión pública, Habermas recupera las voces que en distintos países empezaron a resonar para denotar el nuevo término que aludía a una realidad emergente que se correspondía con un nuevo orden económico y social: "A finales del siglo XVII surge el término inglés *publicity*, derivado del francés *publicité*; en Alemania aparece la palabra en el siglo XVIII. La crítica misma se expone en forma de *opinión pública*, noción acuñada en la segunda mitad del siglo XVII a partir de la francesa *opinion publique*. Casi por la misma época, surge en Inglaterra *public opinion*; y hacía tiempo que se hablaba ya de *general opinion*".

Con el advenimiento de la Ilustración vuelve a clarificarse la cuestión de lo público y lo privado. Los ideales del Estado Moderno retoman el concepto clásico de gobierno. La diferencia aquí con respecto a la Grecia antigua, está en que mientras antes eran los mismos ciudadanos los que tenían injerencia directa en la vida pública, en esta nueva forma de sociedad, los ciudadanos relegan el poder al Estado y participan de una manera indirecta a través del principio democrático de la representatividad. Con la modernidad inicia un proceso de especialización de la vida social, del *hacer*, *ser* y *estar* en sociedad. Los ámbitos políticos y económicos quedan regulados por el Estado, el cual se encargará, en adelante, de regular lo social. El individuo se verá representado a través de distintos mecanismos de acción. En adelante, adquirirá el estatus de ciudadano para moverse en el terreno público.

Las cuestiones de la moral y el bien común se convierten en asunto de interés público y se regularán en la base de la legalidad a partir de mecanismos sustentados racionalmente.

El ideal humanista de la Ilustración, que sitúa al hombre en el centro del universo, permea el pensamiento de la sociedad, transforma las formas de producción artística, las relaciones de poder, la economía y, por supuesto, la política. "El liberalismo, en general, pero el clásico, en particular, aparece como la filosofía de la clase burguesa y se define por su confianza en el hombre (como ser racional y libre), el progreso y la felicidad universal, la creencia en una armonía natural y social, su visión individualista, pragmática y utilitarista de la vida y la defensa de los derechos naturales".

Habermas tipifica las condiciones que marcaron el cambio de mentalidad y que posibilitaron un nuevo orden social. Entre ellas podemos citar, en primer término, el nacimiento del Estado-Nación, condición que corresponde a las profundas transformaciones que marcaron el orden político; después la aparición de la burguesía, condición que alude al plano económico y financiero, a la nueva dinámica mercantil de la época; en tercer lugar, podemos señalar también la ruptura religiosa que se ejemplifica claramente con la reforma protestante.

Los principales criterios diferenciadores de la organización Estado con respecto a las anteriores son: la creciente concentración del poder en una sola instancia, la relación a un territorio y la creciente impersonalidad del mando político. La aparición del Estado Moderno se vio favorecida por la pérdida de la hegemonía política de la Iglesia, lo cual supuso el proceso de secularización que derivó en la Reforma y el inicio del Renacimiento. Las transformaciones económicas contribuyeron también a la emergencia del Estado-Nación. La época moderna se ve marcada por el mercantilismo que determinaría la conformación de un nuevo orden económico, el capitalismo. El Estado se erige como el *gran vencedor*, garante del nuevo orden social, económico y político.

La era moderna se abre paso con la instalación de la secularización en el mundo, la fe en la razón y el progreso. El *iluminismo* es un término que alude a una metáfora interesante que parece describir elocuentemente el nuevo pensamiento occidental. En medio de todo este reordenamiento de fuerzas, existen también una serie de innovaciones tecnológicas que posibilitaron la configuración de un nuevo tipo de sociedad. Entre ellas, podemos contar la imprenta y, consecuentemente, la aparición del periódico. La imprenta coadyuva a dar un salto cualitativo en materia de comunicación, al volver accesible la información al público, asunto que muy pronto fue motivo de preocupación para los gobiernos, los cuales tuvieron que actuar regulando el funcionamiento del nuevo invento. Y es que la imprenta jugó un papel central en la difusión de ideas. Los textos que comenzaron a editarse hicieron posible, en gran medida, la circulación del pensamiento subversivo que cuestionaba el orden.

La expansión del número de lectores, poco a poco, empezaría a configurar distintos espacios en los cuales se leían los textos, pues hay que recordar que la lectura fue, al inicio, un fenómeno social compartido, debido a la gran cantidad de personas que desconocían la letra escrita y, por tanto, no sabían leer. La lectura en voz alta comenzó a popularizarse muy pronto en los sitios públicos, tales como cafés, clubes, salones de té, bibliotecas y librerías; sitios en los cuales se debatían los contenidos de los pasquines y gacetas que comienzan a imprimirse en ese momento y que constituyen el antecedente inmediato del periódico. Estos lugares funcionaron como una especie de incubadora de la opinión pública, al permitir un espacio al debate de ideas del hombre ilustrado que, aunque al inicio estaba caracterizado por la corte y la aristocracia, muy pronto se popularizaría en las ciudades.

Ahora bien, por su parte Bockelmann, caracteriza algunas otras cuestiones que ayudan a explicar el proceso de institucionalización de la publicidad dentro de las sociedades burguesas. Entre ellas están: "Autonomía del individuo: los individuos dotados cada uno de ellos de su peculiar saber, capacidad y experiencia, se reúnen para ensanchar la esfera de la reflexión vinculante. Así se formó la colectividad literario-científica de las sociedades, salones y círculos de lectores de la primera época burguesa.

Dialéctica entre el ámbito privado y la opinión pública el razonamiento realizado en público y la esfera privada no razonada se presuponen mutuamente. Las personas privadas abandonan la intimidad de la alcoba para ingresar en la luz pública del salón; no obstante, la intimidad y la luz pública se precisan de forma rigurosa y mutua.

No está organizada la formación de opiniones y de voluntades: las instituciones que controlan y dirigen el proceso de autoilustración de las personas privadas, en lo que se refiere al sentido que deben dar a su vida, y que dirigen y controlan las divergencias de los argumentos privados tendentes a la consecución de una voluntad común, no son instituciones nacidas de la convivencia y de la comprensión interpersonal. La prensa y los partidos son instituciones formadas por grupos políticamente intencionados, no al revés".

Estas tres ideas nos ayudan a comprender la compleja dinámica en que la opinión pública burguesa comenzó a funcionar: el individuo percibido como un agente capaz de generar y construir una opinión en torno a la información a la que tiene acceso, el proceso dialéctico que configura y reorganiza las concepciones de espacio público y espacio privado y, por último, el proceso de organización de las opiniones que dista de ser homogéneo y desinteresado.

El público que emerge en las sociedades ilustradas se caracteriza por los matices del contexto de efervescencia sociopolítica de la época. La gran constante es que "todos se guían por cánones parecidos y en todos está presente el raciocinio, la polémica y la crítica". El público lector no se limita a moverse en el ámbito social, sino que comienza a trasladar su campo de acción al terreno político.

Durante la Ilustración, la opinión pública se caracteriza por basarse en la razón. "Primero, se la considera como procedente de discurso razonado, la conversación activa y el debate... (el debate). es soberano e igualitario; opera independientemente del *status* económico y social... finalmente, el debate, si persigue opiniones correctas, debe ilustrarse a través de una publicidad de los asuntos políticos y sus consecuencias".

En los márgenes del Estado Moderno, el concepto de publicidad aparece relacionado con los ideales surgidos de la Ilustración que recaen en los argumentos de la racionalidad. El debate público se caracteriza por estar sustentado en estas bases. Con el desarrollo del capitalismo mercantil, que inicia en el siglo XVI, se posibilita la gradual diferenciación entre los ámbitos privados y públicos que no existía durante el régimen feudal. La aparición de una nueva clase social, la burguesía, permitió incluso la aparición de un nuevo tipo de espacio público. Emerge, así, un tipo de sociedad en la que el sistema estatal se encarga de regular la vida política y económica, en el que: "(...) el sentido atribuido a la autoridad pública empezó a cambiar: empezó a referirse menos a la vida cortesana y más a las actividades de un sistema estatal emergente que ha definido legalmente las esferas de la jurisdicción y un monopolio sobre el empleo legítimo de la violencia".



Aparece, pues, por un lado, el ámbito privado, que encuentra su fundamento en la familia y que tiende a desligarse de la actividad económica. Y, por el otro, el ámbito público caracterizado por el Estado. Sin embargo, entre estos dos ámbitos, emerge una nueva esfera de lo público: una esfera pública burguesa integrada por individuos privados que se reunían para debatir entre sí sobre la regulación de la sociedad civil y la administración del Estado.

Este espacio funcionó como un contrapeso del poder del Estado en donde a partir de la crítica basada en el uso público de la razón se debatían las ideas en un ambiente de igualdad y libertad, valores emanados de la tradición burguesa ilustrada. Evidentemente, tal y como afirma Habermas, hubo dos elementos que posibilitaron la formación de una opinión pública emanada del ejercicio del debate público de individuos privados. Estos fueron la prensa de opinión y los centros sociales, tales como los salones de café o los clubes. Ambas instituciones cumplieron una función importante, ya que de alguna manera potenciaron la generación de una opinión pública basada en el consenso y el ejercicio público de la razón. La publicidad en este momento tenía un valor normativo.

¿Cómo se da esta transformación de lo *público* de la sociedad burguesa a la sociedad de masas? El salto cualitativo estaría definido por distintas circunstancias sociopolíticas que, en el primer caso, favorecieron la construcción de una opinión basada en el consenso y en el diálogo racional y, en el segundo, se caracterizaron por la fragmentación de discursos vertidos por distintos grupos políticamente enfrentados y socioculturalmente diferenciados.

Bockelmann observa que la creciente disolución entre la esfera familiar privada y la opinión pública burguesa como unidades funcionales diferenciales, es producto de las transformaciones profundas que experimentó la economía, que, junto con la creciente centralización del capital, desencadenaron unas profundas transformaciones sociopolíticas que iniciaron en la segunda mitad del siglo XIX y sus consecuencias se prolongaron hasta comienzos del siglo XX.

Existen varias razones que posibilitaron el declive de la esfera pública burguesa. Habermas indica que hubo dos hechos que repercutieron hondamente en el replanteamiento del concepto liberal burgués de lo público. El primero tiene que ver con la disolución de los espacios que fomentaron la creación de una opinión pública; los salones de café y los clubes desaparecieron. Y el segundo se relaciona con la transformación que sufrió la prensa al constituirse como una empresa comercial, la cual abandonó su papel como *forum* de debate crítico racional para convertirse en un bien de consumo más.

CULTURA

279

POLÍTICA, JÓVENES Y COMUNICACIÓN: UNA LECTURA DESDE LOS ESTUDIOS CULTURALES

12

LA CULTURA POLÍTICA DE LOS
JÓVENES

CULTURA POLÍTICA, JÓVENES Y COMUNICACIÓN: UNA LECTURA DESDE LOS ESTUDIOS CULTURALES

César Augusto Gaviria Cuartas¹²

Cultura cívica para las democracias liberales

A mediados del siglo XX se empezó a utilizar la expresión ‘cultura política’ para referirse a los estudios acerca de un conjunto multidimensional de fenómenos que tenían relación con las manifestaciones humanas que se expresan dentro la vida política en comunidad. Particularmente, la década de los sesenta del siglo pasado fue escenario de las primeras teorizaciones del concepto. Desde aquel entonces, el estudio realizado por Gabriel Almond y Sidney Verba se convirtió en referente obligado cuando de hablar de este tema se trata. Estos teóricos norteamericanos señalaron que era vital la actitud de los ciudadanos para generar una cultura no sólo política sino, específicamente, una cultura supeditada a los ideales democráticos occidentales del momento. Para ellos, la cultura política era ... el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político; abarca a la vez, los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política; la manifestación en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política”.

¹² Gaviria Cuartas, César Augusto. Cultura política, jóvenes y comunicación: una lectura desde los estudios culturales. En: Revista Nexus, septiembre del 2015. Págs. 130-142

Era una época en la que, por un lado, el colectivo de referencia era la comunidad política en sentido amplio, de donde se desprendía la idea de la homogeneidad de cada sociedad; y por otro lado, se vivían los primeros años de la Guerra Fría que promovió - durante más de cuatro décadas - la bipolaridad capitalismo vs comunismo, y que llevó al debate sobre “dos modelos de Estado moderno de participación”, el democrático y el totalitario.

En ese contexto Almond y Verba analizaron diversos países (sobre todo del denominado Primer Mundo) y determinaron tres orientaciones básicas de la cultura política: cognitiva, afectiva y evaluativa, que equivalen, respectivamente, a cómo conocen, sienten y juzgan los individuos el sistema político en el que se insertan. El objetivo de estos investigadores era establecer cómo estas cuestiones de carácter nacional tenían una “relación significativa con el funcionamiento, estabilidad y eficacia del sistema político”. Quizá esta perspectiva haya coincidido con lo que en su momento hicieron pensadores como Aristóteles, Montesquieu, Rousseau, Tocqueville, Saint-Simon, o Stuart Mill, por explicar el origen y evolución de diferentes regímenes políticos.



Para el caso de Almond y Verba, ellos establecieron que la cultura parroquial, *la cultura de súbdito y la cultura participante* eran las tres formas como se materializa la cultura política, y concluyeron que hay que promover una cultura cívica que respalde al correspondiente sistema político, con el fin de demostrar que cuando existe coherencia entre las actitudes de la ciudadanía y el sistema político, se da estabilidad a este último; y cuando no, el segundo abre la puerta a su inestabilidad o desaparición. Por ello, si se quería un “triunfo del modelo democrático del Estado de participación” era necesario una cultura política cívica “coordinada con la forma democrática del sistema político de participación”. Como se advierte, esta *cultura cívica* estaba pensada para respaldar decididamente a los sistemas democráticos liberales, quienes se ven favorecidos por ciudadanos “que participan (pero no demasiado) y obedecen (pero no de forma pasiva)”. Hace pocos años el mismo Gabriel Almond admitía el trasfondo de sus planteamientos en la década de los sesenta:

Lo que la teoría de la cultura cívica afirma es que, para que un sistema democrático funcione bien, tiene que evitar el sobrecalentamiento por un lado, y la apatía o la indiferencia por el otro, ya que debe combinar la obediencia y el respeto a la autoridad con la iniciativa y la participación, sin que haya mucho de lo uno o de lo otro, ya que no todos los grupos, intereses y temas irrumpirán simultáneamente, sino que los diferentes grupos, temas y sectores serán movilizados en distintos momentos.

Más allá de las críticas que posteriormente recibieron los postulados de Almond y Verba durante la década de los setenta, aparecería después de la década de los ochenta una tercera etapa de los estudios acerca de la cultura política, en la que se destaca el también norteamericano Ronald Inglehart. Para Inglehart, la cultura cívica es como “un síndrome coherente de satisfacción personal, de satisfacción política, de confianza interpersonal y de apoyo al orden social establecido”. En estas satisfacciones es clave el postmaterialismo – todo lo relacionado con las expresiones de autorrealización, afectividad, y participación – como motivador de las nuevas formas de expresión política, sobre todo de la juventud. Sus estudios analizaron datos recogidos por varias encuestas en diferentes países europeos, para comprobar que las distintas distribuciones de las orientaciones básicas (satisfacción con la vida, confianza interpersonal, satisfacción con la política, altos niveles de discusión política y el apoyo al orden existente) coadyuvan al funcionamiento de las instituciones democráticas. Inglehart entendía la cultura política como “un sistema de actitudes, valores y conocimientos que son ampliamente compartidos dentro de una sociedad y que son transmitidos de generación en generación”.

Con esto, Inglehart pretendió delimitar valores, actitudes y conocimiento con el fin de establecer que las gentes están enlazadas a objetos políticos que son externos o están por encima de la cultura misma. Para él, la cultura política predominante en las sociedades industrializadas debía estar al servicio no sólo de la viabilidad democrática de las instituciones sino del desarrollo económico de estas sociedades. De allí que en su definición de cultura política quede establecido que algunos valores predominan sobre otros, por ejemplo, la libertad sobre la igualdad, o las gratificaciones postmateriales sobre las materiales. Específicamente, Inglehart cree que la socialización de la postguerra se basa en la experiencia de tener cubiertas las necesidades materiales básicas, lo que generó la aparición de nuevas y superiores necesidades, y el deseo de más amplias relaciones sociales.

Inglehart ha defendido que la prosperidad y la paz de las que han disfrutado las sociedades industriales, han generado entre las generaciones más jóvenes un cambio cultural que propicia el progresivo aumento de los valores postmaterialistas en detrimento de los materialistas, favoreciendo, como consecuencia, la búsqueda de esos mecanismos de participación política alternativos.

Aunque se abona a Inglehart su deseo de comprender las lógicas políticas de las nuevas generaciones, el análisis inglehartiano se enfocaba más bien en la relación entre la cultura y la estabilidad política, y no de la cultura con el funcionamiento propiamente de la democracia, para sugerir que a diferencia de las generaciones anteriores, las clases medias y los más jóvenes “serían los expuestos a la educación y al bienestar o al ascenso social”. Así mismo, hay que decir que esta perspectiva postmaterialista no se ajusta fácilmente a la realidad de la juventud en Latinoamérica. ¿Cómo comprender, entonces, las expresiones contemporáneas de cultura política en los jóvenes latinoamericanos?

En principio, las expresiones de la juventud pueden ser entendidas como subculturas que aparecen y se desenvuelven en su relación con la cultura predominante, marcadamente adulta. Almond y Verba afirman que las orientaciones y actitudes políticas de las personas “se desarrollan y solidifican durante la adolescencia y juventud conforme a las experiencias preadultas del individuo en el entorno familiar y las personales con el sistema (*político*), para mantenerse estables el resto de su vida”.

Sin embargo, lo anterior se ve complementado por los momentos de desacralización de la política y lo político en boca de los jóvenes latinoamericanos de hoy. “Ni los padres constituyen el patrón — eje de las conductas, ni la escuela es el único lugar legitimado del saber, ni el libro es el centro que articula la cultura”. Específicamente, los medios divulgan informaciones que dispersan las versiones institucionales de los hechos políticos y que entre los jóvenes se *mundanizan* a partir de la simplificación de las temáticas en escenarios conversacionales que ellos practican a diario. Con esto, las identidades transmitidas de la generación más adulta a la más joven se debilitan, en favor de una trasmisión entre contemporáneos. Así, en términos de Margaret Mead, el lugar incuestionable de la socialización en la cultura postfigurativa le da paso a una socialidad de corte cofigurativo, lo que refuerza su condición de subcultura. Afirma Morley: Los miembros de cierta subcultura tenderán a compartir una orientación cultural a decodificar mensajes de un modo particular. Sus lecturas individuales estarán enmarcadas por formaciones y prácticas culturales compartidas que a su vez estarán determinadas por la posición objetiva que ocupa el individuo en la estructura social.

Se debe tener en cuenta tanto el factor individual como el contexto social, y los recursos culturales de los cuales dispone el individuo en dicho contexto. En otras palabras, cada individuo es un decodificador “inmerso en un particular contexto social estructurado”. Con esto, cada sector de la audiencia juvenil “entiende” cuál es su situación en la estructura social y reacciona a ella desde su respectivo sistema de sentido.

En la construcción de cualquier cultura política son fundamentales los agentes socializadores, tales como la familia, la Iglesia, la escuela, y en el último siglo han adquirido gran relevancia los medios masivos de comunicación, al punto que hoy puede considerárseles un actor social clave en el escenario político de las democracias. Su significación se verifica en su capacidad de representar lo social, de allí que se vean comprometidos con la aparición de nuevos temas, actores e interpretaciones sociales y culturales. “Los medios han aumentado su rol de intermediarios entre instituciones del Estado y la gente, procesan la inconformidad de la ciudadanía, sensibilizan socialmente frente a intervenciones estatales en ciertas situaciones y llegan incluso a ser factores determinantes de la gobernabilidad local o nacional”.

Aunque la juventud en ninguna parte del mundo representa un bloque homogéneo y su ubicación espacial como grupo social rebasa los límites del barrio o la localidad, existen algunos elementos comunes a ella: la juventud es la edad de las iniciaciones (social, sexual, política, etc.). Es, también, la edad de las crisis (religiosa, de autoridad, ideológica, entre otras). Además, la juventud es la etapa en la que se aprende a darle un sentido a la vida. Esto les da un carácter especial a los jóvenes, que toman distancia con respecto a otros grupos sociales -como los adultos-, cuando particularmente exteriorizan su condición en la simple conversación cotidiana.

Con base en ello, se comprende los procesos que ocurren al interior de sectores juveniles. Más que legitimación de lo tradicional, cada joven (y sus grupos sociales específicos) puede motivarse a pensar su realidad de múltiples maneras, en pro y en contra del mundo establecido. En este orden de ideas, el partidismo, el estatismo, el clientelismo y otras expresiones de cultura política tradicional suelen entrar en crisis pues sus más recientes ‘adeptos’, no lo son tanto; la militancia es efímera y emocional, y los gustos ideológicos están atados a momentos precisos de la realidad política, económica y social. Ese es el reto de fortalecer los estudios de la cultura política desde la perspectiva interpretativa e interdisciplinaria de las realidades políticas y sociales que ofrecen los Estudios Culturales, con el fin “de pensar estrategias y ámbitos para el accionar de viejos y nuevos sujetos, distintos pero complementarios a los del accionar político-partidario”.

Precisamente Martín-Barbero considera que las nuevas realidades sociales de las últimas décadas están obligando a repensar las relaciones entre cultura y política “justamente en lo que ella tiene de espesor comunicativo, esto es, de trama de interpelaciones en que se constituyen los actores sociales; lo que a su vez se revierte sobre el estudio de la comunicación masiva, impidiendo que pueda ser pensada como mero asunto de mercados y consumos y exigiendo su análisis como espacio decisivo en la redefinición de lo público y en la construcción de la democracia”. Ello evidenciaría la inaplicabilidad de la propuesta de Inglehart debido a que se queda corta ante la aparición de múltiples culturas políticas (en plural) que se desmarcan del modelo tradicional institucionalizado de la cultura política (en singular), particularmente en su relación con la televisión.

Tanto los productores de televisión como sus receptores son objetos de estudio de por sí muy complejos, pues representan espacios de tensiones entre la cultura y el mercado, lo político y lo económico, lo social y lo individual. Esto pone en consideración la inminencia de otras lecturas de las audiencias y su relación con la política, ante los vacíos dejados por los postulados del modelo inglehartiano. La respuesta a esa invocación ha sido lo que Richard Merelman denomina cultura política mundana, un modelo que apunta a pensar cómo las personas comúnmente construyen, usan e interpretan ideas, términos y símbolos de carácter político; es decir, determinar las expresiones y consideraciones políticas que aparecen en el mundo cotidiano, muchas veces de manera asistemática e implícita.

La propuesta de Merelman no corresponde con la perspectiva teórica de la cultura política aséptica, limpia, institucionalizada, iniciada en la década de los sesenta del siglo pasado. Por el contrario, quiere poner el acento en la cultura de las gentes, tal cual como ella se da en la vida diaria, con regularidades e irregularidades. Por tanto, la cultura política mundana entiende que los actores individuales varían su discurso político, de contexto a contexto. Asimismo, las personas libremente evalúan ideas y símbolos en formas que son algunas veces lógicamente inconsistentes. Incluso hay momentos donde las personas “aplican las mismas palabras a diferentes cosas o modifican el significado de los términos según los intereses del momento”.

A diferencia de Inglehart (que afirma que las situaciones políticas están atadas a momentos institucionalizados), Merelman valora los escenarios no institucionalizados de la cultura política: “Una persona puede usar un concepto político, como por ejemplo ‘libertad’, de manera puramente objetiva sin la observancia de un significado preciso. Por fuera de las instituciones políticas, la cultura política asume tantas formas como el discurso lo permita”. En este sentido, la cultura política es espontánea, aparece ‘en vivo y en directo’, en conversaciones que no tienen mediadores (como el periodista, el líder político, o el relacionista público), y en ocasiones en situaciones que no tienen como fin último el debate de tópicos políticos. Para Merelman, esto convierte a todas las formas de discursos sobre lo político en una acción política, así no estén acompañadas por un comportamiento político. Cuando Merelman se pregunta acerca de cómo la cultura política mundana ayuda a explicar la estabilidad política, él mismo responde: La respuesta reside en el carácter multivalente y a menudo contradictorio de las ideas y símbolos de la cultura política mundana: en su desconexión de la acción política vigorosa y en el vacío de las instituciones sociales y políticas. La cultura política mundana no lleva a los ciudadanos a apoyar con entusiasmo las instituciones políticas existentes. Al contrario, sus ideas y símbolos multivalentes inhiben a los ciudadanos de cualquier participación política institucional relevante. El resultado puede ser la estabilidad política basada no en el consentimiento de principio sino más bien en la ambivalencia desactivadora.

Con esto, se entiende que haya culturas políticas que se mantienen al margen de cualquier actividad política, o simplemente son imperceptibles, como una especie de desobediencia civil no exteriorizada. La perspectiva de Merelman pone sobre la mesa la disputa entre lo institucional y lo no-institucional al abrir la puerta a un análisis más interpretativo de las formas que puede adoptar la cultura política ordinariamente, una perspectiva que permite “percibir y pensar una serie de fenómenos que se desarrollan en los niveles capilares, en los intersticios menos perceptibles del tejido societal, y que permita rescatar la especificidad de tales fenómenos”.

Así entonces, las audiencias mediáticas y sus prácticas rutinarias son espacios donde puede verificarse la cultura política mundana señalada por Merelman. Particularmente, la recepción de noticias de televisión son momentos cotidianos donde aparece ese tipo de cultura política: solos o acompañados, los televidentes interpretan lo que el canal divulga, y no lo interpretan necesariamente en el sentido que quizá el periodista o el telediario pretenden establecer. Dichas interpretaciones motivan discursos de distinto tipo.

El modo en que las audiencias responden a los mensajes que ofrecen los medios depende precisamente del grado de coincidencia -u oposición- con otros mensajes o puntos de vista que hayan encontrado en otras esferas de sus vidas. Para David Morley, en el proceso de decodificación de los mensajes de los medios siempre se entrecruzan los mensajes de diversas fuentes, se tenga o no consciencia explícita de ello.

Los mensajes que recibimos de los medios no nos encuentran aislados, porque todos llevamos con nosotros, en el momento de recibirlos, otros discursos y otro conjunto de representaciones con los que estamos en contacto en otras esferas de la vida. Los mensajes del momento confluyen con otros que hemos recibido antes, mensajes explícitos o implícitos de otras instituciones, de personas conocidas o de fuentes de información en las que confiamos.

Contrario a la fuerte creencia en la omnipotencia del emisor -propia del modelo tradicional positivista de la comunicación-, el significado del discurso masivo no es algo prefijado por quien emite, “sino el resultado de una negociación constante y variable entre la posición y el contexto de ese emisor, por un lado, y las posiciones subjetivas y contextuales de los receptores, por otro”. En muchas ocasiones, ese receptor no está solo; está acompañado por otros, que al igual que él, pone en consideración lo que recibe de los noticieros. Particularmente, las noticias sobre política colombiana son motivadoras de discusiones que, en el hogar, el restaurante o la oficina, llevan, de manera inherente o evidente, las perspectivas propias de la cultura política de los individuos que reciben dicha información.

De igual forma, el carácter etario — como el ser joven - es un elemento clave al convertirse en factor diferenciador de las interacciones; las preferencias; las acciones adecuadas e inadecuadas; y los modos de televidencia. Así, la recepción de los medios es fundamental para entender “los procesos de reconstrucción de los significados hegemónicos y para conocer con más profundidad y amplitud la generación de resistencias y contrapesos al poder”.



Para David Morley no sólo hay que pensar la interpretación como algo propio de la psicología de cada individuo, sino que trasciende a los grupos socioeconómicos y a las subculturas internas a cada sociedad. Con ello se pone el acento en los marcos culturales a los que tienen acceso los distintos individuos. “La diferencia que haya en nuestras respuestas a ese mensaje debe relacionarse también con nuestros distintos orígenes sociales, con el modo en que estos nos suministran diferentes instrumentos culturales, diferentes marcos conceptuales que llevamos a nuestra relación con los medios”. Por ello, es fundamental tener en cuenta todas las formas culturales (o subculturas) que se manifiestan al interior de la cultura predominante, entendidas como “sistemas de sentido” y “modos de expresión” de sectores particulares de la estructura social que dan trámite a las contradicciones en cada situación social que comparten.

Todo lo anterior confirma el llamado que hace Jesús Martín- Barbero para que se adelanten indagaciones apoyadas en los Estudios Culturales como enfoque interdisciplinar para comprender los flujos de los medios en los “mundos de vida de la gente”, en grupos sociales como los jóvenes donde se combina no sólo las hibridaciones globales sino también las resistencias locales. “La cultura cotidiana de las mayorías desafía a fondo nuestros esquemas al apropiarse de la modernidad sin dejar su cultura oral, al estar gramaticalizada no por la sintaxis del libro, sino por los dispositivos narrativos de la radio, el cine y la televisión. La nueva sensibilidad convierte el estudio de la comunicación en tarea de envergadura antropológica”.

Conclusión

Hoy las múltiples manifestaciones juveniles son la expresión del disputado valor al reconocimiento y a la autonomía de hacer política por fuera de los estándares tradicionales. Las culturas políticas de los jóvenes se basan en sus múltiples identidades, y en las formas de consumo de información televisada que expresan tanto la defensa de la institucionalidad, como la participación en fenómenos alternativos globales que los mass media divulgan.

En un mundo con identidades fragmentadas, producto de los múltiples universos simbólicos de los que participan, las causas políticas juveniles suelen ser dispersas y cortoplacistas. Por eso, los agentes del partidismo, el estatismo, el clientelismo y otras expresiones de la política tradicional latinoamericana se intranquilizan ante la presencia de una generación que ve la militancia política como algo baladí y los gustos ideológicos como momentos precisos atados a acontecimientos políticos de la realidad de cada país.

Lamentablemente han predominado análisis que sobrevaloran el orden político y el estado de cosas tradicional, soslayando los claroscuros en las expresiones políticas que a diario se dan en la recepción de las audiencias. En tal sentido, la realidad de América Latina posee un carácter tan sui generis, que obliga a que las propuestas de análisis de la cultura política se desmarquen del empirismo de la corriente positivista — propia de la línea de Almond y Verba - para darle mayor vuelo a una lectura problematizadora de estas realidades — planteada por Merelman. Esto coincide con lo afirmado por Lechner quien propone aplicar sobre las realidades de Latinoamérica “un enfoque dialéctico que aborde en conjunto las formas de democratización y los problemas históricos” como manera de reconocer el valor positivo de la pluralidad y la heterogeneidad existente en el continente.

A partir de allí, la participación directa de las gentes desde su cotidianidad haría de la política un constructo social que por momentos puede incluso contravenir los ideales institucionalizados del momento, o mezclar elementos en apariencia contradictorios. Si consideramos los rasgos tradicionales de la cultura política en Colombia - el bipartidismo, la violencia, el clientelismo, la concepción de pueblo, la religión católica, la izquierda, la tradición civilista, y el individualismo-, combinadas con las expresiones propias de la sociedad colombiana contemporánea -más heterogénea, plural, laicizada y fragmentada-, podríamos establecer que nuestra democracia en la vida diaria se desenvuelve de manera conflictiva y paradójica, lo que dejaría sin piso las lecturas que siguen la línea teórica de Almond y Verba para darle paso a análisis de corte merelmaniano.

PARTICIPACIÓN

POLÍTICA DE LOS JÓVENES EN MÉXICO DE LOS MILLENIALS Y SUS IMPLICACIONES EN LA DEMOCRACIA

13

PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS JÓVENES EN MÉXICO DE LOS MILLENIALS Y SUS IMPLICACIONES EN LA DEMOCRACIA

Ninel Silva Rodríguez¹³

José Juan Cervantes Niño

Juventud y democracia: su participación política como elemento para consolidar en los procesos democráticos

Desde el origen de la democracia, paralelamente se ha reconfigurado su definición. Diversos estudios retoman que en sus inicios fue considerada etimológicamente a los vocablos griegos demos y krátos, es decir pueblo y poder, es a partir de estos que se ha desarrollado el debate sobre los regímenes democráticos hasta el siglo XXI. Lo anterior permitió, por un lado, la discusión en contra y a favor de la democracia por el otro, la construcción teórica de su estudio y su implementación con diversos resultados en los países desarrollados, así como en aquellos en vías de desarrollo.

¹³ Rodríguez, Silva Ninel; Cervantes Niño, José Juna. En: La democracia cuestionada. Representación política, comunicación y democracia. Vol. I de Las ciencias sociales y la onnleitner, agenda nacional. Reflexiones y propuestas desde las Ciencias Sociales, 2018.

De tal manera, una diversidad de estudios permitió identificar como elementos centrales de la democracia a los ciudadanos que desde los orígenes de este régimen en Atenas y Grecia se les denominaba pueblo. El pueblo y la ciudadanía era exclusiva de los hombres adultos, poseedores de propiedades y con estricto origen ateniense.

A la etapa anterior se le conoce como época clásica (5000 a.C.-476 d.C.). Durante ese periodo, se construyeron gobiernos abiertos a las demandas del considerado pueblo, se consideró como el periodo de tiempo donde se practicó la democracia directa, aunque de tipo exclusivista pues no todos los individuos eran considerados ciudadanos. Posterior a ella, los estados democráticos cayeron y con el advenimiento de la época medieval (476 d.C.-1492) se establecieron las monarquías, también inició el estudio teórico de la democracia, en las que el poder recaía en un solo individuo: el rey. En este periodo los ciudadanos difícilmente eran escuchados y la atención estaba en el enriquecimiento a partir de la explotación de los recursos naturales y de la mano de obra.

Con la llegada del renacimiento como movimiento cultural, se observaron nuevamente dinámicas colectivas que permitieron transitar de la época medieval a la época moderna y distribuir la protección de las garantías y los derechos civiles de una mayor porción de la población en algunas ciudades de Italia e Inglaterra, entre otras.

En la época moderna (1493-1789) nuevamente germinaron las ideas de la democracia con la participación de la sociedad en movimientos importantes en el año 1642 como la revolución en Inglaterra; posteriormente en 1789 la revolución francesa. En 1775 fueron los inicios del movimiento independentista en el continente americano, ahora EUA. Paulatinamente se construyeron Estados nacionales independientes, conformando algunos, sistemas políticos representativos tal fue el caso de Inglaterra, Italia, Alemania, entre otros. En ese sentido, pensadores como Rousseau primeramente propuso una ciudadanía activa y participativa con apego a la ley y Mary Wollstonecraft escribió críticas hacia los grupos privilegiados de la época y denunció la opresión hacia la mujer en Europa. Se consideró a América cuna de la democracia moderna por la constante búsqueda de establecer una situación de igualdad y de derechos políticos. Además, por ser una nación en formación los jóvenes empezaban a formar parte del ejército.

Finalmente, en la época contemporánea (1789) por un lado se regulan las condiciones para generar la ciudadanía, contar con responsabilidades y derechos ante el Estado; también se estudió más sobre el sistema representativo, el voto se universaliza y ya en la discusión, surge como propuesta el socialismo con mira hacia el comunismo; sin embargo, mientras más se ganaba terreno en el logro de los derechos políticos, paradójicamente, mayor era la brecha de pobreza y desigualdad económica en los países democráticos. Por tanto, la democracia terminaba por ser un gobierno de las minorías esto es, un gobierno plutocrático, donde se manipula el voto y del cual, desde la realidad juvenil, los jóvenes no forman parte.



OPINAN Y DECIDEN



FrenteCiuda



@FrentePor

Como contraparte a lo anterior, recientemente en el contexto árabe del siglo XXI, el movimiento de la primavera árabe mostró, a pesar de no ser un movimiento exclusivamente generacional, los jóvenes compartieron con otras generaciones la percepción hacia el sistema político en el poder, por tanto, fueron un motor para el movimiento debido a en parte por el tiempo que disponen, las energías, los conocimientos, sus perspectivas del futuro, su familiaridad con las nuevas tecnologías de la comunicación y socialización, son más plurales, aunque individuales, más esto no ha impedido su compromiso social, el dominio de lenguas extranjeras y el acceso al mundo exterior a través de las telecomunicaciones. La primavera árabe se entiende como un movimiento generador de un nuevo ciclo político iniciado por su ciudadanía.

Así mismo, la participación política de los jóvenes en América Latina surge a partir de finales del siglo XIX y principios del XX, apoyando movimientos obreros y sindicales; algunos movimientos propiamente estudiantiles que involucraron a la clase media, tales como las huelgas y los movimientos sindicales en Brasil en 1917, Perú en 1919, Argentina y México en el año de 1918, sin dejar de lado, los movimientos campesinos como la revolución de 1910 en México. De esta forma, la participación política de la juventud se ha observado a través de medidas divergentes a las establecidas desde las esferas de gobierno, principalmente las llamadas movimientos estudiantiles.

La situación económica, política, social y cultural de México tiene sus altibajos. Los estudios sobre la juventud adquieren importancia debido a la presente vulnerabilidad que la cohorte presenta. Los estudios de las generaciones han desarrollado otros prismas para estudiar los fenómenos que vive la juventud. Como características en común de esta generación es que comportante una cultura tecnológica y han crecido en una realidad dominada por las pantallas de ordenadores, celulares, tabletas electrónicas y televisores, lo que les permite ser altamente competentes en los recursos ofertados por la web, por tanto, suelen estar altamente activos en las redes sociales.

Los conceptos de participación y política están estrechamente relacionados con la categoría de ciudadanía, entendida como la necesidad existente entre el Estado y la sociedad en pro de edificar de forma gradual, espacios, valores y actitudes que favorezcan su ejercicio efectivo. Desde su construcción, ciudadano es todo hombre libre que forme parte de una comunidad donde se realicen buenas acciones, un elemento distintivo del ciudadano o ciudadana es contar con la mayoría de edad, se adquiere el derecho a votar y ser votado.

Algunas generalidades en el mundo de la generación millennial está la búsqueda de la estabilidad en un mundo incierto principalmente en algunos países de la Unión Europea bajo los estragos de las crisis económicas, también se preocupan en la dirección que están tomando el crimen, la corrupción el desempleo.

Algunas encuestas como las realizadas por Deloitte y Pew Research presentan la percepción de la cohorte sobre su realidad. La primera levantó muestra en 30 países del mundo y la percepción de esta generación mostró que tienen gran sentido del control en el ámbito laboral, sin embargo, en cuanto a lo político no consideran generar influencia alguna. Aun así, 77% se encuentra involucrado en proyectos caritativos. La segunda analiza en EUA periódicamente a esta cohorte manteniendo análisis comparativos con las otras cohortes, particularmente, los *millennials* se sienten menos atraídos a la política tradicional, así como a las instituciones religiosas, son una generación que confía menos en otros, con respecto a las demás generaciones. Su método para acceder a las noticias políticas es a través del socialmedia esta muestra se levantó a adultos norteamericanos con acceso en línea. Generalmente, esta cohorte ésta en contra de las instituciones y las formas institucionalizadas de participación política, también desconfían de los políticos y los partidos que representan y aunque se alejen de ello, si les interesan los temas sociales, ambientales y políticos desde otras plataformas de expresión.

En el contexto latinoamericano el comportamiento electoral de esta cohorte es de tipo coyuntural, es una generación que se encuentra próxima a la participación más que a la exclusión, mayormente, los *millennials* forman parte de miles de proyectos y acciones alrededor del mundo y sus objetivos buscan mejorar las condiciones de vida de quienes se encuentran viviendo en pobreza, su interés público no se sitúa desde una visión del poder. Además, los *millennials* son quienes plantean mayores desafíos a las autoridades y organismos que funcionan como intérpretes de la realidad.

En México, por parte de la Secretaría de Hacienda y Crédito público SHCP se identificó el panorama contextual de esta cohorte con respecto a conductas financieras y de consumo de los fondos de ahorros para el retiro. De los resultados, se identifica contradicción en una generación que considera importante el ahorro, está informado, conoce los conceptos y proceso, pero no se encuentra interesado en ahorrar, todo se queda en el discurso, muy poco en los hechos, esto muestra una visión cortoplacista de vivir el presente sin interesarse y prever el futuro, lo cual influye en el desinterés en la política, además sus prioridades pueden ser muy diversas, así como los mismo millenials.

Algunos datos de la Encuesta Nacional de la Juventud 2012 indican que 90% de los jóvenes les interesa poco o nada la política. El desinterés por la política y en particular por la participación política se debe en parte a la imagen actual que la sociedad tiene de los políticos, en la cual, la sociedad se siente como mercancía electoral, observan que sólo se les busca en los procesos electorales esta generación considera que es importante votar si es por obligación, esto se contrapone a su elemento de libertad y disposición a obra como considere y no porque se lo impongan

Reguillo señala que la ciudadanía juvenil necesariamente debe entenderse como una ciudadanía policéntrica que permite comprender lo emergente y no sólo la ciudadanía política formal a través de la organización tradicional o la participación electoral. Alejandre y Escobar consideran que no es prudente señalar que el Internet conduce de manera automática hacia la organización y fortalecimiento de la ciudadanía, indican que: El ciudadano se forma en el ambiente colectivo de manera natural es una construcción colectiva que sólo es posible en la ciudad es la educación cívica lo que prepara al individuo para que éste participe en los diferentes ámbitos de la política. Así bien, A través de sus diferentes prácticas políticas los millennials en México que se consideran ser minorías debido a sus dinámicas grupales, dejan de ser pasivas, ahora como entes activos han adquirido conciencia de la exclusión y marginación que padecen esto se observa en las denominadas tribus urbanas, en ese sentido, se organizan y emplean vestimenta, ideologías y acciones mostrando divergencia.

La construcción de ciudadana en los millenials parece ser semejante. Es un término dinámico, que se reinventa por los cambios en las dinámicas de los millennials, contraria a la idea individualista, la cohorte es apática a los procesos políticos, se niegan a formar parte de ellos. Las nuevas tecnologías les permiten acceder a las noticias y estar informados y al menos en México no aún faltan mecanismos en línea que permitan participar políticamente más allá que compartiendo un meme y que esa participación incida en la agenda.

Inicialmente los estudios relacionados con las generaciones estaban enfocados en conocer y entender las dinámicas de la juventud, en ese sentido, existe un amplio marco teórico desarrollado desde las ciencias sociales. Elemento fundamental para su estudio es situarse a partir de un momento socio-histórico. El contexto de México corresponde mayoritariamente a permanentes crisis económica, política y social, los efectos han variado en todos los ámbitos de vida que adolecen la sociedad en general y fuertemente los jóvenes.

Existe una vasta diversidad de estudios sobre la juventud en México. Desde dos tipos de trabajos los etnográficos y los centrados en el análisis global de la juventud como los demográficos, educativos, laborales, de salud, migratorios de participación política, de género, religión y valores juveniles y violencia- se conocen y observan desafíos por los que atraviesa esta cohorte; además, factores externos resultados de la globalización complejizan las dinámicas de los jóvenes.

Además, desde la sociológica, el abordaje de las generaciones enriquece las posibilidades de análisis entre diversos grupos societarios que posean la posición generacional, más la conexión generacional y la unidad generacional. Sin dejar de lado a las generaciones como referentes simbólicos para identificar a los agentes socializados en unas mismas coordenadas temporales.

Algunas condiciones que pudieran modificar las relaciones sociales provienen de la globalización. En México, es preciso destacar la cercanía geográfica e influencia de Estados Unidos generan una creciente dependencia, además de la figura en ascenso de presencia europea -españoles- en la región. Internamente, las consecuencias de las transformaciones económicas, políticas y sociales provocadas por la implementación del modelo de desarrollo neoliberal del país, las repercusiones sobre los procesos democráticos han sido divergentes en las conformaciones estructurales de los países. Uno de los grupos considerados vulnerables son los jóvenes 14 a 29 años, pues son herederos de problemáticas globales, nacionales y locales.

Otro elemento a destacar es la propuesta de re-articular lo político a partir de la conectividad. Entre los cambios más importantes que el espacio virtual está propiciando en la construcción de los jóvenes como actores sociales, está «la gestión del yo» o la producción de la presencia y visibilización juvenil de maneras más individuales a las maneras colectivas-grupales del siglo xx, pero que, a su vez, con las múltiples identidades de la generación se habla de juventudes, que han creado sus formas de participación distantes a las formas tradicionales impuestas sociopolíticamente.

En parte, el cúmulo de factores de tipo macro y micro que esta generación enfrenta se incurren en alguna medida en su participación política, en ese sentido, se observa la subordinación de los instrumentos de participación ciudadana -entre los cuales se encuentran los de la participación política- al partido que por más de setenta años gobernó de forma hegemónica el país, esto es, supeditados a la plutocracia mexicana. Esto es importante, toda vez que hacemos uso de la participación política mediante procesos electorales se realiza y contabiliza a través del mecanismo del voto, siendo este su principal recurso democrático, al estar en manos de unos cuantos la implementación y la transparencia de los procesos electorales difícilmente se puede hablar de una real democracia y mucho menos, aspirar a ella como un ideal.

Lo anterior, se muestra como uno de los posibles elementos para generar abstencionismo, así como una desafección por la política y por algunos de los mecanismos de participación. Por otro lado, el abstencionismo y la desafección política de los jóvenes en México, se debe en gran medida a una creciente inoperancia de las instituciones político- electorales, esto es, a una obsolescencia operativa de los instrumentos de participación política y la postura renuente del sistema electoral ante la realidad emergente, además de construir formas colectivas de participación política, contrarias a los mecanismos individualizados de participación institucionalizados.

Algunos desafíos que enfrenta la generación actual de jóvenes en México, enfrentan un futuro dudoso, con una visión un tanto cortoplacista, ávidos de vivir en el instante, cada vez menos interesados en la historia, lo cual podría repercutir en una participación política menos activa. Existen visiones dicotómicas relacionadas con la brecha digital en la sociedad del país. En ese sentido, por una parte, se considera que los jóvenes estudiantes dependen cada vez más de la tecnología reciente y que están más y mejor informados sobre diferentes aspectos de la vida y la realidad que les rodea.

Con la brecha digital se existen cambios en la manera en que la población en general está accediendo a la tecnología. Es la generación de jóvenes con mayor educación que las pasadas y el ascenso de los medios de comunicación en masas propiciaron la llamada “movilización cognitiva”, en la que el ciudadano deja de ser ese actor pasivo o sólo un espectador para fungir como el ente activo difícil de manipular. Contrario a lo anterior, se ha incrementado la desigualdad, educativa, laboral, de salud, de acceso a la tecnología, La Encuesta Nacional de Juventud muestra que 39 % de los jóvenes en México no tienen trabajo, además 54.4 % de los que se encuentran en edad de estudiar no lo hacen; también los medios están financiados por el gobierno y ser periodista en México es un riesgo.



Sin embargo, por otra parte, en México se cuenta con población indígena, por tanto, no se puede excluir la repercusión que tiene las influencias provenientes de la globalización, así como de la brecha digital. Los usuarios de internet en México son mayoritariamente jóvenes urbanos, dada la desigualdad que viven las familias en el país, existen sujetos excluidos de ciertos circuitos informacionales, espacios de participación y demás formas relacionadas con el uso del internet y de las redes sociales.

Los jóvenes indígenas pertenecen al grupo que se encuentra al otro extremo de la brecha de la desigualdad, en ellos se observa el fenómeno de la migración interna -zonas urbanas- debido a una mayor oferta de empleo, educación y servicios, la mayor parte de estos jóvenes obtienen los trabajos más básicos, con mano de obra barata pues no se encuentran especializados, todo ello, les conduce a modificar algunas prácticas sociales y principalmente culturales.

Además, no obstante, los avances en la educación en general y propiamente de la juventud la Encuesta Nacional de la Juventud (ENJ) realizadas en los años 2005 y 2006 los que si estudian son 49.1 % entre 12 y 29 años, tomando los datos de las tres ciudades más pobladas Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey 75% de entre 20 y 29 años no estudia, sólo 5.49% estudia y trabaja. Lo anterior, conlleva a trabajos de mano de obra no calificada, con menos o sin prestaciones de seguridad social, así como la adhesión a un sistema esclavista resultado del endeudamiento.

En lo que respecta a el estudio sobre las generaciones en México se construyó el concepto de generación. Dicho concepto se utiliza para referirse a los jóvenes de la primera generación del siglo XXI, en ese sentido se caracterizan tres tendencias de cambio: el acceso universal no necesariamente general a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación; la erosión de las fronteras tradicionales entre los sexos; y finalmente, el proceso de globalización que conlleva necesariamente nuevas formas de exclusión social a escala planetaria.

Compartiendo los mismos acontecimientos socio-históricos está la generación 2.0, llamada así por su etapa de desarrollo en las redes sociales. En este sentido, se entiende a las redes sociales como nuevas formas de organización, participación y conformación gregaria. Estos jóvenes tienen como atributos el ser jóvenes urbanos, provenientes de la clase media y en su etapa de universitarios. Como protagonistas de la revolución tecnológica del siglo XXI las redes sociales o plataformas digitales les permite mostrarse desde un posicionamiento ideológico y ético de creación e innovación. Los estudios sobre la participación política de los jóvenes en México, desde una visión generacional sostienen que el termino millennial parece no aplicarse a cabalidad, por ello a pesar de algunas similitudes se construyó la generación 2.0 con base a las particularidades del país.

Finalmente, la generación trendsetters llamada trends para denominar a los jóvenes nacidos en la ciudad y actualmente están en la cohorte de entre veintiún y treinta y dos años, por lo general, son solteros, sin hijos; pudieran vivir con su familia originaria o compartir departamento con algún familiar. Las actividades trascienden sus orígenes de clase como límite inferior la clase media baja; principalmente se concentran las carreras en las áreas creativas.

Reflexión final

A manera de conclusión, la revisión histórica de la democracia muestra a una juventud inexistente hasta finales del siglo XIX y actualmente, esta generación de jóvenes mundialmente denominada millennials y en países como México generación 2.0 se encuentran informados sobre la política a través de las redes sociales, su participación política es diversa y se alejan de los mecanismos de participación institucionalizados porque la inoperancia de estos. Los jóvenes inyectan y reclaman dinamismos, pero las instituciones parecen renuentes a implementar cambios innovadores que se encuentren al alcance de las demandas de la población del siglo XXI. Es pertinente y urgente erradicar la falta de eficiencia del sistema político-electoral y las instituciones políticas del país, la pregunta es el ¿Cómo?, y sin atender a la nomenclatura con que se les etiquete, los jóvenes en su proactividad continuarán buscando esos espacios públicos para expresar sus ideas. La diversidad de sus voces sin duda enriquece la reconfiguración de términos como la ciudadanía, la política y la democracia.

LA

RECONFIGURACIÓN DE LO PÚBLICO EN LOS ALBORES DE LA SOCIEDAD ACTUAL

14

LA RECONFIGURACIÓN DE LO PÚBLICO EN LOS ALBORES DE LA SOCIEDAD ACTUAL¹⁴

El declive del concepto liberal de la publicidad del siglo XIX está estrechamente relacionado con el advenimiento de la sociedad de masas. La mayoría de las teorías filosóficas y políticas sobre la sociedad de masas, desarrolladas a partir de los inicios del siglo XX, tienden a caracterizarla a partir del crecimiento de las sociedades industriales, situación que trajo consigo varias consecuencias, por ejemplo, la erosión de los vínculos sociales y familiares de los individuos. La emigración del campo a la ciudad provocó, entre otras cosas, que los individuos se asentaran en grandes suburbios urbanos, teniendo que integrarse en un contexto muy diferente del que provenían. La lógica urbana los imbuía en un espacio que pronto se masificó y en el cual se iban integrando a la vez que se aislaban de sus grupos primarios de referencia.

Dos aspectos guardan estrecha relación con la reconfiguración de lo público en la sociedad actual. Por una parte, con la aparición de los medios masivos de comunicación, se abre una serie de transformaciones en la forma de percibir el mundo y en el acceso de la información por parte de los individuos.

¹⁴ Portillo Sánchez, Maricela. En: *Cultura juveniles y cultura política: la construcción de la opinión política de los jóvenes de la Ciudad de México*. México: s/e, 2004. Págs. 149-162

Y, por otra, ya bien entrado el siglo XX, los conflictos bélicos en Europa y la necesidad de los líderes por hacer llegar sus mensajes, propiciaron la especialización del arte de la persuasión que derivó, a partir de la investigación empírica, en el uso político de la propaganda.

Con respecto a la aparición de los medios masivos de comunicación, Habermas afirma que, con la disolución de la esfera pública burguesa, se da un retorno a la *feudalización* de la vida pública, ya que el poder mediático le otorga a la autoridad pública el prestigio que tuvo durante el medioevo. La crítica de Habermas estaría centrada en la creciente despolitización de la esfera pública, en gran parte motivada por los medios masivos de comunicación, los cuales, a su juicio, no son un *valor de cambio* y no sustituyen a la comunicación interpersonal orientada al entendimiento, antes bien son reforzadores técnicos de la comunicación lingüística, que salvan distancias en el tiempo y en el espacio y multiplican las posibilidades de comunicación; que densifican la red de acción comunicativa, pero sin desenganchar las orientaciones de acción de los *plexos* del mundo de la vida. Va más allá e incluso se lamenta de que la ampliación de la comunicación se encuentra hasta la fecha neutralizada por el hecho de que los flujos de comunicación son unidireccionales y no reversibles.



La propaganda y el marketing político han contribuido a la aparición de un espacio público que se ha visto despojado del principio crítico de la publicidad. Sin embargo, "Habermas quiere sostener que, a pesar del declive de la esfera pública burguesa, que proporcionaba una realización parcial e imperfecta de esta idea, el principio crítico de la publicidad conserva su valor como un ideal normativo". Más allá de esta visión crítica respecto del concepto liberal de la esfera pública, es necesario subrayar el hecho de que la noción de lo público en las sociedades modernas se relaciona con las transformaciones que también han experimentado las nociones de tiempo y espacio.

En las sociedades premodernas, el espacio público estaba constituido por el principio de copresencia; es decir, los individuos que participaban en un acontecimiento público lo hacían de una manera necesariamente presencial. Lo público estaba definido por las condiciones de interacción cara a cara en donde la comunicación dialógica desempeñaba un papel central.

Ahora bien, con el advenimiento de los medios masivos de comunicación, esta característica del espacio público no existe más, pues se han desvinculado las nociones de espacio y lugar. Esta idea ha sido ampliamente desarrollada por Anthony Giddens en Las consecuencias de la modernidad a partir de su concepto de desanclaje, por el cual entiende: "despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales". Esta característica de la modernidad ha acarreado una serie de consecuencias en nuestra forma de ordenar lo social.

Entendemos la modernidad en el mismo sentido en el que Giddens la define haciendo *hincapié* en sus aspectos culturales y epistemológicos al sostener que la modernidad se asocia a un período de tiempo y a una inicial localización geográfica: "Se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos mundiales". De acuerdo a este autor, la modernidad se caracteriza por la creciente separación entre tiempo y espacio, el desarrollo del mecanismo de desanclaje (del que hemos hablado anteriormente) y de la apropiación reflexiva del conocimiento. En todo caso, coincidimos con el autor quien ve en la modernidad un constructo sociológico que aún hoy en día nos ayuda a explicar lo social.

La discusión en torno al reordenamiento de fuerzas que se da a partir de la estructuración del mundo moderno no es objeto de nuestro análisis, por eso sólo nos limitaremos a señalar las relaciones que se dan en el plano de la discusión acerca de lo público y lo privado. En las sociedades anteriores, espacio y tiempo estaban contenidos en un mismo entorno físico. Con la modernidad, las relaciones sociales se desenvuelven en un territorio más amplio.

La noción de desanclaje nos ayuda a comprender el surgimiento de las sociedades modernas que no requieren ya que las relaciones sociales se sometan al contexto local de la interacción. En este contexto, los medios masivos de comunicación han coadyuvado a la creación de un nuevo espacio público basado en esta noción de desanclaje, que les permite crear un entorno de visibilidad, el cual consiste en *hacer ver* a los individuos realidades distantes y, de alguna forma, hacerlos copartícipes del debate público a partir de una nueva forma de participación derivada de su nueva condición de *audiencia*. Los medios tienen la capacidad de hacer visible un acontecimiento público y esto ha traído importantes consecuencias en las formas de participación política de los ciudadanos. Se puede acceder a lo público desde la privacidad del hogar. Es ésta una característica inherente a la modernidad: "El desarrollo de los media, por lo tanto, ha dado lugar a la aparición de nuevas formas de propiedad pública mediática que han asumido un papel cada vez más importante en el mundo moderno".

Lo que sostienen estos autores es que, en el contexto actual, no es necesaria la copresencia para ser partícipe de un hecho de interés público. Los grados de participación se articulan de acuerdo a otra lógica y la definición de los asuntos de interés público también se ha transformado, tanto como la de los actores sociales que son a la vez, públicos, audiencias y ciudadanos. El individuo, que fue súbdito durante la Edad Media, pasó a ser ciudadano con la irrupción del Estado Moderno y, de ahí, ha pasado a ser espectador en la sociedad de masas.

Con el advenimiento de la modernidad, los sociólogos y psicólogos a inicios del siglo XX, preocupados por las nuevas formas de asociación social y de comportamientos colectivos, comenzaron a enfocar el problema de los *públicos* desde nuevos marcos conceptuales.

Gran parte de la investigación que se llevaba a cabo en esos años se centraba en el análisis conductual de las grandes conglomeraciones. Era preocupación constante de los científicos sociales de inicios de siglo, encontrar los parámetros a partir de los cuales construir tipologías de comportamiento de las multitudes que se agolpaban en estas nuevas formas de participación colectiva.

Una de las principales transformaciones de los públicos era su conformación. Ya no era posible hablar de grupos homogéneos que se expresaban en el espacio público, sino que era cada vez más frecuente observar a una multitud de grupos fragmentados que se confrontaban a través de sus discursos. Los públicos se multiplicaron y se volvieron heterogéneos, además modificaron sus formas de participación pública y la forma de argumentar y construir sus opiniones.

Los analistas estaban muy interesados, pues, en estas nuevas formas de comportamiento colectivo y, paralelamente, comenzaron a establecer asociaciones entre este fenómeno y la irrupción de los medios masivos de comunicación, que ya a inicios de siglo comenzaron a modificar el espacio público y a conformar un nuevo tipo de sociedad, de la que ya hemos hablado antes, la sociedad de masas.

El concepto de *masa* aparece en el contexto del surgimiento de una sociedad resultante de la disociación entre la racionalidad substancial y funcional y, el desarrollo desproporcionado de las capacidades humanas, caracterizada por "la interdependencia creciente de las instituciones sociales, la disolución de las comunidades, la aparición de las sociedades burocráticas y el desorden".

El concepto de *público*, asociado a un tipo de sociedad anterior a la sociedad de masas, en donde el debate implicaba necesariamente un tipo de comunicación *dialogica*, deja de tener sentido en este nuevo contexto. Desaparece junto con los ideales de la sociedad liberal burguesa en la que fue construido.

Por otro lado, el concepto de *masa* emerge en un tipo de sociedad moderna en donde los medios masivos de comunicación han reconfigurado el espacio social, haciendo prescindible la *copresencia* como principio elemental del debate público.

Las masas desplazan a los públicos y, de acuerdo a algunos investigadores que abordan este fenómeno desde la psicología de las multitudes, las emociones a la razón. "En la llamada sociedad de públicos la opinión se formaba en torno a los grupos cultos y minoritarios reunidos en los salones o los cafés y con acceso directo a los medios de comunicación. En la sociedad de masas, la opinión pública sigue teniendo por sujeto al público, pero éste no se parece en nada a los públicos de la Ilustración. Los públicos lo forman ahora las masas".

A Ortega y Gasset suele atribuírsele la acuñación del término *masa*, con el cual aludía al "individuo despersonalizado y solitario producido por la situación moderna". Diversos pensadores de inicio de siglo coincidían en sus afirmaciones respecto a la degradación del mundo moderno, el cual, según ellos, había terminado por conformar un individuo desvinculado de sus redes sociales primarias, carente de identidad y aplastado bajo los efectos de una sociedad industrializada. Así: "(...) debido al resquebrajamiento de las costumbres, los hombres han perdido las normas tradicionales y se han convertido en utilizables y sujetos a la manipulación y la persuasión". Este tipo de enfoques sociológicos comparten los supuestos elitistas acerca de la cultura. En el fondo, la masa, representaba el *nuevo hombre*, vulgar, banal, desarraigado, fácilmente manipulable que se guía por la emoción e ignora la razón.

A partir de este tipo de consideraciones, la investigación social sobre el impacto de los medios masivos de comunicación en las audiencias, durante la primera mitad del siglo XX, coincidía en señalar el poder omnímodo de los medios sobre las masas, las cuales, débiles e indefensas, respondían solícitas a los efectos de la propaganda y la persuasión.

Las repercusiones de considerar al individuo como masa aún se dejan sentir en los debates acerca de las nuevas formas de participación política y debate público en la sociedad actual. La equiparación del individuo con la audiencia, en una sociedad en la que los medios masivos de comunicación han coadyuvado a reconfigurar las nociones acerca del espacio público, la opinión pública, la política e incluso la democracia, se vuelve un asunto más complejo si le añadimos la creciente aceleración de las transformaciones que vive nuestra sociedad en el tránsito a constituirse en lo que algunos investigadores llaman ya sociedad de la información.

El proceso de redefinición de la esfera pública está íntimamente relacionado con las transformaciones que experimenta la sociedad moderna, como ya hemos señalado anteriormente. A este respecto, Giddens describe los profundos cambios que perfilan un nuevo tipo de sociedad emanado de lo que él denomina la *modernidad*.

La modernidad implica el reconocimiento de la diversidad. Este autor dice que la sociedad moderna es intrínsecamente globalizadora. La modernidad marca la preocupación por los procesos más que por las estructuras, termina con los relatos globalizadores y enfatiza la mirada pragmática; en este contexto el secreto del orden en la sociedad moderna es el consenso; es decir, la socialización. A su vez el consenso en un proceso complejo de interacción humana y la comunicación es su mecanismo fundamental. Considera que la globalización es un proceso de alargamiento de los métodos de conexión entre contextos sociales o regiones distintas que se convierten en una red abarcadora de la superficie terrestre. La globalización puede entenderse como "...la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia". De esta forma se encuentra no tanto una cultura global homogénea como un mundo en el cual, en forma creciente, cada localidad es tipificada por la hibridación cultural y la heterogeneidad, sujetas a fuerzas transnacionales/globales.

Si partimos de esta definición podemos decir que el proceso de globalización empezó con la interrelación entre países y continentes. De esta manera podemos advertir que la tecnología ha jugado un papel fundamental en la aceleración de estos procesos.

Los medios tecnológicos, que permiten la expansión comunicacional, se han desarrollado desde el barco y el correo, hasta el módem y el *e-mail*. La modernidad ha implicado un proceso de innovación tecnológica que, a su vez, permite la reducción de distancias y la intensificación de la comunicación entre personas que están situadas en distintos contextos.

Sin embargo, es importante recordar que la tecnología no es el único factor en la articulación del orden social y que las técnicas se insertan siempre en las condiciones objetivas de la historia. Distintos autores han condenado el llamado determinismo tecnológico en la reflexión sobre estos procesos. Tremblay (1995) ha identificado diversos obstáculos epistemológicos para la reflexión científica sobre el impacto de la tecnología en la sociedad moderna, tales como: la predisposición positiva natural de los investigadores hacia el fenómeno tecnológico (tecnología = acceso democrático a la información), la tecnología entendida como ente autónomo frente a las estructuras socioeconómicas y las acciones de los actores sociales, entre otros. Por el contrario, Flichy sostiene que gran parte de la definición entre los espacios público y privados se ve determinada por los grandes avances e innovaciones tecnológicas que se han dado en la historia de la humanidad.

No podemos negar que el factor tecnológico ocupe un papel central en la configuración del mundo moderno, pero evidentemente no puede dejarse de lado el contexto en el cual ciertas prácticas se insertan y posibilitan las transformaciones que van más allá del papel económico y que atraviesan lo político y lo social.

La globalización es un concepto que implica el reconocimiento de la existencia de fenómenos que subsumen las características particulares de los grupos, las clases sociales e inclusive las realidades nacionales. La sociedad global constituye una totalidad que envuelve realidades diversas y que posee su propia especificidad. Sin embargo, a pesar de que la sociedad global funciona como una totalidad en conjunto, su dinámica es contradictoria. Se trata de una globalización asimétrica.

El proceso de globalización presupone una reorganización de las sociedades contemporáneas: de las tradiciones, de la estética, de los hábitos de consumo, de los valores, de las identidades, y, por supuesto, del marco espacio-temporal.

Esta reorganización se manifiesta en una coyuntura. Lo global genera dos rupturas fundamentales, la ruptura con el territorio y la ruptura con el Estado-Nación. La sociedad global es desterritorializada y desnacionalizada. Ianni afirma que el paradigma clásico de las ciencias sociales, que se desarrolló en función de las sociedades nacionales, ahora resulta insuficiente. Es a partir de este hecho que algunos autores sostienen que hemos transcurrido ya la modernidad¹⁴ y estamos asistiendo a la configuración de un nuevo tipo de sociedad, que, salvando las distancias, los niveles y el campo desde el cual parten, ha sido caracterizada como: postindustrial, global, posmoderna, sociedad de consumo o sociedad de la información.



Más allá de la discusión conceptual, que parten desde distintas disciplinas, nosotros plantearemos ahora nuestra visión de las cosas. Consideramos que la modernidad, que de acuerdo a lo que sostiene Giddens es intrínsecamente globalizadora, acarreó grandes consecuencias en el plano de lo social, lo económico y lo político, gran parte de las cuales se dejaron sentir durante los albores del siglo XX, pero es a partir sobre todo de la segunda mitad de este siglo que la intensificación y la aceleración de los cambios han coadyuvado a trazar un nuevo tipo de sociedad, que ahora apenas vislumbramos, pero que ya está empezando a dejar sentir -desde hace varias décadas- sus repercusiones. La sociedad organizada a partir de los medios masivos de comunicación y, sobre todo, a partir del surgimiento del internet.

Lo que sucede es que en este proceso de reorganización social, las diversas partes que conforman hoy la cultura mundial ya no se relacionan de la misma manera que antes. Ni siquiera las estrategias de las grandes empresas transnacionales que tienden siempre sistemáticamente a la homogeneización pueden dejar de lado ajustes para tomar en cuenta las particularidades locales.

Javier Echeverría sintetiza este proceso de transformación como un producto de esta nueva forma de organización social en un nuevo concepto: telépolis. "Telépolis se sustenta en una nueva forma de economía, el telepolismo, que convierte los ámbitos privados en públicos y puede transformar el ocio en trabajo y el consumo en producción ". Con este concepto se vislumbra uno de los lugares en donde podemos observar los cambios que comienzan a marcar las transformaciones de la ciudad: lo público y lo privado. A este respecto, distintos autores coinciden en señalar que las fronteras entre espacio público y espacio privado son cada vez más difusas. Lo público irrumpe cada vez con más fuerza en los espacios privados. Esta situación es peligrosa en el momento en que también la privacidad empieza a vivirse como una nueva forma de participación pública. De esta manera la dinámica del hogar -espacio privado por excelencia- se ha modificado. La irrupción de las computadoras en casa (y todas las posibilidades que traen consigo) conjuntamente con la televisión permiten que la información llegue sin tener que salir. Así, aunque podamos observar que hay una creciente tendencia al ensimismamiento de lo privado (estar en casa) en la sociedad moderna, no podemos afirmar que se está aislado. Porque el estar en casa ya no significa estar ausente. Es ésta una nueva forma de ver y estar en el mundo.

La nueva organización social ha roto las fronteras clásicas entre lo privado y lo público. Antiguamente se acudía a las plazas, a los atrios de las iglesias o al mercado para informarse de sucesos importantes, compartir visiones distintas de los hechos y ventilar las diferencias, en fin, para actuar en colectivo. Sin embargo, ahora los medios masivos de comunicación (en particular la televisión) nos permiten hacer todo esto desde la privacidad acogedora del hogar. Encontramos aquí los rastros de una transformación profunda: de la consagración del pueblo ciudadano a la emergencia del pueblo espectador, de la audiencia al target, de la sociedad de masas al ciberespacio.

La convergencia tecnológica, que posibilitará la fusión entre la televisión y el internet, intensificará el desgaste entre las fronteras de los espacios público y privado: "ahora con el advenimiento del internet, disponemos del primer medio que es al mismo tiempo oral y escrito, público y privado, individual y colectivo (...) la relación entre lo individual y lo colectivo está cambiando, y también las reglas que gobiernan su asociación". Acudimos a la reconfiguración de estas esferas, que va más allá incluso de nuestros esquemas conceptuales con los que ahora las aprehendemos y que terminará quizá trastocando nuestras nociones acerca de la política. Implica comenzar a pensar en lo público y lo privado no desde la relación excluyente entre uno y otro, sino desde la posibilidad de abordarlos como un todo orgánico, en donde uno presupone al otro.

PARTICIPACIÓN Y CULTURA: LA COMPARACIÓN ENTRE JÓVENES Y ADULTOS

15

PARTICIPACIÓN Y CULTURA: LA COMPARACIÓN ENTRE JÓVENES Y ADULTOS

Héctor Tejera Gaona¹⁵

La participación es uno de los temas centrales de la reflexión social de quienes ahondan en la cultura política, a partir de que los fundadores del tema sostuvieron que “la cultura cívica es una cultura política participante donde la cultura política y la estructura política son congruentes”. A partir de ellos se ha sostenido que la participación propicia la instauración, permanencia o ampliación de la democracia, a la vez que reproduce la presencia de ciudadanos “participantes” y una mayor presencia de la sociedad civil. Se ha establecido una estrecha relación entre participación, ciudadanía, cultura y sistema político democrático, donde se sostiene que la participación estampa los contenidos de la cultura en el sistema político.

La participación está usualmente relacionada con el fortalecimiento de la democracia, aunque algunos analistas circunscriben la participación al ejercicio electoral y enfocan la democracia como un procedimiento para elegir a los representantes de una sociedad. Pero en la medida en que se evidencian los problemas y limitaciones de la democracia electoral para resolver los problemas sociales, se amplía el acuerdo de que se requiere que el ejercicio democrático participativo se extienda a otros ámbitos de la sociedad.



INAN Y DECIDEN



FrenteC



@Frent

Ciertamente la participación se ha constituido en uno de los imaginarios sobre las relaciones ciudadanía/partidos políticos/gobierno compartido, tanto por la derecha política como por la izquierda. En la investigación etnográfica que hemos realizado en los últimos años, se ha encontrado que los gobiernos estatales y municipales del Partido Acción Nacional (PAN) conciben a la participación ciudadana como una estrategia central para establecer y aplicar políticas públicas; sin embargo, subyace la idea de que ésta es un instrumento que permite desplazar el papel del Estado en la atención de las necesidades y problemas de la ciudadanía y la fortalece para que esta se ocupe de sus propios problemas. La concepción de la izquierda mexicana no ha sido demasiado diferente: aun cuando, siguiendo a Dagnino, la diferencia sustancial debería radicar en que la izquierda buscara el fortalecimiento de los derechos civiles, sociales y culturales: en otros términos, que abriera las puertas para profundizar la democracia y el compromiso de los ciudadanos con ella mediante su participación en diferentes ámbitos de la sociedad. Sin embargo, para muchos funcionarios y legisladores la participación ciudadana significa, al igual que en el proyecto neoliberal, que los ciudadanos “resuelvan sus propios problemas”; y en los hechos, han buscado que exista una mayor dependencia y sujeción ciudadana. Lo anterior puede constatare en, por ejemplo, el contenido de la Ley de Participación Ciudadana del Distrito Federal (LPCDF), que se ha proclamado como la más avanzada en el país. Pero si se revisa, destaca su diseño para obstaculizar la influencia de los ciudadanos sobre las decisiones gubernamentales. La legislación sobre la participación ciudadana abre las puertas para que muchos comités ciudadanos se integren por intermediarios políticos disfrazados de representantes ciudadanos. Su acción no expresa los intereses de

los vecinos de las colonias de la Ciudad de México, sino una representación de grupos y organizaciones cuya gestión se dirige a beneficiar redes políticas, o que defiende los intereses político-electorales de los gobiernos delegacionales. En su mayoría no pueden considerarse como organismos de participación ciudadana porque no buscan incidir en las decisiones de gobierno con el propósito de mejorar las condiciones de vida de quienes integran una colonia, sino la búsqueda de su dominio político-territorial. Los integrantes de muchos comités tienen el objetivo de fortalecerse políticamente mediante relaciones de intermediación y pactos clientelares. La configuración actual de los comités ciudadanos se sustenta en reformas a la LPCDF que, además de propiciar la subordinación de la participación ciudadana y las formas de representación formal de los habitantes de la ciudad a los intereses gubernamentales, no corresponde ni a las aspiraciones ni a las posibilidades de los ciudadanos.

Sin olvidar que frecuentemente, como en el caso de los comités ciudadanos de la Ciudad de México, la participación se enmarca en un contexto donde el propósito gubernamental es propiciar la sujeción política, este texto se enfoca a la participación en términos más amplios ya que aborda la clasificada usualmente bajo los términos de participación cívica y política.

Por participación cívica entendemos un conjunto de actividades en la esfera pública dirigidas a impulsar, de manera directa o indirecta, el contenido colectivo de lo social. En este tipo de actividades pueden mencionarse las asociadas a la construcción del capital social, como son las deportivas, culturales o de mejoramiento barrial, entre otras; así como las que estudiosos de la cultura política como Inglehart asocian a la cultura política postmaterialista como las relacionadas con el equilibrio ecológico del planeta, la diversidad cultural y sexual, así como los derechos humanos. La distinción realizada entre participación cívica y política busca, además, evitar constreñir la participación de los jóvenes al acotarlos a la participación político- electoral.

En cuanto a la participación política, o en procesos políticos, ésta se ha dividido en tres formas de expresión: institucional o formal, usualmente relacionada a la estructura política institucional y los procesos electorales, aunque también se incluye el ejercicio de la persuasión electoral hacia otros, las contribuciones a partidos ya sea en especie o en trabajo, y el apoyo a candidatos en campañas electorales; la participación no formal, que se caracteriza por estrategias de organización y negociación con el Estado basadas en organizaciones, movimientos y movilizaciones de carácter temporal, aun cuando también se incluyen el contactar funcionarios, acudir a los medios de comunicación masiva, signar peticiones o enviar correos electrónicos; y la vinculada con la participación en redes respaldadas por las nuevas tecnologías de información.

El análisis que se presenta despliega una comparación de las acciones y percepciones de los jóvenes con aquellas que muestran los adultos que conviven con ellos en el mismo hogar. Se pretende proporcionar información sobre cuál es la distancia entre la cultura juvenil en el ámbito de las relaciones y percepciones políticas, y aquella mostrada por los adultos. Esta contrastación es necesaria en la medida en que usualmente se sostiene que la cultura de jóvenes y adultos con respecto al ámbito político es diferente, aun cuando no es fácil encontrar información derivada de encuestas estadísticamente significativas cuyo diseño permita precisar esta aseveración.

La encuesta en la cual se sustenta este capítulo permite cotejar entre el comportamiento cívico-político mostrado por jóvenes y adultos, porque como estrategia de levantamiento se entrevistaron adultos (1 280 casos) que vivían con los jóvenes encuestados. Aun cuando las diferencias entre ambos (particularmente en cuanto a consumo y cultura) son usualmente evidentes, las expresadas en el campo sociopolítico se presuponen como resultado de las primeras. La cuestión es que se requiere de comparaciones para establecer dichas diferencias. Sin embargo, la mayoría de las realizadas hasta ahora carecen de validez estadística. Por ejemplo, se ha empleado la Encuesta Nacional de Cultura Política de los Jóvenes 2012 y diferenciado los resultados por rangos de edad con el propósito de realizar comparaciones entre jóvenes y adultos, pero siendo una encuesta con representación nacional y no por grupos de edad, no proporciona resultados estadísticamente confiables.

La segunda cuestión es determinar si el ejercicio partidario-gubernamental en ámbitos donde existe persistencia electoral de un partido o, por el contrario, existe competencia entre partidos, influye en cómo jóvenes y adultos se comportan en el espacio público. Al respecto se propone que la participación cívico-política que muestran jóvenes y adultos está relacionada con las características de su inserción en estructuras de poder asociadas a configuraciones político-culturales resultado del ejercicio partidario-gubernamental que se presenta en diferentes espacios metropolitanos. La encuesta ha sido diseñada para ahondar en qué espacios participan los jóvenes, buscando correlacionar las formas particulares que adquiere dicha participación con los contextos donde se expresan determinadas configuraciones sociopolíticas.

A partir de lo anterior, este texto busca conjuntar dos cuestiones: la primera, establecer las diferencias político- culturales entre jóvenes y adultos o, en otros términos, la distancia existente entre el comportamiento de ambos; la segunda, ubicar dichas diferencias dependiendo de las configuraciones político-culturales resultado de contextos políticos particulares en diversas zonas metropolitanas.

Los jóvenes no pueden enfocarse como una categoría social resultado de ser demográficamente mayoritarios, como tampoco por ubicarse en un rango específico de edad. Como se ha dicho, la noción de joven responde a construcciones sociopolíticas; por ejemplo, aquella de carácter productivista que se expresa usualmente en enfocar a los jóvenes como un grupo de edad en espera de asumir un papel productivo; o la que les otorga capacidades de transformación social y les convierte en depositarios de un futuro más esperanzador (la esperanza es, en este caso, multisemántica); también encontramos aquella que equipara juventud a pureza (en una asociación usualmente de carácter religioso).

Proponemos que más que una construcción sociocultural, la juventud es la expresión social de un grupo de edad que refleja una configuración particular en las relaciones sociopolíticas que entabla con lo social, la cual se manifiesta en referentes e identificaciones particulares. Además, la expresión político-cultural de dichos referentes e identificaciones no se diferencia necesariamente de aquella que manifiestan quienes son catalogados como adultos. Ciertamente los jóvenes pueden generar expresiones de diferenciación y distancia, pero su caracterización como tales, particularmente en el ámbito político, requiere procedimientos analíticos más precisos que la subjetividad empática o la narración que enfatiza las diferencias.

En términos estadísticos el censo de 2010 indica que cuando se habla de jóvenes se hace referencia a 36 210 000 individuos, con una edad entre 12 y 29 años. De ellos, 26.4% tienen entre 15 y 29 años. Hay 500 000 analfabetas de entre 15 y 29 años. Sobre los mismos el rector de la UNAM ha sostenido que hay 7 966 352 jóvenes que no estudian ni trabajan (Narro, 2011) y con la tasa de desempleo más alta, la cual pasó de 3.4 a 10.0%. Además, 60% de los jóvenes tienen empleos precarios. Existe, además, la tendencia a visualizar a los jóvenes como entes usualmente urbanos. Ciertamente la mayoría de la población, y por ende los jóvenes, vive actualmente en contextos urbanos, pero lo rural pocas veces es abordado en las nociones sobre los jóvenes.

Para analizar la participación juvenil buscando establecer cuál es el grado de singularidad que distingue a adultos y jóvenes, se ha buscado profundizar en la influencia de los adultos en el comportamiento participativo (ya sea político o civil) de los jóvenes. La particularidad de las prácticas y perspectivas políticas de los jóvenes con respecto a quienes comparten, no digamos ya características socioeconómicas similares, sino el mismo ambiente familiar, permite establecer con mayor precisión y confiabilidad las diferencias y similitudes entre unos y otros. Las prácticas y perspectivas no se abordan desde un enfoque psicologista, como sería la socialización política, buscando demostrar que el ambiente familiar influye activa o reactivamente en sus actitudes y prácticas culturales en relación con la política. Lo que se pretende es analizar la similitud o diferencia de cómo ambas se expresan en el ámbito de las percepciones y las prácticas políticas.

Se busca establecer si las prácticas participativas de los adultos que viven en el mismo hogar tienen relación con la participación de los jóvenes. Se ha sostenido que la movilización o la participación se encuentra influida por las redes sociales (horizontales o verticales, o aquellas asociadas a relaciones clientelares). En otros términos, que las redes sociales permiten explicar la participación activa. Igualmente, que la relación con las instituciones políticas (los partidos, por ejemplo) o determinados programas gubernamentales pueden influir en la participación.

Existen relativamente pocos trabajos dirigidos al análisis de la participación política de los jóvenes, especialmente en el ámbito político electoral y el universitario. Dicho análisis requiere ampliar la noción para incluir prácticas de la vida cotidiana y espacios de nueva socialidad. Al rebasar la institucionalidad política y reflexionar sobre identidades configuradas tanto por formas de consumo como resultantes de construcciones alternativas, la reflexión de lo político se amplía más allá de partidos, elecciones e instituciones del Estado. Una característica que particulariza a los jóvenes es su tendencia a buscar su identidad mediante la “praxis divergente”, algunas veces de carácter cismático con base en la configuración de espacios simbólicos de diferenciación. Por ello, para profundizar en la participación política de los jóvenes debe desbrozarse qué entendemos por político. Lo anterior debido a que, si se hace referencia a su inserción en las estructuras institucionales o prácticas usualmente empleadas, es posible que se concluya rápidamente que los jóvenes no participan. Sin embargo, existen alternativas de participación que tienen efecto sobre el sistema político.

Partiendo de que las prácticas políticas están matizadas por estructuras de poder y configuraciones culturales asociadas a ellas, la encuesta busca ahondar en aquellos aspectos que influyen en las formas de percibir y hacer política por parte de los jóvenes. Para ello, dicha encuesta se sustenta en la investigación realizada por Gómez Tagle, basada en el análisis estadístico de resultados electorales desde una perspectiva histórico-geográfica a escala desagregada (a nivel de sección electoral) en diversas metrópolis del país. Dicha investigación ha permitido el diseño de la encuesta con base en la determinación de indicadores cuyo propósito es establecer la relación entre formas específicas de ejercicio de poder (particularmente de los tres principales partidos del país: PAN, PRD y PRI), y relaciones sociopolíticas con los jóvenes, las cuales podrían estar moldeando formas de participación cívica y política. Al respecto, con base en la propuesta de que los partidos actúan como organizaciones político-culturales al pretender reproducir una identidad particular, tanto entre sus simpatizantes como entre la población en general, con el propósito de alcanzar el poder, la encuesta está diseñada para profundizar en cómo los partidos políticos se relacionan con la sociedad en general y, en este caso particular, con los jóvenes.

Se parte de que el contenido performativo de algunas prácticas proselitistas bosqueja formas de actuar y percibir lo social y el ser ciudadano. Dichas prácticas pueden reconfigurar las relaciones sociopolíticas, al reformular los valores significativos presentes en la esfera política. Además, cuando se transforman en gobierno los partidos muestran la tendencia a expresar mediante el diseño e implantación de políticas públicas los contenidos implícitos sobre el tipo de ciudadano con el cual desean relacionarse. Dichas políticas “moldean” al ciudadano y lo institucionalizan al establecer quién y cómo accede a las acciones gubernamentales de apoyo y servicio. Son también formas mediante las cuales se acota la participación social, sea de jóvenes o de adultos, a los lineamientos gubernamentales; se instauran procesos de gubernamentalidad. Sostenemos, junto con Carrión y Wollrad, que el espacio público local enlaza política y vida cotidiana, conformando las características de la participación como resultado del contenido de los vínculos con los cuales jóvenes y adultos se relacionan con las instituciones gubernamentales y partidos políticos: vínculos que pueden matizar sus prácticas hacia el sistema político, lo cual tiene efectos sobre la dinámica de la democracia.

La cultura política no es sólo una internalización de ciertas condiciones políticas que, por decirlo así, “rebotan” en las percepciones y acciones en el ámbito político. Se forma en el ámbito de las relaciones sociales e incide en ellas porque los actores sociales la emplean para validar posiciones y comportamientos políticos en el campo de las confrontaciones sociales. Más que una cultura política, lo que tenemos es una cultura de la política.

Para caracterizar algunos aspectos de la identidad juvenil moldeada en la relación con partidos y gobierno y cómo influye en las formas en que los jóvenes se relacionan con la política, la encuesta fue aplicada en el contexto de las campañas electorales de 2012. El ambiente político promovido por los procesos electorales es un marco de experiencia social que delinea las identidades partidarias y las preferencias electorales. Además, permite alcanzar una mayor precisión en la determinación del comportamiento electoral y la participación política más general, detectando elementos que actúan en el ámbito político, los cuales se difuminan entre las experiencias cotidianas de muy diversa índole en los periodos no electorales. En términos particulares, dicho contexto aporta indicadores sobre cómo se integran los jóvenes a la vida política del país, particularmente sus vivencias en el marco de las tensiones existentes entre democracia, ejercicio de gobierno y dinámicas locales, las cuales configuran tanto las prácticas político-culturales con las cuales los jóvenes generan y ejercen (o no) la ciudadanía, como las formas particulares que, en su caso, emplean para hacerlo.

La tendencia de la sociedad mexicana actual es la exclusión de los jóvenes. De desplazamiento más que de inclusión social, donde el consumo, y no el trabajo, establece su identidad. Los jóvenes usualmente son relegados de la participación en instancias u organizaciones de representación o consultivas. También se autoexcluyen porque ellas no representan sus intereses particulares. Los espacios naturales de ejercicio cívico de los jóvenes, como es el caso de los ámbitos escolares, no son lugares donde sea común la existencia de mecanismos que permitan su participación. Comparten con los adultos (como se detallará posteriormente) la desconfianza hacia los partidos y el sistema político, así como el rechazo a las formas de relación política tradicionales sustentadas en el autoritarismo.

Hay características socioeconómicas y culturales de los padres que influyen de forma determinante en el futuro de los jóvenes. Podemos mencionar, por ejemplo, el capital sociocultural de los padres asociado a niveles de ingreso, los cuales propician que los jóvenes alcancen cierto grado de estudios. El nivel de estudios de los adultos es tendencialmente rebasado por el de los jóvenes, lo cual indica que en las zonas metropolitanas estudiadas se presenta una mejoría en los niveles educativos, pero los límites también se muestran por ejemplo, cuando los jóvenes que viven en los hogares donde los adultos tienen una educación de primaria, el 35% cursó secundaria y el 38% preparatoria o bachillerato. Incluso 10% estudió a nivel profesional, pero solamente 0.3% llegó a obtener un posgrado. Por el contrario, los jóvenes que viven en hogares donde el adulto entrevistado tenía posgrado mostraron un nivel de estudios superiores, con mayores porcentajes de profesionistas y de jóvenes con posgrado.

Algunos datos generales sobre la relación entre los jóvenes y la familia bosquejan ciertas relaciones interesantes de influencia entre unos y otros. Por ejemplo, en temas que pueden influir en la participación encontramos que, en la última Encuesta Nacional de la Juventud, 42% de los encuestados hablan con sus padres sobre religión, aunque 29% no habla con nadie del tema. Por lo que se refiere a política, 44% no se comunica con alguien de su entorno sobre el tema, mientras que 25% habla con sus padres al respecto. En cuanto a los principales problemas del país, 30% lo habla con su pareja y con amigos, mientras que solamente 25% lo hace con sus padres.

Las diferencias de la participación política

Las prácticas de participación política más allá de los procesos electorales requieren de varias precisiones. Algunas de ellas, si bien no son catalogadas usualmente como formales, tienen, por decirlo así, cierto grado de institucionalización en el país. Por ejemplo, marchas, plantones, pintas son parte del repertorio de la protesta social y política, y han sido empleadas tradicionalmente, ya que frecuentemente tienen eficacia para que el gobierno atienda las demandas sociales. En consecuencia, si bien hemos distinguido la participación política en institucional o formal; no formal, y aquella asociada a las redes sociales que están respaldadas por las nuevas tecnologías de información, encontramos que algunas de las formas de participación usualmente estimadas como informales se pueden considerar institucionalizadas porque son formas a las cuales se recurre con frecuencia y como parte usual de las expresiones políticas. Profundizaremos en cada una de ellas comparando la participación de adultos y jóvenes.

Se ha encontrado que las prácticas políticas de los adultos también influyen sobre aquellas que realizan los jóvenes que habitan en el mismo hogar. Por ejemplo, cuando los adultos envían cartas a los periódicos, 31% de los jóvenes también las han remitido y, por el contrario, cuando los adultos no tienen esta práctica de protesta, solamente 3% de los jóvenes lo hacen.

Por lo que se refiere a la participación en marchas y plantones, encontramos que en el caso de que los adultos hayan participado en ellos, 29% de los jóvenes que viven en el mismo hogar también lo han hecho y, por el contrario, en el caso de que los adultos hayan respondido negativamente, solamente 5% de los jóvenes que viven con ellos han asistido a ellos.

Un porcentaje de jóvenes más bajo (20%) ha realizado pintas en paredes cuando los adultos también lo han hecho y 3% en caso de que los adultos no empleen esta forma de protesta.

El bloqueo a edificios es un recurso más empleado por los jóvenes (30%) cuando los adultos que viven en el mismo hogar también lo han utilizado. En caso contrario, solamente 3% de los jóvenes ha utilizado esta forma de protesta.

La percepción sobre la eficacia del voto entre adultos y jóvenes muestra una relación porque cuando los adultos la consideran efectiva, lo mismo sucede entre los jóvenes; por el contrario, cuando los primeros la consideran inefectiva, los segundos también. Dado que la tendencia es considerar el voto como poco efectivo, el porcentaje de jóvenes y adultos que lo consideran inefectivo es tendencialmente mayor.

Ello coincide con otros estudios realizados sobre cultura política, en los cuales el desencanto en la política tiene mayor peso entre los jóvenes que entre los adultos, aun cuando afecta a ambos grupos de edad. En términos porcentuales, no obstante que los adultos consideren muy efectivo pedir ayuda a un político o funcionario influyente, 50% de los jóvenes que conviven con esos adultos perciben esta acción como poco efectiva, y 22% nada efectiva. Solamente 21% la considera efectiva. Cuando los adultos la consideran nada efectiva, 64% de los jóvenes coinciden con esa opinión.

A diferencia, los jóvenes disienten de los adultos en que la organización vecinal sea eficiente para presionar en las decisiones de los políticos, ya que solamente 16.3% la considera efectiva, y 80% entre poco y nada efectiva. Los jóvenes dan mayor importancia a los medios de comunicación, ya que 36% coincide con los adultos en que pueden ser muy efectivos para presionar a los políticos, sin que el entusiasmo por los mismos pueda permitir afirmar que más populares entre ellos. Sobre todo, si consideramos que 60% los considera sean los poco a nada efectivos.

Del conjunto de los resultados arriba mostrados, se desprende que la distancia existente entre jóvenes y adultos en el campo de las concepciones y prácticas políticas es menor a lo que usualmente se supone; es decir, en el ámbito político, con excepción de algunos rubros particulares, en lo general los jóvenes y los adultos muestran similitudes que obligan a reflexionar más cuidadosamente en si los primeros son particularmente diferentes.

Muchos de quienes han analizado la participación han buscado explicar las diferencias en ella con base en el modelo SES (socioeconomic status), encontrando que la participación está relacionada con recursos individuales como ingreso y educación. No obstante, también se requiere profundizar en los factores relacionados con el contexto socio- político, el cual puede explicar las diferencias en la participación político-cultural de jóvenes y adultos, los contenidos de dicha participación entre entrevistados ubicados en diferentes contextos sociopolíticos de prevalencia o competencia electoral y, al mismo tiempo, determinar si son relativamente consistentes con aquellas prácticas político-culturales vinculadas al carácter ideológico de los partidos.

Diversos analistas sostienen, con base en encuestas analizadas mediante ejercicios de estadística multivariada, que la intensidad y las formas de participación se correlacionan con variables como el estatus socioeconómico, los factores demográficos, los valores políticos (las actitudes democráticas o autoritarias), la percepción de la eficacia política, el compromiso político y la evaluación del contexto. Dichos estudios han ofrecido propuestas, como el modelo del “voluntarismo cívico”, mediante el cual Verba, en junto con Schlozman y Brady, han buscado explicar las causas de la participación política individual. Dicho modelo conjuga elementos como el estatus social y el rational choice para explicar cómo y por qué los ciudadanos participan en política. Los autores sostienen que los ciudadanos con bajos ingresos generalmente carecen de recursos, tiempo y sustento cívico como para participar en asuntos públicos.

La propuesta es indudablemente sugerente, pero la estrategia analítica no ahonda en procesos de participación contextualizados; es decir, establece las oportunidades y limitaciones estructurales y políticas, así como el efecto de las prácticas político-culturales a las que están expuestos los ciudadanos cuando interactúan con el sistema político- gubernamental, los contenidos de las experiencias que derivan de dicha interacción (participativa o no), y sus consecuencias en las percepciones sobre las formas y alcances de la participación.

Las percepciones ciudadanas sobre la política no necesariamente revelan las prácticas político-culturales con las que interactúan, como tampoco la dinámica que favorece la profunda desigualdad social y propicia la dependencia y subordinación de los sectores más desfavorecidos a los intermediarios políticos. Los contenidos de la participación (o no participación) ciudadana son culturales, pero matizados por relaciones políticas entre ciudadanos y gobiernos asociados a partidos políticos; y relaciones de carácter local, estatal o federal. Las percepciones sobre la política derivan de la cultura, pero ésta es consecuencia de un cierto ordenamiento de las relaciones políticas, por lo que ambas están estrechamente interconectadas. La clase y sector social al que se pertenece propicia formas distintivas de participación y contenidos de las prácticas político-culturales a las que están asociadas; las cuales, a su vez, disponen las formas de participación posible.

Por lo anterior, hemos puesto particular interés en contextualizar la participación ciudadana y ahondar en las interinfluencias con partidos y gobierno, especialmente cuando a través de ella se busca encauzar las decisiones gubernamentales relativas al destino de los recursos públicos. Se requiere algo más que la democracia política para modificar las políticas públicas, como muestra Cleary en su análisis de 2 400 municipios del país de 1989 a 2000, porque la competencia electoral no ha sido una práctica que modifique significativamente la calidad del ejercicio de gobierno, mientras que la participación ciudadana no electoral sí influye en su desempeño. Lo anterior nos previene, como se ha dicho al inicio de este texto, de suscribir definiciones restringidas de democracia, las cuales usualmente privilegian las elecciones por encima de otras de sus dimensiones. Las elecciones hacen a la posible democracia, pero la participación más allá del voto influye más eficazmente sobre las decisiones gubernamentales.

Al elaborar el sustento teórico de la encuesta sobre la cultura política de los jóvenes, se propusieron dos cuestiones: a) que la cultura política se configura en el ámbito de las relaciones de poder como un proceso donde la experiencia resulta de experimentar lo practicado y lo ejercido en la política en el ámbito local; b) la identidad política se alimenta, por un lado, de la vivencia derivada de la consolidación de estructuras que actúan en el espacio local y, por el otro, de experiencias particulares de carácter coyuntural, caso de las identificaciones políticas derivadas de los procesos de personalización de la política propios de las estrategias donde los medios influyen sobre las percepciones. Personalización producto de la videopolítica que, suplantando las relaciones “cara a cara”, las convierte en enlaces mediáticos, transformando los vínculos entre ciudadanos y políticos en juegos de máscaras donde éstos se colocan las adecuadas a las expectativas de los “públicos” que “conocen” a través de encuestas y sondeos. Dicha personalización es posible en la medida en que se han generado nuevos fenómenos culturales como producto de la modernidad (aun cuando ésta sea de tercer mundo) que se engarzan con la política.

A partir de estos dos enfoques, hemos buscado detectar en los resultados de la encuesta, por un lado, los aspectos de mediano plazo que pueden haber influido en las percepciones políticas, en combinación con la experiencia particular a dos niveles; la experiencia de participación no electoral y, en todo caso, electoral. Para ello se ha buscado establecer las variantes entre el comportamiento político de las secciones electorales (SE) en las zonas metropolitanas (ZM) escogidas para la realización de la encuesta, buscando determinar si en los cinco clusters se expresan comportamientos y percepciones políticas diferentes y destacar los aspectos más distintivos; por otro, determinar las particularidades de la participación política de jóvenes y adultos, así como los aspectos en que muestran características comunes o no diferenciadas.

El enfoque con el cual se ha diseñado esta encuesta permite, en mi opinión, elaborar nuevas propuestas sobre la cultura y la política porque propone que el entorno político local matiza la forma en que la política se actúa y percibe. Por ejemplo, en cuanto a la forma en que se obtiene información sobre la política y la confianza hacia ella; la participación política no institucional, de protesta, y las razones de participación o no; el seguimiento a candidatos y la asociación entre candidatos, partidos, identificaciones o percepciones sobre partidos, y la relación entre poder político y ciudadanía. En la dinámica de las relaciones político-culturales, los partidos políticos se deben considerar como *organizaciones culturales* ya que, como plantea Alonso: “crean y propagan un tipo de cultura que tiene que ver con los simbolismos de conseguir y desempeñar el poder” (cursivas nuestras). Los partidos generan lazos simbólicos y tienden a compartir una ideología política, un cierto estilo de vida. Además, ejercen *prácticas políticas* con base en imaginarios sobre, por ejemplo, la ciudadanía y el ejercicio gubernamental. Las discordancias y consonancias entre dichas prácticas políticas y las actitudes y expectativas ciudadanas develan las propiedades del contexto cultural que engloba las relaciones políticas en las relaciones cara a cara. El proselitismo partidario busca generar nuevas fronteras de sentido con el propósito de obtener el apoyo ciudadano para alcanzar el poder.

Dicho proselitismo bosqueja formas de ser y actuar. Las acciones gubernamentales también contienen mensajes implícitos que están imbricados tanto en las prácticas informales como en las reglas de aplicación de, por ejemplo, el gasto social o de lo que significa la democracia. Dichas prácticas y reglas acotan los alcances de los derechos ciudadanos al configurar sus percepciones, ya que las políticas públicas son procesos *performativos* que al desplegarse develan roles, jerarquías, exigencias, deberes y derechos, entre otros, mediante los cuales se “empapa” a los ciudadanos del significado de las relaciones sociopolíticas y los procesos de gobernanza.

De los tres partidos estudiados (PAN, PRD y PRI), el primero es el que más corresponde a una forma de vida. Sus militantes pertenecen a la clase media, se educan en escuelas privadas, son comerciantes, oficinistas de rango medio o alto y comparten la fe cristiana. Además, se ubican en zonas más o menos delimitadas. Como lo plantea Gómez Tagle al referirse al Distrito Federal: A partir de mis propias investigaciones tengo la hipótesis de que efectivamente hay zonas de alta consolidación urbana que han sido consistentemente panistas como las delegaciones Benito Juárez, Miguel Hidalgo, Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero, Alvaro Obregón y Coyoacán, principalmente, lo cual permitió al PAN colocarse como segunda fuerza política en el Distrito Federal desde los años sesenta [...] su techo de votación ha estado marcado por el perfil socioeconómico de sus votantes.



Las acciones instrumentales o reflexivas que acompañan una política gubernamental están codificadas por un horizonte de significación, matizado por relaciones de poder y dominación entre ciudadanía y funcionarios públicos. Este horizonte propicia tanto modos de percepción, vocabulario, tipos de autoridad y formas mediante las cuales quienes participan de éste se juzgan a sí mismos y a los demás, como comportamientos sustentados en la educación de deseos y el establecimiento de hábitos, aspiraciones y creencias. En su conjunto, todos ellos delinean cómo se interactúa en diversos ámbitos de condensación social en los cuales los actores políticos confluyen alrededor de cuestiones como los procesos electorales, o la participación y representación ciudadanas como formas particulares de relación entre gobierno y ciudadanos, matizadas por el contenido político-cultural que los diversos actores asignan a la participación la cual se convierte en un símbolo condensado, ambiguo y multisemántico sobre lo social, la sociedad civil y la ciudadanía.

En términos generales, se ha buscado establecer la relación entre jóvenes, democracia y participación política, vinculándola con los parámetros de selección establecidos en la encuesta; es decir, la correlación entre los clusters mediante los cuales se eligieron las secciones electorales, y las particularidades existentes en términos de preferencia electoral como la base para realizar una comparación entre ellas y establecer si las diferencias son significativas.

La propuesta es que la prevalencia de un partido político en ciertas zonas metropolitanas genera diferencias en las prácticas políticas que, por ejemplo, los gobiernos emplean al implantar sus políticas públicas (fomento a la cultura, apoyo a la educación y al deporte entre los jóvenes). En estas circunstancias, la participación de los jóvenes y los adultos en diversos espacios, así como sus percepciones sobre los fenómenos asociados a la política, serán diferentes dependiendo del partido que ha prevalecido como predominante en los espacios electorales. En otros términos, es posible establecer diferencias en la participación político-cultural de jóvenes y adultos y los contenidos de dicha participación al ubicarlos en diferentes contextos sociopolíticos de prevalencia o competencia electoral. También es posible determinar si son relativamente consistentes con las prácticas político- culturales asociadas al carácter ideológico de los partidos y las prácticas políticas que utilizan para relacionarse con la población en general y los jóvenes en particular. En el análisis buscamos ahondar en dichas diferencias con base en las características que han mostrado los tres principales partidos que actúan en la escena nacional y que hemos estudiado en los últimos quince años: el PAN, el PRI y el PRD.

Cabe recordar que en los criterios metodológicos empleados para realizar la encuesta, de las 32 068 secciones electorales de las 76 áreas metropolitanas del país, se escogieron al azar 500 secciones electorales divididas, a su vez, en cinco *clusters* de comportamiento electoral en las tres últimas elecciones legislativa. En el primer *cluster* el PAN muestra un promedio de 56% de preferencia electoral, en el segundo el PAN 43%, en el tercero el PRI 54%, en el cuarto la izquierda con 43%, mientras que, en el último, hay cierto equilibrio entre las preferencias electorales (PAN 33%, PRI 31% y PRD 21%), lo que significa que corresponde a secciones electorales disputadas por los tres partidos. Mediante ellos se ha buscado establecer la relación entre ejercicio partidario-gubernamental, y las particularidades o tendencias en la participación que muestran jóvenes y adultos con base en tres indicadores generales: a) la participación cívica que, como ya se ha dicho, es aquella compuesta por un conjunto de actividades en la esfera pública que tienden a impulsar *el contenido colectivo de lo social*; b) la participación política en sus expresiones electoral (formal), *no formal* y la relacionada con redes vinculadas a las TIC. La propuesta ha sido que las prácticas político-culturales de los jóvenes están matizadas por estructuras de poder y configuración cultural asociadas a éstas. En este sentido, las formas de participación son aprendidas, reproducidas o modificadas por los contextos político-gubernamentales que se constituyen en vivencia. Por tanto, es posible asociar formas específicas de ejercicio del poder y relaciones sociopolíticas que moldean las formas de participación cívica y política de jóvenes y adultos.

Conclusión

Las prácticas participativas de los adultos que viven en el mismo hogar que los jóvenes tienen influencia en ciertos rubros de su participación, probablemente como resultado de las influencias interfamiliares. Sin embargo, dicha influencia varía de un contexto político a otro, tal y como se muestra al ubicarla en los diversos *clusters*, los cuales expresan diferentes contextos políticos.

Los cuadros expresan que la participación de jóvenes y adultos está vinculada en el caso de que ambos convivan en el mismo hogar. Ciertamente algunas prácticas están sujetas a la transformación de los intereses generacionales, como es el caso, por ejemplo, de la beneficencia y la religión. En ellas la participación de los adultos es relativamente independiente del interés de los jóvenes.

La no participación es la tónica general que se muestra tanto en esta encuesta como en otros estudios realizados. Cuando los adultos no participan (o no han participado) el porcentaje de jóvenes que tampoco lo hace es alto. Por ejemplo, en el caso en que a los adultos no les interesan las cuestiones sociales, al 26% de los jóvenes tampoco. Como puede observarse, usualmente la respuesta expresada por el adulto es aquella con el mayor porcentaje entre los jóvenes.

Si la participación ciudadana puede propiciar la democracia política a nivel estructural más general, esto será posible en la medida en que las instituciones de gobierno dejen de utilizarse para perpetuar los intereses de unos cuantos. Por el momento, la lógica gubernamental parece dirigida a negociar con los diversos grupos de presión buscando establecer relaciones del “tiempo de las pirámides”; es decir, orientadas centralmente, estructuradas verticalmente y aglutinadas por la cultura de la personalización.

La participación ciudadana en México está lejos de ser sinónimo de democracia, pero ello no se debe solamente a sus características intrínsecas o culturales, sino a la interinfluencia con el sistema político. Si los mexicanos son “ciudadanos de baja intensidad”, con una participación de “baja calidad”, la cual Verba define como aquella poco informada, que no apoya o desconfía de la democracia (6), ello no se debe a su desconocimiento de los valores democráticos, como lo muestran las encuestas. La cuestión es que, si no encuentran eficacia en la participación, ella no sostendrá la acción ciudadana.

El hecho es que en México las prácticas políticas están diseñadas para diluir y controlar la participación, obstaculizando la formación de una cultura ciudadana. Lo que se propicia es la dependencia y el control político, por lo que las relaciones de intermediación clientelar continúan predominando. No obstante, dichas relaciones cada vez son menos eficientes para resolver los problemas que aquejan a México, por lo que fortalecer la ciudadanía es, cada vez más, un imperativo para hacer contrapeso al deterioro de la política y la institucionalidad del país.

LA CULTURA POLÍTICA DE LOS JÓVENES

COMPILADOR

ROBERTO DE ANDA TRINIDAD